

La montaña
de abanicos
y otros cuentos tunecinos de
Lela Ula



MOHAMED ABDELKEFI

MITÁFORAS, 16

MADRID, AGOSTO DE 2021

La montaña
de abanicos
y otros cuentos tunecinos de
Lela Ula

MOHAMED ABDELKEFI

GRABACIÓN, TRANSCRIPCIÓN, TRADUCCIÓN
Y EXPLICACIÓN DE **MOHAMED ABDELKEFI**

EDICIÓN DE **MOHAMED ABDELKEFI**
Y **JOSÉ MANUEL PEDROSA**

EPÍLOGOS DE **JOSÉ MANUEL PEDROSA**
Y **ÓSCAR ABENÓJAR**

MITÁFORAS, 16

MADRID, AGOSTO DE 2021

Mohamed Abdelkefi (nacido el 16 de junio de 1928) es un escritor, periodista, traductor, profesor y folclorista nacido en Túnez que vive desde hace más de cuarenta años en España y tiene la nacionalidad española. Es en la actualidad corresponsal del periódico Al-Arab de Londres y presidente del Club Internacional de Prensa. Entre sus obras cabe destacar la novela en árabe (publicada en Beirut en 1966) *Entre dos corazones*. Y los ensayos *España de la dictadura a la democracia* (1991, en árabe), *Los árabes ¿por qué?* (1991, en español) y *El decano del arabismo español Pedro Martínez Montávez* (2016, en árabe). En 2010 publicó en español un primer volumen de *Cuentos populares tunecinos narrados por Lela Ula*, que aparecería también en árabe, en Túnez, en 2012. En 2018 apareció otro volumen: *En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*. Es autor de otros ensayos acerca de los refranes, las costumbres, las fiestas y las canciones tradicionales de Túnez y de **Libia**

Lela Ula (1925-2015) fue una mujer tunecina, de la ciudad de Sfax, muy apreciada entre sus familiares y allegados por su extensísimo repertorio de cuentos tradicionales, que sabía transmitir, en el abrigo de su casa, con arte inimitable. Las reuniones en las que ella era el centro eran auténticas fiestas para quienes tuvieron el privilegio de concurrir a ellas. Nunca contó cuentos fuera de su casa. Entre 1970 y 1990 más o menos su voz fue grabada, en cintas de casete, por su amigo de la primera juventud Mohamed Abdelkefi, quien después pasó muchos años transcribiendo y traduciendo aquellos relatos. Hoy, los cuentos de Lela Ula constituyen un tesoro de las artes verbales de Túnez, de la tradición en lengua árabe en general y del mundo entero. Son muy pocos los repertorios personales documentados en ningún otro lugar que puedan compararse en calidad y variedad con los de esta prodigiosa Sherezade **moderna**

Queda permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, siempre que sea sin ánimo de lucro, y con la cita explícita y completa de estos créditos: “Mohamed Abdelkefi, *La montaña de abanicos y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*, grabación, transcripción, traducción y explicación de Mohamed Abdelkefi, edición de Mohamed Abdelkefi y José Manuel Pedrosa, epílogos de José Manuel Pedrosa y Óscar Abenójar. *Mitáforas* 13, Madrid, enero de 2021”.

© Mohamed Abdelkefi 2021
© José Manuel Pedrosa 2021
© Óscar Abenójar 2021
© Mitáforas Editorial

Primera edición: Madrid, enero de 2021

ISBN: 978-84-09-26367-7

ÍNDICE

UNA EVOCACIÓN MÁS DE LELA ULA,
por Mohamed Abdelkefi
(9-16)

¿CÓMO EMPEZABA Y CÓMO TERMINABA
LELA ULA SUS CUENTOS?
(17-21)

CUENTOS

LA MONTAÑA DE ABANICOS
(23-78)

EL SULTÁN QUE SE CASÓ CON UNA
MUJER QUE NO DECÍA NUNCA QUE NO
(79-88)

EL MENDIGO POR LA VOLUNTAD DE
DIOS
(89-92)

EL JUDÍO ASESINADO Y REIVINDICADO
POR LA JUSTICIA DIVINA
(93-98)

LOS HERMANOS QUE RESULTÓ QUE
ERAN PRIMOS Y SE CASARON (II)
(99-111)

POR CAUSA DE LA ESPOSA: EL SULTÁN,
LA SULTANA Y EL VENDEDOR DE **HABAS**
(112-126)

EL SULTÁN QUE SOÑÓ QUE UN HIJO
SUYO LO MATARÍA Y LE QUITARÍA EL
TRONO
(126-157)

UMMI SISI Y EL RATONCITO TRAMPOSO
(157-164)

DOÑA DIENTE Y DOÑA DIENTE Y UN
COLMILLO
(165-176)

LA TORTUGA MACHO Y LA RANA
LADRONA
(177-183)

DOS EPÍLOGOS

LELA ULA, LA OSADA MADRE
DE LOS CUENTOS
por José Manuel Pedrosa
(185-207)

LELA ULA, UNA VEZ MÁS:
OTRA ENCRUCIJADA EN EL UNIVERSO DE
LOS CUENTOS
por Óscar Abenójar
(208-226)

UNA EVOCACIÓN MÁS DE LELA ULA

MOHAMED ABDELKEFI

Me es muy grato entregar a los lectores un segundo libro de los cuentos que Lela Ula me confió, a mí y a la inseparable grabadora de casete que me acompañó durante los muchos días de mi vida que dediqué al periodismo. Todo empezó en un día ya muy lejano de los inicios de la década de 1970. Fue entonces cuando los azares de mi vida y de mi exilio me llevaron a recalar de manera temporal en mi país natal, Túnez, a volver a visitar a aquella mujer a la que había conocido durante mi juventud, y a caer fascinado una vez más por la magia de sus relatos.

Quienes hayan leído el primer volumen de los cuentos de Lela Ula publicados en la editorial madrileña Mitáforas, que apareció en 2018 con el título de *En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*, y que está disponible de manera gratuita y accesible para todo el mundo en internet, estarán al tanto ya de que Lela Ula se llamaba en realidad Zohra Ali Elkefía, y de que nació en Sfax (Túnez) en torno a 1925. Falleció muy anciana en Túnez capital en el año 2015, llevándose consigo una tradición de narración de cuentos orales que muy pocas personas en este mundo han sido capaces de atesorar con tanta sabiduría y tanto amor como hizo ella.

Sabrán también, quienes leyeran las páginas introductorias de aquel libro *En*

busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula, o lo sabrán quienes se quieran lanzar ahora a la aventura de leerlo, en qué circunstancias conocí yo a la admirada Lela Ula, cómo me sentí fascinado por su arte verbal, de qué manera la traté y grabé sus relatos, que después transcribí, traduje al español y edité.

Hoy, cuando voy ya para los noventa y tres años, el magnetismo que la voz de Lela Ula ejerce sobre mí sigue tan vivo como antes. Y mi compromiso con la recuperación y con la traducción al español del tesoro precioso que ella amablemente me permitió grabar, también.

No voy a repetir, ya lo he dicho, en este prólogo a *La montaña de abanicos y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*, que verá la luz en este año de 2021, la información que comuniqué y que puede leer con toda facilidad el lector en el prólogo del libro de 2018. Pero sí voy a reproducir, porque en ellos aparece citada Lela Ula, unos párrafos que escribieron los profesores Gabriel Medrano de Luna (de la Universidad de Guanajuato, México) y José Manuel Pedrosa (de la Universidad de Alcalá, España) acerca de las artes verbales de algunos de los mejores narradores de relatos orales que han sido registrados en el mundo.

La cita es larga, pero creo que resultará muy útil para poder contextualizar el tesoro de los relatos de Lela Ula:

Son muy excepcionales, en efecto, los transmisores de literatura oral que han dejado legados en cantidad y calidad que los habilita para ser citados al lado de Sshinda [un ilustre artesano de juguetes y narrador de cuentos mexicano, que falleció en febrero de 2018]. Formarían parte de ese ideal y selecto olimpo de narradores y cantores figuras como el mitológico Dede Korkut, cantor (*oşan*) de la tribu turca de los Bayat, de quien se dice que vivió en la época de Mahoma e instauró una epopeya que ha seguido desarrollándose hasta hoy; Pedro Bukaneg (*ca.* 1592-*ca.* 1630), quien está considerado el padre de otra tradición épica que todavía perdura en el idioma ilocano de las Islas Filipinas; los carelios Arhippa Perttunen (1769-1841), Miihkali Perttunen (1815-1899) y Larin Paraske (1833-1904), quienes dictaron sus versos a Elias Lönnrot y a Adolf Neovius, entre otros; la siciliana Agata o Agatuzza *Messia* (*ca.* 1804-?), quien fuera la nodriza y además la narradora principal de Giuseppe Pitrè; Nannette Lévesque (1803-1880), inigualable narradora francesa cuyo arte verbal fue salvado por Victor Smith; Marc'harid Fulup, es decir, Marguerite Philippe (1837-1909), la sensacional narradora bretona, que se dedicó a la mendicidad durante toda su vida, y que confió sus saberes al folclorista François-Marie Luzel; el gitano andaluz Juan José Niño (*ca.* 1859-?), quien trasladó una parte de su descomunal repertorio de romances a Manuel Manrique de Lara; Salih Ugljanin, Mujo Kukuruzović, Salko Morić y tantos

otros cantores de epopeyas en albanés y serbocroata (algunos de ellos eran plurilingües), que fueron entrevistados por Milman Parry, Albert Lord, Nikola Vujnović y otros a partir de la década de 1930; Thrapa, Samthrub, Ngangring, Gyumen, Tsering Wangdu, Tsedon y muchos más fabulosos recreadores tibetanos del *Cantar de Gesar*, cuyos torrenciales versos y músicas (cada uno de los artistas citados guardaba en la memoria decenas de miles de versos) han sido registrados por una larga serie de etnógrafos; Ogotemmêli, el anciano dogon de Malí que transmitió sus saberes mitológicos a Marcel Griaule; la húngara Zsuzsanna Palko (1880-1964), quien compartió sus portentosos conocimientos con Linda Dégh; la española Azcaría Prieto (1883-1970), excepcional narradora de cuentos para Aurelio M. Espinosa (hijo); *la narradora xhosa* Nongenile Masithathu Zenani (1905-¿), *cuya voz y saber fueron registrados por* Harold Scheub; la japonesa Tsune Watanabe, transmisora de un inmenso repertorio oral que confió a Robert J. Adams; Muchona the Hornet (Muchona el Abejorro), quien dio a Victor Turner informaciones valiosísimas acerca del imaginario de los Ndembu de Zambia; el escocés Duncan Williamson (1928-2007), cuyo casi inabarcable arte verbal contribuyeron a recuperar su viuda Linda Williamson y otros; la iraní Ashraf Sadat Noori (1916-2010), prodigiosa narradora de relatos maravillosos que fueron registrados por su nieta Maryam Haghroosta; la siciliana Santa Caponnetto (1916-2000),

cuyo enorme caudal de cuentos fue salvado, también, por otra nieta, Romina Reitano; el cantor de epopeyas Eyí Moan Ndong (ca. 1928-2000), inmenso cantor fang de Guinea Ecuatorial, que comunicó algunos de los cantos de nvet que conocía y recreaba a Ramón Sales; el chamán y narrador *Alejandro Tsakimp*, colosal depositario de la cultura oral de los shuar de Ecuador, quien conversó durante años con Elke Mader y Steven Rubinstein, entre otros; el gitano navarro *Fabián Amador Jiménez* (1936-¿), cuya memoria tradicional fue recuperada por Javier Asensio y Helena Ortiz Viana; el cantor Kàm Ràw, extraordinario heredero de los cantos patrimoniales del pueblo Kammu del norte de Laos, quien comunicó sus saberes a Håkan Lundström y a Damrong Tayanin; *la tunecina* Zohra Ali Elkefía, Lela Ula (1925-2015), cuyo asombroso repertorio de narraciones fue grabado y editado por Mohammed Najib Abdelkefi; o el chileno Santos Rubio (1938-2011), cantor y narrador inigualable, quien me comunicó un repertorio de cuentos de rareza excepcional, aunque él fue mucho más conocido y reconocido en su faceta de cantor improvisador¹.

Solo me queda decir, en este prólogo a *La montaña de abanicos y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*, que mi proyecto es publicar en

¹ Gabriel Medrano de Luna y José Manuel Pedrosa, “Te voy a platicar la del toro o la del borrego. ¿Cuál de las dos?: nueve tramas de *El hombre que hicieron güey* (o *Pitas Pajas*) según Sshinda, narrador mexicano”, *eHumanista* 39 (2018) pp. 366-399, pp. 366-368.

la editorial Mitáforas tres volúmenes en total con los cuentos que pude grabar a Lela Ula traducidos al español.

El primero fue *En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula* (2018); el segundo es este de *La montaña de abanicos y otros cuentos tunecinos de Lela Ula* (2021); el tercero llevará el título de *La astucia de la mujer vale dos y la astucia del hombre vale una y otros cuentos tunecinos de Lela Ula* (2021).

He de advertir que una versión preliminar de los cuentos publicados entre este segundo y el que será el tercer volumen fue publicada en mi libro *Cuentos populares tunecinos narrados por Lela Ula*, que vio la luz en Madrid, publicado, en versión impresa en papel, por la editorial Miraguano, en 2010. Aquellas versiones han sido sometidas, en estos libros que nacen una década después, a una profunda revisión estilística y editorial. He contado para ello con la valiosa colaboración del profesor José Manuel Pedrosa.

Considero que son estos tres libros publicados en la editorial Mitáforas los que hacen mejor justicia al prodigioso arte verbal que Lela Ula me confió.

A los profesores Pedrosa y Abenójar debo, además, el añadido en cada uno de estos volúmenes de 2018-2019 de sendos “epílogos” en que analizan eruditamente las fuentes, los paralelos, y la tradición pluricultural de los cuentos de Lela Ula.

Gracias a sus aportaciones, estos cuentos que pueden ser leídos por cualquier persona de cualquier edad, podrán ser también especialmente útiles para la comunidad de los estudiosos de los cuentos tradicionales.

Y, sin más, doy la palabra ya a Lela **Ula.**

**¿CÓMO EMPEZABA
Y CÓMO TERMINABA
LELA ULA SUS CUENTOS?**

Lela Ula comenzaba y terminaba siempre sus cuentos evocando alguna de las muchas fórmulas tradicionales que se emplean en Túnez para abrirlos y para cerrarlos.

Si en la lengua española los cuentos suelen empezar con la fórmula *Érase una vez*, en el árabe tunecino la fórmula, o las fórmulas, suelen ser más largas y complejas. Se trata sencillamente de frases hechas, rimadas, que dan consejo, moraleja, educación. Estas frases van siempre de tres en tres con una misma rima. Son como un prólogo para el cuento; después de estas frases se empieza ya: “érase una vez” o algo similar.

Suele haber también una llamada de atención del oyente, con una proclamación de que *Dios es Único*, a lo que se añade, rítmicamente, que *quien tenga pecados que pida perdón*. Los presentes responden, a coro como otras veces, *perdóneme Dios (mía es la culpa)*.

La segunda fórmula es también introductoria y rimada. Dice así: *Señores honorables, que Dios nos guíe y os guíe en el camino del bien y de la felicidad*.

La tercera fórmula suele decir: *Nuestro hablar está ordenado; sus palabras son dulces y a veces extrañas. Nosotros y vosotros alabamos al Profeta querido*.

Las fórmulas que siguen, en series de tres versos con la misma rima, suelen decir así:

Primera hia, segunda hia, tercera hia. (Hia = ella; para decir certeza)

*Primera hia: no hay cordero sin *lya*².*

Segunda hia: no se considera casa si no hay en asistenta persa en ella (estamos, muy posiblemente, ante algún eco de los contactos antiguos entre las civilizaciones árabe y persa. Se consideraba que las mujeres persas, ya fueran esposas, concubinas o esclavas, aportaban refinamiento y delicadeza al hogar).

Tercera hia: no se puede ser hermano más que con una hermana (recomienda que el matrimonio sea fecundo tanto en hijos como en hijas).

Primer hbal, segundo hbal, tercer hbal (hbal: locura)

Primer hbal: loco es quien entra en una pelea sin hombres (recomienda, a quien busque conflictos, que se rodee de ayudantes).

Segundo hbal: loco es quien entra al mercado sin dinero.

Tercer hbal: loco es quien trepa a una palmera sin pantalones. (recomienda no subir a las palmeras, para coger los dátiles, con la túnica o con la chilaba, para no exponer las partes íntimas a los curiosos. Pero los pan-

² *Lya*, es la cola de las ovejas. Una de las peculiaridades del cordero tunecino es su cola, redonda, de unos veinte o treinta centímetros de diámetro, y muy grasa. Es muy apreciada como exquisitez gastronómica.

talones aquí no son exclusivamente vestimenta, sino que representan los medios necesarios para subir en la vida).

Primera *hana*, segunda *hana*, tercera *hana* (*hana*: bajeza).

Primera *hana*: loco está quien vuelve a vivir con la mujer enfadada.

Segunda *hana*: loco está quien construye un banco delante de su casa. (se recomienda no dar demasiadas facilidades para la instalación cerca de casa de forasteros y paseantes.)

Tercera *hana*: loco está quien deja a su mujer ir al cementerio; o loco está quien se harta y deja a su mujer con hambre (recomienda no permitir que la esposa salga demasiado, ni a sitios demasiado apartados; y no se trata solo de que se ausente con motivo de asuntos relacionados con la comida, sino de que no vaya en busca de todos los placeres y divertimentos de la vida; es eco de formas de vida de antes que obligaban a que las mujeres no saliesen apenas de casa; la segunda fórmula pide que la mujer vea satisfechas en casa todas sus necesidades, para que no tenga que buscar nada afuera).

Primer *huf*, segundo *huf*, tercer *huf*. (*Huf*: necesidad).

(Parece que la elección de esta palabra está dictada únicamente por la rima).

Primer *huf*: no hay más oveja que la que tiene lana.

Segundo *huf*: loco está quien niega su procedencia cuando su padre es conocido (recomienda

no renegar de la familia ni de la educación recibida).

Tercer *huf*: *loco está quien se casa con otra y deja a su prima* (el casamiento con primas era, hasta hace no mucho, muy bien considerado en la sociedad tradicional tunecina). Y también: *Loco está quien no agradece un favor*.

Primer *áh*, segundo *áh*, tercer *áh* (*Áh*: ¡ay!, exclamación de dolor).

Primer *áh*: *pobre de aquel que esté enfermo y no encuentre su medicina*.

Segundo *áh*: *pobre de quien hace el bien y no encuentra quien lo merece*.

Tercer *áh*: *parecido a mi corazón, ¿dónde lo encuentro?*

Para poner el remate de los cuentos, suelen emplearse fórmulas como *haba, haba wel aam aam saba*, es decir, “mucho, mucho, este año tiene buena cosecha”. O bien: *Mshit u jalithum, bi aini ma rithum*, “los dejé sin verlos con mis propios ojos”; o bien *Tabu fisbat hata matet u mat* “y cayeron en la tranquilidad y el sueño hasta que **murieron**”.

CUENTOS

LA MONTAÑA DE ABANICOS

Érase una vez un comerciante que tenía tres hijas. Eran huérfanas de madre, puesto que la esposa había muerto al dar a luz a la tercera de ellas.

El padre, como no tenía a nadie que se quedase a cargo de sus hijas mientras él se iba a trabajar, se veía obligado a dejarlas solas, y siempre cerraba la puerta con llave. La puerta la cerraba al entrar y volvía a hacer lo mismo al salir. Y allí las tenía como en una cárcel. Los días iban pasando sin que las muchachas pudieran salir de aquel encierro.

Hasta que una noche, mientras velaban y charlaban, una de ellas dijo a sus hermanas:

—¿Qué vida es esta que llevamos? Nuestro padre se va a trabajar y deja la puerta cerrada con llave, mientras que nosotras nos quedamos aquí sin que nadie sepa de nuestra existencia. ¿Hasta cuándo va a continuar esto? Si nadie se entera de que nuestro padre tiene hijas, nadie vendrá a pedir nuestras manos. ¿Es que no tenemos derecho a casarnos y a tener hijos? ¿Qué es lo que podemos hacer?

La más pequeña, que es siempre la más lista y atrevida, dijo:

—Pues ahora mismo os voy a decir qué es lo que podemos hacer.

—¿Qué? —preguntaron las otras.

—Vosotras a callar —les respondió—. Lo vais a ver enseguida.

Cuando regresó el padre le dieron su cena y se pusieron a charlar un poco con él, en tanto que él se tomaba su té antes de retirarse a dormir.

Esperó la atrevida joven hasta que su padre hubo caído en un sueño profundo. Y con gran sigilo y cuidado se acercó adonde su padre había dejado su traje.

Sacó las llaves del portón de la casa y regresó al lado de sus hermanas. Allí tomó una hoja de papel y en letras grandes escribió: “el comerciante fulano, hijo de mengano, tiene tres hijas sin igual; ningún padre puede presumir de tener hijas como ellas, de belleza, habilidad y destreza tales, y dueñas de todo aquello que las muchachas de buena cuna deben tener”.

Abrió la puerta con el papel en la mano, lo pegó en un lugar bien visible y cerró la puerta. Devolvió las llaves a su lugar, y todo volvió a quedar en orden.

Aquella misma noche el sultán, acompañado de su ministro, salió a dar, como solía hacer, una vuelta de reconocimiento, con el fin de hacerse cargo, sobre el terreno, de la manera en que vivían sus súbditos y ciudadanos.

Iban de calle en calle cuando llegaron adonde vivían las muchachas aquellas. Según iban pasando frente a la casa, el sultán vio la hoja pegada en la pared e, intrigado, le dijo al visir:

—Acerca, acerca ese fanal.

Lo acercó el visir, y leyeron lo que la muchacha había escrito.

El sultán se guardó aquel papel sin decir nada a su ministro. Dieron fin a su ronda nocturna y retornaron a sus palacios respectivos. Pero al sultán no se le iba de la cabeza el asunto de las muchachas aquellas.

A la mañana siguiente, apenas abrió el comerciante su negocio, un guardia del sultán se presentó ante él para informarle de que el sultán lo quería ver.

El pobre hombre no sabía a qué santo encomendarse. Con temor y preocupación se preguntaba a sí mismo: “Pero, ¿qué es lo que habré hecho yo, Dios mío? Si he llegado a estas alturas de mi vida sin meterme en problema alguno con guardias ni policías, ¿por qué me tiene que pasar esto ahora?”.

El pobre comerciante marchó atemorizado tras el guardia, *dando un paso para adelante y diez para atrás*, hasta que se vio delante del soberano.

—¡Que la paz sea con vos!

—¡Y contigo!

Presentó los respetos debidos al personaje y al lugar. Y le preguntó:

—¿Qué es lo que sucede, señor mío?

—Estate tranquilo —le respondió el sultán—, que no sucede nada malo. ¿Tú tienes hijas?

—Sí tengo.

—¿Me das a una de ellas?

—Para mí sería un gran honor. Pero antes tengo que consultarlo con ellas.

Salió del palacio más tranquilo y se volvió derecho a su casa. Se sentó junto a sus hijas, les informó de lo que que pasaba y, dirigiéndose a la mayor, porque ella era siempre la que precedía a las demás, le preguntó qué opinión le merecía el deseo del sultán.

Ella, con rubor por fuera y alegría en su interior, le hizo saber que ni ella ni sus hermanas conocían a persona ninguna, y que era él quien tenía el destino de las tres entre sus manos.

Las dejó allí con una sensación de alivio, y marchó directamente al palacio para informar al sultán de que su hija y él consentían.

El sultán, contento e ilusionado, le hizo entrega de una bolsa llena de monedas de oro, y le dijo que hiciera los preparativos que fuesen menester, y que el viernes enviaría un paje con la carroza para traer a la novia.

Regresó a casa el comerciante e informó a sus hijas de que había entregado la mano de la mayor de ellas al sultán, y de que debían estar dispuestas todas para el viernes.

Ellas le entregaron una lista de todo lo que había que comprar. Y él cumplió con todos aquellos encargos. Y entonces ellas se pusieron a coser, a lavar, a ungir a la novia

de alheña³, a cantar y a llenar la casa de alegría, y no dejaron de hacerlo hasta el viernes.

Cuando amaneció aquel día, la novia estaba ya preparada, tan hermosa y tan elegante como requería la ocasión. Por la tarde llegó el paje y la trasladó en la carroza del sultán.

En el palacio todo estaba listo para el feliz acontecimiento. Cantos, bailes, albórbolas⁴, comidas y bebidas que se prolongaron hasta después de la oración de la noche.

Entonces el sultán hizo sus abluciones, hizo un rezo que tenía dos *rak'aat*⁵ o inclinaciones, y se dejó conducir a la habitación en que su novia le esperaba.

Ella se encontraba sentada al borde de la cama con una toca que le cubría la cara,

³ *Alheña*, hierba aromática cuyas hojas, una vez secas y molidas, sirven para preparar una pasta con la que son pintadas las manos y los pies de las mujeres, que adquieren un color rojo oscuro. Se utiliza también para teñir el pelo y para rebajar la fiebre.

⁴ *Albórbolas*, gritos agudos, ululantes, que emiten las mujeres en las fiestas y ocasiones felices.

⁵ *Rak'aa* es el primero de los gestos, el de inclinación y colocación de las manos sobre las rodillas, que el musulmán hace al orar. A continuación viene la *sayda*, es decir, la prosternación para que la frente y las manos toquen el suelo. Puede haber dos, tres o cuatro inclinaciones o *rak'aa*. Además de hacerlos mientras se cumple con la obligación de las cinco oraciones diarias rituales, son también gestos propios de otras ocasiones: se emplean para pedir perdón, para dar las gracias a Dios, para solicitarle bendición o ayuda, etc.

la cabeza agachada y los ojos vueltos hacia el suelo.

El novio se acercó musitando con lentitud dulces palabras de bienvenida. Pero en el momento en que él se encontraba alargando la mano para levantar la toca, una voz que no tenía rostro le dijo:

—¡Alto ahí! Esta mujer no está destinada para ti. Ella debe ser para el Perro de las Siete Cadenas.

Dejó la toca tal y como estaba y, lleno de dolor, se fue a acostar después de encomendar a sus criados que devolvieran a la infeliz a la casa de su padre.

Nadie sería capaz de describir la tristeza y el dolor de la pobre desdichada, de sus hermanas y, más aún, de su padre, que no cesaba de preguntarle:

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado, hija mía? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Qué has hecho?

Y ella contestaba una y otra vez que no había hecho nada y que no entendía nada de lo que estaba pasando.

El sultán dejó que transcurriesen tres días y mandó que volvieran a llamar al padre, el cual, como es obvio, no podía desobedecer la orden del sultán.

El padre se presentó en el palacio e intentó averiguar qué era lo que había sucedido. Pero el sultán lo tranquilizó y le dio garantías de que todo había transcurrido conforme a lo normal y a lo lícito, y de que

él no había llegado a ver siquiera la cara de la joven. Eran cosas del destino.

—Lo que me gustaría ahora es que me concedieras la mano de otra de las hermanas.

No podía el infeliz rechazar la mano tendida por el sultán. Le pidió permiso para consultar a las interesadas.

Ellas respondieron igual que en la ocasión anterior, y la hija mediana fue la destinada al matrimonio.

Regresó el padre a ver al sultán y a informarle de que su segunda hija aceptaba el honor, y de que de su parte no había inconveniente.

El sultán entregó a su suegro o futuro suegro una bolsa llena de monedas de oro. E, igual que había sucedido en el caso de la primera hermana, se hicieron los preparativos. Y cuando llegó el viernes la novia fue conducida a su nueva morada.

Pero de nuevo, justo en el momento en que el novio iba a levantar la toca, volvió a ser detenido por la misma voz, la cual le dijo:

—Tampoco esta es para ti. Esta es la destinada a Tayur el hijo de Mayur, que está entre los Siete Mares.

El pobre sultán hubo de resignarse y marchó a acostarse, después de dar orden de que devolviesen a la infortunada novia a la casa paterna.

Volvió a llenarse la casa de llantos, lágrimas, tristeza, dolor, inquietud y

preocupación. El padre andaba como loco, sin entender nada. Las muchachas, que no sabían a qué santo elevar sus súplicas, hicieron del ambiente que se respiraba en la casa algo parecido al que podría haber en un cementerio durante un funeral.

Mas al séptimo día llamó el sultán al padre para tranquilizarlo y para darle garantías de que no había reproche que hacer a la infeliz de su hija. Se trataba otra vez de una jugada del destino.

Dicho aquello, le pidió la mano de la hija que le quedaba. Una vez más, y sin hacerse demasiadas ilusiones ni mostrar mucho entusiasmo, preguntó el padre a la más pequeña si aceptaba ser entregada al sultán.

Sin pensárselo dos veces, la joven dio su asentimiento. Se presentó el padre ante el soberano, le dio el sí de su hija y el suyo propio, y le deseó mucha fortuna.

El sultán le entregó una bolsa llena de monedas de oro y, como en las ocasiones anteriores, el infeliz padre hizo las compras y los preparativos, mientras que las hermanas se ocuparon de organizarlo todo y de preparar a la novia, al tiempo que no dejaban de desearle más suerte que la que habían tenido ellas.

El viernes llegó el paje con la carroza y se llevó a la novia. Los corazones de todos los de la familia latían con fuerza, por el temor de que se repitiera lo de las ocasiones anteriores.

Pero cuando el novio terminó su oración y se acercó a la novia, indeciso y vacilante, la voz volvió a hablar y le dijo:

—Adelante, esposo, que esta es la tuya.

Sintieron gran alegría y él, tranquilo y feliz, levantó la toca, besó a su ya esposa y pasaron la noche como marido y mujer.

Pero el anciano padre era incapaz de dormir, en espera de que en cualquier momento regresara su hija a casa, repudiada igual que lo habían sido sus hermanas. Mas al final lo que llegó fue la buena nueva. Respiró tranquilo entonces, proclamó en voz alta la profesión de fe y se quedó en paz.

La vida diaria recobró su ritmo de antes. El padre volvió a sus negocios y las dos hermanas se quedaron en la casa rumiando su tristeza y su desilusión, mientras que la joven esposa disfrutaba de su nueva vida feliz y tranquila.

Pero nadie es eterno, y la vida guarda un final para cada uno. De modo que el padre de las muchachas pasó a mejor vida, dejando a las dos infelices de sus hijas solas, sin más sostén ni ayuda que la del Altísimo.

El cuñado, enterado de la desgracia, dio orden a uno de sus criados de que les fuese llevado cada día todo lo que precisasen para vivir.

Transcurrieron así los días. A las dos hermanas que estaban encerradas en su casa les pesaba cada vez más el paso del tiempo.

Un día dijo la una a la otra:

—¡Hermana!

—Sí —contestó la segunda.

—Como sabes —siguió la primera—, nuestro padre descansa en paz. Nuestra hermana ya está en su casa con su marido y con sus hijos. ¡Haga Dios que le dure la felicidad! Pero nosotras dos seguimos aquí solas, sin horizonte ni porvenir. ¿Hasta cuándo?

—Y, ¿qué es lo que podemos hacer, hermana? —preguntó la otra.

—Pues deberíamos salir a buscar aquello que nos está destinado, a encontrarnos con nuestro destino —siguió diciendo la primera.

—¿Y dónde vamos a encontrarlo?

—Buscaremos, hermanita, buscaremos. Y si es preciso arriesgarse, pues nos arriesgaremos, que Dios nos asistirá.

Dicho y hecho. Comunicaron a su cuñado su intención de vender la casa y lo poco que tenían. Él intentó averiguar qué razones les movían a tomar aquella decisión tan repentina, pero no sacó nada en claro. Trató de disuadirlas, pero no lo consiguió. No tuvo más remedio que autorizar que se realizara la venta.

Fueron vendidos la casa y los enseres, y las dos hermanas cobraron su dinero. Compraron todo lo que era preciso para salir de viaje y, cuando lo tuvieron todo

listo, fueron a despedirse de su hermana y de su familia.

Como es natural, su hermana y su marido las recibieron con calor, con los brazos abiertos y gran generosidad, y las retuvieron con ellos durante varios días, sin perder la esperanza de que renunciaran a marchar hacia un destino que no se sabía.

Pero sus esfuerzos fueron en vano. La decisión estaba tomada. Mas antes de irse sintieron deseos de saber algo más, y pidieron a su hermana que preguntase a su marido por qué razón las había rechazado sin causa aparente, puesto que ni siquiera había llegado a ver sus caras.

Accedió la hermana a su ruego. Cuando regresó el marido a casa, y mientras sus hermanas escuchaban en la habitación contigua, puesto que en aquel entonces las mujeres no se dejaban ver, le hizo saber el deseo de sus hermanas.

Él se resistió a contestar al principio, e insistió una vez más en que nada malo habían hecho ellas, y en que no tenía ningún reproche que hacerles.

—Han pasado años de aquello, y no merece la pena mirar para atrás. Fue cosa del destino y de la fortuna, y de nada más. Así que es mejor olvidarlo.

Siguió insistiendo la mujer, con el deseo de dar satisfacción a sus hermanas, hasta que al final le dijo el marido:

—Pues lo que sucedió es que, cuando yo iba a quitarle la toca y a dar la bienvenida

a la primera, una voz me detuvo y me dijo que ella sería mía, sino del Perro de las Siete Cadenas. Con la segunda sucedió lo mismo, pero lo que me dijo es que ella estaba destinada a Tayur el hijo de Mayur, el que está entre los Siete Mares. De ti sí me fue dicho: “esta será la tuya”. Así que me quedé contigo. Y gracias a Dios vivimos felices con nuestros hijos e hijas.

Escucharon las dos hermanas las palabras del cuñado. Y al día siguiente estaban ya listas para la despedida y para dar inicio a su marcha. La hermana y su marido intentaron una vez más retenerlas, aunque fuese por unos pocos días más. Pero no atendieron ellas a razones. Lo único que deseaban era marchar cuanto antes al encuentro de sus respectivos destinos.

Les preparó su hermana bollos, galletas y tostadas. Lloraron hasta *regar la tierra sedienta*. Dieron las gracias, pidieron perdón por las molestias y abandonaron el palacio.

Salieron de la ciudad, sin rumbo fijo *ni otro guía que les orientase sino Dios el protector*. *Avanzaban, avanzaban, avanzaban y la tierra hollaban, mientras el altísimo Dueño de todo trazaba su plan y su designio*. Cuanto más se alejaban, en peores desierto y soledad se metían. En una de las etapas una de las hermanas dijo a la otra:

—Hermana, ¿te das cuenta de que no vamos a poder encontrar nuestros destinos

si vamos juntas? Creo que es hora de que nos separemos y de que cada cual tome su camino.

Trataron el asunto. Y al final la razón y la voluntad de Dios se impusieron. Lloraron las dos pobres hermanas *hasta saciarse*; se abrazaron, se besaron una y otra vez y, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón triste, se separaron. Cada una tomó una dirección, sin saber adónde las conduciría, conscientes de todos los peligros que estaban al acecho.

La mayor de las dos, la que estaba destinada según aquella voz anunciadora al Perro de las Siete Cadenas, se puso en marcha con tanta determinación como si la estuviera esperando alguien. Marchó a buen paso y sin parar, aguantando el fuerte sol del día y las duras heladas de la noche, hasta que un día no pudo ya más.

Medio muerta por el cansancio, tomó asiento con el fin de recuperar fuerzas. Y se quedó dormida. Entre sueños escuchó un ruido de cadenas, como si las estuvieran moviendo o arrastrando. Pero resultó que no se trataba de un sueño: el ruido se fue haciendo más y más fuerte, más y más cercano.

Abrió los ojos y vio a un perro grande que iba arrastrando siete cadenas, con una lengua afuera que tenía la longitud de un brazo. Al momento pensó que aquel ser era justo a quien buscaba, y decidió seguir sus pasos. Caminó sin dejarse ver hasta que

contempló cómo el perro levantaba una tapadera que había en el suelo y desaparecía.

Se acercó, vio la tapadera, la levantó y descendió sin que el animal se diera cuenta de su presencia. Se encontró en una casa hermosa y espaciosa, en la que no faltaban más que los moradores. En el centro del patio había una fuente llena de cuscús.

Se acercó el perro a la fuente, se comió su contenido y se marchó.

Al cabo de un rato escuchó la muchacha voces de hombres. Se escondió en una de las habitaciones y se quedó a la escucha. Entraron dos hombres de color con otra fuente con comida. Se llevaron la anterior y se marcharon.

Esperó la mujer un rato hasta que tuvo la certeza de que no había nadie por allí y salió de su escondite. Muerta de hambre, tomó lo que pudo de la comida que habían llevado hasta allí los dos criados, recuperó algunas fuerzas y se puso a recorrer aquella morada.

Era un palacio que tenía todo lo necesario para llevar en él una vida holgada y agradable. Nada faltaba. Lo único que se echaba de menos era la presencia de una mujer.

La joven no se lo pensó dos veces: era ella la mujer que hacía falta en aquel lugar. Y, sin perder un instante, se puso manos a la obra. Con el corazón lleno de esperanza se puso a limpiar, a fregar, a quitar el polvo

y a dejarlo todo en perfecto orden. A continuación preparó un cubo con agua para las abluciones, puso al lado unos chanclos de madera y una toalla. Esparció el incienso después por toda la casa y se escondió⁶.

Entre la puesta del sol y el oscurecer llegó el animal jadeante, muerto de sed y de hambre. Se fue directamente a la fuente, comió lo que en ella había, bebió hasta que se hartó, y dejó a continuación que cayese la piel que lo cubría. Se transformó entonces en un joven tan guapo y hermoso *que le decía al sol: aparece tú o deja que aparezca yo.*

En cuanto echó un vistazo a su alrededor se dio cuenta de que todo estaba limpio, ordenado y perfumado. Ni lo necesario para sus abluciones faltaba siquiera. Todo estaba perfectamente preparado. Hizo sus abluciones, cumplió con sus oraciones y dijo:

—¿Quién está aquí? Sea quien sea, que salga sin temor ni miedo. Si es una muchachita, será como mi hermana; si es una señora, será como mi madre; y si es una señorita, quiera Dios que sea mi esposa y que con ella pueda llegar mi salvación. Que salga quienquiera que sea. Yo le doy el *amán, amán al-lah*⁷. Nada tiene que temer.

⁶ Lo primero que hace el musulmán practicante cuando regresa a casa por la tarde son sus abluciones y el rezo de las oraciones si no pudo cumplirlo fuera; si, en la sociedad tradicional, no hay agua corriente, la mujer suele tener listo lo necesario para lavarse.

⁷ *Amán, amán al-lah*, garantía de paz, gracia,

Al escuchar aquellas palabras la mujer se sintió un poco más tranquila. Abrió la puerta y se mostró medio temerosa y medio pudorosa. Se puso delante de aquel hermoso muchacho y le saludó *mirando dónde pisaban sus pies, que no tenían ni fuerza para sostenerla*. El joven se quedó contemplándola, absorto ante una hermosura que ni las adversidades ni los sufrimientos habían podido borrar.

—Bienvenida seas —le dijo al cabo de unos instantes—. Dios haga que contigo venga mi salvación, que concluya mi encantamiento y pueda librarme del hechizo. Dios haga que seas la mujer que me está destinada en esta vida y en el más allá.

Hizo que tomase asiento a su lado. Poco a poco recuperó ella la serenidad, y los dos se pusieron a charlar y empezaron a conocerse. Cuando la confianza se estableció entre ambos y se sintieron convencidos de que estaban destinados el uno para el otro, leyeron la *fátihab*⁸, se convirtieron en marido y mujer y se acostaron. Pero antes de dormir dijo el joven caballero a su ya esposa:

—Te ruego que tengas mucho cuidado, porque podría suceder que, sin

perdón. Cuando una persona da esa garantía, quien la recibe puede estar seguro que nada malo ha de temer.

⁸ *Fátihab*, primer capítulo o *sura* del Corán. Suelen leerla en coro los presentes en el compromiso de noviazgo o matrimonio.

intención, yo te arañase, te mordiese y te sacase las entrañas si es que alguna vez vuelvo a mi estado de perro encantado. Cuando llegue la mañana, date prisa en tocarme. Y si me encuentras frío, ponte a salvo a la mayor velocidad que puedas. No te interpongas en mi camino.

Tal y como decía la gente de antaño, *una persona advertida es la más sabia de todas*. La mujer puso toda su atención y se hizo el propósito de tener muy en cuenta la advertencia del marido. Preparó una estera, una almohada, sábanas y mantas, las puso debajo de la cama y se acostó con el hermoso joven que acababa de convertirse en su marido.

Se despertó antes del amanecer, y lo primero que hizo fue tocar al hombre que dormía a su lado. Como lo encontró frío, la mujer se deslizó a toda prisa bajo la cama y se mantuvo en silencio, con la respiración en suspenso.

Al cabo de un rato se despertó el joven en un estado bien diferente del normal. Tenía otra vez puesta la piel animal y las cadenas. Y se marchó.

Al cabo de un rato se escucharon voces de hombres. Eran los criados. Entraron y se llevaron la fuente vacía, y después trajeron otra con la comida. Lo mismo que todos los días. Llevaban una bandeja y traían otra con más comida, y después se marchaban.

Cuando todo volvía a quedar tranquilo salía ella de su escondite, tomaba una porción de la comida y dejaba la fuente en su sitio, para que la encontrase el desdichado Perro de las Siete Cadenas.

A continuación se ponía a hacer las faenas caseras. Y cuando terminaba se lavaba, comía y se escondía en su retiro hasta que su marido regresaba y salía de su extraño estado. Entonces se le aparecía ella y daba inicio la velada de unos recién casados que estaban en los primeros tiempos de su amor: charlaban, se reían y se contaban leyendas y cuentos hasta que llegaba la hora de acostarse. Entonces se iban a la cama felices, como si nada raro sucediese.

Y así siguió transcurriendo la vida de aquella mujer. Día tras día la misma rutina, hasta que hubo una novedad: que se quedó embarazada. *El primer mes, el segundo mes, el tercer mes, y el noveno rota está su espalda.*

Se presentaron los dolores del parto. La pobre mujer, sola y asustada, aguantó los dolores como pudo. Y con la ayuda de Dios dio a luz. Apenas tuvo el recién nacido entre sus brazos escuchó el ruido de las cadenas. A toda prisa envolvió a su hijo y se ocultó en su escondite.

Entró el perro y se comió los restos que habían quedado del parto junto con su comida. Y al cabo de un rato se le cayó la piel y las cadenas. Se lavó, hizo sus abluciones, rezó y dijo:

—Ya puedes salir, hermosa mía, porque tienes el *amán*.

Se presentó ante él la mujer llevando a su hijo, y se lo presentó al padre.

—¿Qué es lo que tenemos aquí?

—Un hijo —dijo ella.

Cogió a su hijo y, tras darle un beso lleno de cariño, se puso a rezar y a rogar a Dios que con aquel primogénito llegase el arrepentimiento, la contrición, la salvación, y que pudiera así dar fin a su penitencia. Que él trajese la bendición consigo, y que fuese augurio de una vida mejor.

Velaron como siempre y, antes de acostarse, él volvió a insistir en que ella no dejase de tomar todas las precauciones para consigo misma y para con su hijo. Les deseó buenas noches y se echó a dormir. La pobre mujer, a pesar de que se sentía agotada por el parto, fue incapaz de cerrar los ojos en toda la noche, por el temor que sentía de quedarse dormida cuando él se levantara.

Al llegar la aurora tomó a su hijo y se escondió como siempre, hasta que su encantado marido se marchó de allí con sus cadenas.

Un día se va y otro se viene, y el niño crecía igual que una flor bien cuidada. Si los otros crecen en años, él crecía en meses. Si los otros crecían en días, él lo hacía en horas.

Antes de poner fin al período de lactancia, la madre se quedó embarazada

por segunda vez. A los nueve meses dio a luz a un segundo varón. El padre, contento pero lleno de dolor por la vida que se veía obligado a llevar, lloró al tomar a su hijo entre sus brazos. E, igual que en la ocasión anterior, se puso a rezar y a rogar, a suplicar y a pedir a Dios que pusiera fin a su penitencia, y a recomendar a su mujer que estuviera siempre atenta a que por la mañana no sucediera ninguna desgracia.

La pobre mujer no podía olvidar el peligro, y cada mañana, *igual que hace una gata*, recogía a sus hijos y se escondía hasta que volvía a sentirse a salvo, tras la marcha del infeliz padre.

Y llegó el tercer embarazo: *uno, dos, tres, nueve meses*. Se presentaron los dolores, y la pobre se las tuvo que apañar como pudo, en plena soledad, para dar a luz a una niña. Sintió gran alegría en medio de tanto sufrimiento, porque, tal y como decían nuestros mayores: *la mejor descendencia: dos varones y una hembra*.

Regresó el infeliz, comió como siempre, se le cayó la endemoniada piel, se bañó, rezó y llamó a su mujer.

—¿Qué tienes esta vez? —preguntó.

—Una niña —respondió ella.

Se alegró el padre desdichado, y se puso a rezar con fervor y sinceridad y a rogar a Dios que le librase de aquel castigo y le perdonase, para que sus hijos pudiesen tener un futuro feliz.

Velaron como siempre y mejor que siempre, jugaron con sus hijos y se acostaron. Por la mañana, ella tocó al marido para ver si estaba frío. Él le tomó la mano y le dijo:

—¡Ya no! Todo se ha acabado. La buena fortuna que ha traído esta niña ha puesto fin a mis sufrimientos. Estaba escrito para mí que una esposa llegaría de muy lejos, que me daría tres hijos y que con ellos se acabaría el hechizo.

La esposa se sintió tan feliz que, como suele decirse, la casa se le quedó pequeña. Se levantó a toda prisa, quemó aquella maldita piel, echó incienso para perfumar toda la casa, hizo albórbolas hasta que no pudo más y abrazó a su marido y a sus hijos, sin saber la pobre qué hacer. La alegría la volvía loca.

A media mañana entraron los dos criados, conforme a lo que hacían todos los días y, al ver a su dueño sentado con sus tres hijos y su mujer al lado, se quedaron pasmados. Los sacó él de su estupor y les pidió que corrieran a la casa de su padre para llevarle la buena nueva. Ellos volvieron sobre sus pasos y salieron a todo correr adonde estaba el sultán.

—Señor, señor, una buena noticia: nuestro señor el príncipe está sentado, como si nada, con sus tres hijos y su esposa.

El sultán conoció así que el castigo que pesaba sobre su hijo había llegado a su

fin. Sabía que tal cosa sucedería cuando llegase desde muy lejos quien estaba destinada a ser la esposa y a tener tres hijos con él.

Al instante llamó al cochero, quien preparó la carroza y condujo al sultán adonde estaba el hijo con su nueva familia. Entró casi volando de alegría y, antes de abrazar a su hijo, abrazó a la mujer, a su nuera, dándole las gracias mientras no dejaba de repetir:

—Tú eres quien ha venido de muy lejos. Tú eres quien ha sufrido las dificultades, el cansancio, los peligros. Tú, tú, tú eres quien me ha devuelto a mi hijo. Tú...

Y la abrazaba y la besaba como si se hubiera vuelto loco. El hijo, por su parte, abrazó a su padre, le presentó a sus nietos y le dio las gracias por su paciencia y comprensión.

Acto seguido el sultán derogó un decreto que había promulgado antaño, con la prohibición de que se celebrasen bodas, fiestas o alegrías públicas y de que se pintasen las casas en tanto no diese fin la desgracia de su hijo.

Sin tardanza resonaron los tambores, llamaron los almuédanos desde lo alto de los minaretes y los pregoneros públicos informaron a la gente de la buena nueva y de sus felices consecuencias.

En todos los lugares empezaron a pintar las casas y a borrar todos los signos

de duelo, y el país entero se convirtió en una fiesta.

En el palacio del sultán se celebraron a la vez la boda del príncipe y la circuncisión de sus hijos y

*durante siete días y siete noches
que nadie coma ni beba
si no es en la casa de Mhamed,
el hijo del sultán.*

Pero vayamos ahora adonde se había quedado la segunda hermana. La encontramos caminando a solas bajo un sol abrasador, afrontando la lluvia, el viento y todas las inclemencias del tiempo, que la tenían agotada.

Un día se encontró un estanque en su camino. Se detuvo a descansar y a refrescarse. Sacó una galleta, la mojó en el agua del estanque y, mientras la metía en su boca, se le apareció su propia imagen reflejada en el agua. Dio un suspiro profundo y dijo:

*—Qué guapa estoy y qué hermosa;
por la mala fortuna no soy dichosa.*

Una voz le contestó desde el fondo del estanque, o eso es lo que a ella le pareció, y le dijo:

*—Tú, la que tu fortuna lamentas,
mira debajo si la piedra levantas.*

Se quedó desconcertada, sin saber qué hacer. Pero al poco reunió sus fuerzas y levantó la piedra que tenía delante. Era una tapadera que ocultaba un pasadizo. Allí comenzaba una escalera desde cuyo fondo le estaba llamando una muchacha que le pedía que descendiera.

—Yo no bajo mientras no me des el *amán* —dijo.

—Pues te lo doy. Tendrás seguridad y garantías.

Descendió la peregrina. Fue bien recibida por la muchacha que le había llamado, la cual, después de los saludos de rigor, dijo a su huésped:

—¡Hermanita mía! Yo soy la hija de un ogro. Mi padre viene esta noche a cenar, y por eso me ves metida en la faena de prepararle la cena. Mucho me temo que si te encuentra aquí te va a comer y no va a dejar ni un pedacito de ti.

—¿Y por qué va a tener que encontrarme? Me quedaré solo un ratito para conocerte, descansar, recuperar mis fuerzas y seguir mi camino.

—Pero,

*¿qué es lo que te ha traído
hasta este mundo
de horror y de terror?*

—Se trata de mi destino, hermanita. Me pasa esto, esto y esto.

Y le contó toda su historia.

—Pues si las cosas están de ese modo, lo mejor es que por ahora te quedes aquí. Voy preguntar a mi padre, que él sabrá decirnos de qué manera puedes llegar adonde ha de cumplirse tu destino.

La muchacha se quedó ayudando a su anfitriona, charlando con ella y pasando momentos agradables en su compañía, que falta le hacía. Terminaron la faena, prepararon el té, lo bebieron mientras seguían charlando de todo un poco. Y, cuando se acercó la hora de la llegada del padre, la hija dijo:

—¿Dónde, dónde voy yo a esconderte? ¡Ven aquí! Te pondré debajo del tonel de lavar la ropa.

La escondió en el lugar que había mencionado. Al cabo de un rato llegó el padre y lo primero que hizo al entrar fue decir:

—*En mi palacio
hay cierto olor;
¿por dónde ha llegado hasta mí?*

—No es nada, padre —le dijo la hija al instante—. Es una pluma que un cuervo ha dejado caer. Si quieres, la quemo y te la comes.

—Tráemela —le dijo.

Al instante quemó una pluma y le entregó las cenizas. Se las tragó el padre y

se sentó a cenar. Mientras comía, se acercó su hija y le preguntó:

—Dime, padre, ¿qué es lo que puede querer decir “Tayur el hijo de Mayur”? ¿Qué puede ser eso?

Al oír aquello el padre se alteró como si le hubiese picado un escorpión. Estalló en maldiciones contra su hija, la llamó de todo y le dio un golpe que por poco no le rompió la mano. Se marchó de allí.

La pobre hija, en cuanto recibió el golpe, se puso a gritar y a llorar de dolor, incapaz de explicarse el enfado del padre. La otra muchacha salió a toda prisa de su escondite, le dio un masaje en la mano, se la untó con aceite caliente y se la vendó.

Poco a poco fueron calmándose los dolores y las dos nuevas amigas pudieron gozar de una agradable velada. Intercambiaron confidencias y noticias de cosas que les habían pasado, y estuvieron riéndose y contándose historias hasta muy entrada la noche. Después se dieron las buenas noches y se acostaron.

Por la mañana temprano dio la joven las gracias a su anfitriona, le dijo cuánto sentía lo que le había pasado por su culpa y se despidió de ella. La hija del ogro intentó retenerla, aunque fuese por un solo día más. Le decía:

—Quédate, por favor, que hoy estoy sola. Que mi padre come en casa de mi hermana. Mira lo que por ti me ha sucedido. Quédate un poco más, anda.

La muchacha le decía:

—Tú estás en tu casa tan feliz, pero yo tengo que seguir buscando mi destino, y no puedo perder un instante. Suplico tu perdón.

La anfitriona no tuvo más remedio que mostrarse comprensiva y, como muestra de su amistad, le dio una nuez y le dijo:

—Toma esta nuez, y cuando te sientas en apuro o en dificultad, ábrela.

Se besaron, lloraron, se despidió y se marchó.

Echó a andar, de nuevo sin rumbo ni destino, expuesta la infeliz a todos los peligros y sufrimientos.

Después de caminar durante días y días llegó adonde había un estanque. Se detuvo para beber, refrescarse y tomarse una galleta. Cuando se inclinó sobre el espejo del agua vio su rostro allí reflejado, y con dolor y pena se dijo en voz alta:

*—Qué guapa estoy y qué hermosa;
por la mala fortuna no soy dichosa.*

Una voz que venía del fondo le contestó con estas palabras:

*—Tú, la que tu fortuna lamentas,
mira debajo si la piedra levantas.*

Movió la piedra que tenía delante y descubrió que de allí arrancaba una escalera

parecida a la de la vez anterior, y que una muchacha le invitaba a bajar. Pidió garantías de que estaría allí segura, se las dio y bajó.

La mujer aquella la recibió con toda amabilidad y le preguntó:

—*Dime, aunque sea con dolor,
¿qué es lo que te ha traído al país
de los ogros y del terror?*

Con gran tristeza le informó de que había salido en busca de aquel que le estaba destinado: de un tal Tayur el hijo de Mayur. Y le contó toda su odisea.

Muy atenta y conmovida quedó la dueña de casa, quien a continuación explicó a su huésped que ella era la hija de un ogro, y que aquella noche le tocaba recibirlo y darle de cenar. Se hizo el propósito de aprovechar la ocasión para preguntarle, porque él sabría sin duda decir dónde y cómo.

El recuerdo de la dolorosa experiencia anterior hizo que la pobre viajera le dijera al instante:

—No hagas eso. Creo que lo mejor es que yo desaparezca antes de que llegue tu padre. Estuve hace poco con quien, por lo que parece, debía de ser tu hermana, y tu padre le rompió la mano. No quiero que por mi culpa sufras ningún dolor. Deja que me vaya.

Una insistía en irse y la otra en retenerla, hasta que se impuso la esperanza y el deseo de encontrar alguna salida a aquel doloroso enredo. De modo que se quedó.

Se puso a ayudar en la faena y en los preparativos de la cena, hasta que se acercó la hora de la llegada del padre. La hija debía esconder a su invitada. Pero, ¿dónde, dónde, dónde? No encontró mejor sitio que en el arcón de la cebada. La metió en él y se quedó a la espera.

Llegó el padre y, apenas entró, gritó:

—*En mi palacio
hay cierto olor;
¿por dónde ha llegado hasta mí?*

—¡Mira que eres exagerado, padre! —le dijo la hija—. No es más que una pluma que dejó caer un cuervo. Si quieres la quemo y te la tragas.

—Pues hazlo —dijo él.

Eso es lo que hizo. Luego le puso la cena. Comió como un ogro, nunca mejor dicho. Y cuando estaba a punto de volver a salir, se acercó su hija y le preguntó:

—¿Me podría usted decir, padre, qué es lo que quiere decir “Tayur el hijo de Mayur”?

El padre se puso colorado de la rabia. Empezó a lanzar maldiciones contra su hija, a decirle de todo, y le dio tal golpe que le hizo perder un ojo. Y se marchó.

Llegó la otra muchacha a su lado, confusa, dolorida. No sabía qué hacer ni qué decir.

—Te dije, hermanita, que no le preguntaras nada. Ya te dije qué es lo que le ha hecho a tu hermana. ¿Por qué le has tenido que preguntar?

Se sentía la pobre más molesta y apurada que la que había recibido el golpe. Hizo lo que estuvo en su mano para curar el ojo lastimado y se acostaron las dos llenas de tristeza, en un estado que *no entendía sino el que sabe lo oculto*.

Por la mañana, por más intentos que hizo la anfitriona por retener a su huésped un poco más, no fue capaz de convencerla.

—Tengo que marcharme —le dijo—. Tú, hermanita, estás aquí tan tranquila en tu casa. Pero yo tengo que encontrar todavía el lugar y la persona a la que estoy destinada. Me queda mucho camino por recorrer. Te ruego que me des el permiso para irme y que me desees suerte.

Al ver que era imposible convencerla de se quedase, le deseó toda la suerte del mundo y la dejó marchar triste, angustiada y llena de dolor. En la puerta la hija del ogro entregó a la muchacha una nuez y le dijo que la rompiera cuando se encontrase en apuro o dificultad. Se abrazaron, lloraron y se despidieron.

De nuevo en el camino de la aventura, de lo no previsto, del sufrimiento. Anduvo días y noches, casi sin descanso, hasta que

se quedaba sin fuerzas. Aguantó los intensos rayos del sol, los poderosos vientos, las lluvias y las penalidades de toda especie.

Igual que en las dos ocasiones anteriores, tropezó en su camino con un pequeño lago. Se sentó en la orilla a descansar. Sacó unas galletas y, al mojar una de ellas en las aguas, apareció su cara como reflejada en un espejo.

Llena de dolor, tristeza y cansancio, sin esperanzas casi, dejó escapar un suspiro que se parecía a un gemido y se dijo con voz alta:

*—Qué guapa estoy y qué hermosa;
por la mala fortuna no soy dichosa.*

De pronto una voz le contestó diciendo:

*—Tú, la que tu fortuna lamentas,
mira debajo si la piedra levantas.*

Hizo lo que la voz aquella le indicaba y levantó la piedra. Se encontró con una escalera más, a cuyo pie había una muchacha que le invitaba a bajar. La viajera le exigió garantías de seguridad. Le dio la otra mujer el *amán*, y ella bajó.

Las dos muchachas se saludaron y, cuando ella entró, se presentaron la una a la otra. Una vez dentro, la dueña de la casa

ofreció a su huésped un refresco y se sentaron a charlar.

—*Dime, aunque sea con dolor,
¿qué es lo que te ha traído al país
de los ogros y del terror?*

—Mi mala fortuna y mi destino —le contestó ella—. Estoy buscando a aquel que me está destinado, a Tayur el hijo de Mayur, el que está entre los Siete Mares.

—Mira, amiguita mía —le dijo la anfitriona—: yo soy la hija del ogro más grande que hay. Esta noche vendrá aquí a cenar. Voy a preguntarle dónde está ese Tayur, y él sabrá decirnos cómo, cuándo y dónde podrás encontrarlo. Lo único malo es que si huele tu presencia y te encuentra, nadie volverá a saber más de ti.

—Pues entonces, por favor, hermanita, es mejor que me vaya. Ya he pasado por las casas de tus hermanas y ellas le hicieron esa misma pregunta. Él se enfadó tanto que rompió la mano de la primera e hirió en el ojo a la segunda. Así que no quiero que por mi culpa sufras tú también algún daño. Deja que me vaya, y de verdad que te agradezco tu amabilidad. Que Dios te lo pague.

—No, no, tú te vas a quedar aquí. Yo no soy igual que mis hermanas, ya lo verás.

El deseo de hallar alguna solución y de poner fin a sus sufrimientos, y la gentileza, la bondad y la amabilidad de la hija del ogro

acabaron venciendo la resistencia de la muchacha, quien aceptó quedarse allí e intentarlo una vez más.

Se pusieron las dos a trabajar y a preparar la comida para el padre. Y cuando todo estuvo listo se pusieron a comer y se sentaron a tomar el té, a charlar, a cantar y a divertirse, pues ambas sufrían de soledad.

Cuando se acercó la hora de la llegada del padre, se puso la hija a pensar cuál sería el mejor escondite para su nueva amiga, y no se le ocurrió nada mejor que envolverla en una estera y colocarla en un rincón.

Llegó el padre. Apenas entró, antes del saludo a su hija, se puso a decir:

—*En mi palacio
hay cierto olor;
¿por dónde ha llegado hasta mí?*

—Pero si no hay nada, padre, no hay nada —le respondió su hija—, como no sea esta pluma que un cuervo ha dejado caer. Si te apetece la quemo y te la tragas.

—Sí, hazlo —le respondió él.

Quemó una pluma que ella tenía preparada y le dio las cenizas para que se las tragara. En tanto le preparaba la mesa, mientras iba y venía por allí, le dijo:

—Padre.

—¿Sí?

—Un ave andaba volando hoy por aquí y ha estado llamando a Tayur el hijo de

Mayur. ¿Tú me sabrías decir quién es ese Tayur el hijo de Mayur?

—¡Pedazo de perra! En algo andas tú metida, igual que tus hermanas. A una le he roto un brazo, y a la otra le he dado un golpe en el ojo. A ti, ¿qué es lo que te haré ahora?

—Pero, ¿por qué, padre? ¿Qué tiene esto de malo? Si yo no hago más que repetir lo que he escuchado decir al ave. Bien sabes tú que estamos aquí aislados sin relación ni contacto con nadie, sin salir a ningún sitio. Así que yo nunca me hubiera enterado de nada de eso si no hubiera sido por ese pajarito que ha despertado mi curiosidad.

—Pues a ese Tayur el hijo de Mayur lo tengo yo prisionero.

—¿Y por qué, si es que se puede saber?

—Pues porque es mi enemigo. Lo tengo preso y dormido.

—Eso quiere decir que no hay forma de que se despierte.

—Sí, sí que hay forma: se despertará, pero solo cuando llegue adonde él está la joven que le está destinada, pregunte por él y rompa un montón de abanicos con los que él está cubierto. Cuando esté roto el último abanico, él se despertará.

—Por lo que veo no es tan fácil llegar adonde él se encuentra. ¿Hay alguna posibilidad?

—Posibilidad sí que hay, pero hacen falta unas cuantas cosas.

—¿Como qué?

—Pues para llegar hasta él hay que atravesar el valle de las víboras, el valle de las hormigas, el valle de la sangre y el pus y el valle de los ogros.

—¡Dios mío, padre! ¡Pero si no hay nadie que sea capaz de cruzar a través de todos esos valles!

—Si se dispone de lo necesario, sí.

—¿De qué, por ejemplo?

—De un poco de lo que yo haya estado bebiendo para expulsar a las víboras, que mientras beban dejarán pasar; de una parte de lo que yo haya estado comiendo para echárselo a las hormigas, que mientras coman dejarán libre el paso; de uno de mis bastones, que abre el camino a través del valle de la sangre; y de una de mis túnicas, puesto que si alguien se tapa con ella, los ogros creerán que el que pasa soy yo e inclinarán las cabezas y dejarán pasar. Ya sabes que su jefe soy yo. Una vez se llega ante el palacio, si se ata un pelo de mi barba al balcón sería posible subir adonde está Tayur dormido.

La hija guardó bien en su memoria todo lo que le estaba diciendo su padre y continuó actuando en favor de su nueva amiga.

—Padre —le dijo.

—Sí, hija, ¿qué es lo que pasa?

—¿Será posible que a mis hermanas no se les haya ocurrido nunca bañarte ni afeitarte ni cambiarte de ropa?

—Pues es cierto que no se les ha ocurrido, hija. Tienes toda la razón.

—Pues entonces, antes de ponerte la comida, voy a afeitarte, a lavarte y a ponerte ropa limpia, y vas a ver cómo te quedas *igual que un novio la noche de su boda*.

—Pues te lo agradezco de corazón. Por algo eres mi hija favorita.

Sin perder un instante la joven calentó el agua, le afeitó y le peinó el pelo, le ayudó a tomar un baño y después le trajo ropa limpia. Y hasta el bastón viejo se lo cambió por otro nuevo. A un lado dejó la ropa sucia y el bastón viejo.

Cuando quedó completado el aseo, la joven trajo de comer a su padre; antes había dejado preparados por allí dos odres vacíos. El padre, *tan comilón y tan glotón como un ogro*, se puso a devorar con apetito y avidez todo lo que la hija, con la ayuda de su huésped, le había preparado. No había hecho más que empezar cuando su hija, que seguía toda empeñada en salirse con la suya, le dijo:

—Cuidado, cuidado, padre, que aquí hay un pelo.

Le acercó uno de los odres y recogió en él algo de la comida que había escupido el ogro. Cuando estaba bebiendo, volvió la hija al ataque y le dijo:

—Papá, papá, que en este agua hay una mosca. Échame esa agua aquí.

Y metió el agua en el otro odre.

Terminó el padre su comida. Le puso el postre y el café y, al cabo de un rato de charla con su hija, él le dio un beso y se fue.

Cuando tuvo la certeza de que su padre se había alejado ya lo suficiente, y de que no regresaría, la joven sacó a su amiga de su escondite y le dijo:

—Pero, ¿tú lo has visto? Ya te dije que yo no soy igual que mis hermanas.

La otra muchacha estaba que daba saltos de alegría. Había escuchado todo lo que había dicho el padre. Y, pese a los peligros que no ignoraba, al menos ya tenía alguna idea de adónde dirigirse y de cómo actuar. No sabía si llorar o si cantar. Daba saltos de alegría. Besaba a la hija del ogro, la abrazaba y le daba las gracias, y después volvía a dárselas y a repetir lo mismo. Estaba como loca.

—No sé qué decirte, hermanita. Eres una hermana de verdad para mí. Jamás olvidaré el favor que me has hecho. Quedaré siempre en deuda contigo.

Y volvía a echarse a llorar, y después a reír, y luego a besar a la hija del ogro, la cual, satisfecha también de su victoria y de haber podido ayudar a aquella desdichada amiga, no sabía cómo responder a las muestras de felicidad de su huésped.

Las dos amigas, embargadas por la alegría y la satisfacción, pasaron juntas algunos agradables momentos más. Cantaron, bailaron, tomaron el té, charlaron, rieron, cenaron, velaron y no se

acostaron hasta muy entrada la noche, cuando el cansancio hizo por fin mella en ellas.

Por la mañana, terminado el desayuno, quiso la muchacha despedirse de su benefactora, que no quería dejarla marchar.

—Quédate un poco más —le decía—. Te he estado ayudando a despejar el camino. Te he proporcionado todo lo necesario para que puedas seguir adelante con tu aventura. Ahora que al menos ya sabes por dónde has de tirar, quedarte un día o dos más aquí no va a cambiar nada.

Pero de nada sirvieron sus palabras. La muchacha, que por fin volvía a sentir esperanzas, respondía que le era imposible seguir retrasando el inicio de la dura tarea que le esperaba, que un minuto se le hacía un siglo, que había esperado ya más de la cuenta, y que le aguardaban muchos peligros hasta que le fuera posible llegar a su destino.

Aquello ablandó la resistencia de su amiga, quien le entregó todo lo que le había quitado a su padre, ya que tendría necesidad de todo ello en el duro camino que le esperaba.

Llegó pues la hora del adiós. Lloraron, se besaron, se abrazaron, repitieron las mismas palabras una vez más. Y, cuando ya se marchaba, le entregó, igual que había hecho con las otras dos hermanas, una neuz, para que pudiera romperla en caso de necesidad.

Ella le repitió sus palabras de agradecimiento. Y, como se suele decir, dando *un paso hacia delante y diez hacia atrás* salió y dio inicio a su andadura, llena de esperanzas aquella vez.

Caminó a buen paso, animada por el deseo de llegar cuanto antes a los valles que habría de cruzar, y con la confianza puesta en los medios que le había entregado su amiga y benefactora. Caminaba, caminaba, caminaba, y, como suele decirse, *entraba en un país y dejaba otro*. Hasta que un día se vio en el valle de los ogros.

Al instante se puso por encima la vieja y sucia túnica del padre de su amiga y apretó el paso. Cuando la vieron, los ogros inclinaron las cabezas y dejaron que pasase.

Salió de aquel valle y siguió su camino hasta que se topó con las víboras. Echó donde ellas estaban el agua del ogro y, mientras se la bebían, quedó el camino libre y ella pasó sin dificultad.

Agotada pero con buen ánimo, continuó su marcha hasta que llegó al valle de las hormigas. Las había de todas las clases y tamaños. Les arrojó la comida del ogro. Afanosas como ellas son, se enfrascaron en la labor de comérsela, y la muchacha aprovechó para seguir adelante, por el camino que volvía a quedar libre.

Pese al esfuerzo, sabía que no le convenía detenerse hasta no haber dejado atrás los valles. Y ya solo le quedaba uno. Apretó el paso. Su camino acababa ante una

especie de mar de sangre y de pus. Con el bastón del ogro que le había proporcionado la hija dio un golpe y pudo abrirse paso por entre aquel mar de sangre. De ese modo, sin aflojar la velocidad, pudo dejar atrás aquel valle asqueroso.

Cuando se vio al final de aquel camino vio que tenía delante un palacio que no podía ser otro que el que buscaba: aquel en el que dormía quien estaba destinado a ser su prometido.

“Ya estoy cerca del final”, pensó. Lo único que le faltaba era meterse dentro y encontrar allí al joven dormido.

Sacó uno de los pelos del ogro padre de su amiga, ató uno de sus extremos a una piedra, la arrojó al balcón, la movió un poco para asegurarse de que la piedra servía de gancho y se puso a trepar hasta que alcanzó el balcón.

La ventana estaba abierta. Entró y allí, dormido bajo un montón de abanicos, estaba el príncipe deseado en sus sueños. No estaba ni muerto ni vivo: estaba vivo para los muertos y muerto para los vivos.

Ya sabía nuestra amiga qué era lo que entonces le tocaba hacer: ponerse a abanicar al joven hasta que quedasen gastados todos los abanicos. Solo entonces se despertaría el durmiente. Así que no había ni un minuto que perder.

Se sentó al instante a su lado y se puso a menear un abanico. A abanicar y llorar. Abanicaba con fuerza y sin demasiadas

contemplaciones, con el propósito de que se rompiesen cuanto antes los abanicos.

Mientras lloraba, se lamentaba y relataba sus desventuras al joven durmiente que le estaba destinado, como si él pudiera oírle.

Uno tras otro los abanicos fueron rompiéndose, igual que sucedía a sus ojos con el llanto, y a su cuerpo con el esfuerzo.

Quedaban todavía algunos abanicos por romper cuando escuchó una voz que decía:

—¿Quién quiere comprar una sirvienta a cambio de un poco de agua? ¿Quién, quién, quién? Vendo una sirvienta a cambio de un poco de agua.

—Qué suerte —se dijo para sí la muchacha—; si eso que oigo fuera verdad, ahora mismo tengo la oportunidad de comprar una sirvienta para que me ayude. A fin de cuentas, el precio no es tan alto.

Se asomó, habló con el vendedor y, tras llegar a un acuerdo, le dijo:

—Voy a hacer bajar adonde estás un cubo colgado de este pelo; colgado del mismo pelo harás que suba el cubo con la criada encima.

—De acuerdo —le respondió el otro.

Así se hizo, y hasta allá que subió quien iba a ser su ayudante.

Nuestra amiga le explicó que ella se encontraba muy cansada, muerta de sueño, ya que llevaba varias noches sin dormir. Todo lo que la otra debía hacer era seguir

moviendo los abanicos hasta que se rompiesen los pocos que quedaban. Cuando ella viera que ya solo faltaba uno, debía despertarla, si es que ella seguía durmiendo.

La criada asintió. De modo que la una se puso a abanicar mientras la otra, rendida por el cansancio, la tristeza y los sufrimientos caía en un sueño profundo, cubierta por los restos de los abanicos destrozados.

La ayudante se empleó a fondo en la tarea de abanicar. Y como estaba en plena forma y más descansada que su ama, no pasó mucho tiempo antes de que estuviesen rotos los abanicos que quedaban, con excepción de uno.

Pero entonces, en vez de despertar a la infeliz durmiente, siguió dándole al abanico. Y cuando aquel último abanico estuvo ya destrozado, dio el dormilón un largo suspiro y dijo:

—*¡Áhah! Que Dios dé la vida
a quien me la ha dado a mí,
y la muerte a quien me mató.*

Pronunció la confesión de fe: *no hay otro dios que Alá; Mahoma es su enviado*. Se levantó, tomó a la criada negra⁹ por la mano y se marcharon de allí.

⁹ Lela Ula no había mencionado hasta este episodio que la criada fuese negra.

Y resultó que aquel Tayur no era sino el hijo del sultán de aquel país. Y que, desde el momento en que el hijo se había quedado sumido en el encantamiento, el padre había prohibido todo festejo, boda o circuncisión públicos. Había prohibido igualmente encalar o pintar las casas y las tiendas, o hacer cualquier manifestación de fiesta o de júbilo. Desde que había sido decretado el duelo por el príncipe, toda la ciudad había estado como de luto.

Pero el que algo dure para siempre es imposible, y no hay nada eterno si no es Dios. El sufrimiento del joven, que ya iba de camino a su casa, llevando de la mano a su libertadora, había llegado a su fin.

Por el camino el príncipe se cruzó con un señor. Le llamó y le pidió que fuese a entregar su rosario a su padre, para que enviase a quien los pudiese recoger.

Así se hizo. Y el padre, tan pronto recibió el rosario, supo que su hijo se encontraba a salvo. Llamó a su esposa, le informó de que su hijo se había despertado y dio orden de hacer pública la feliz noticia, de anular las prohibiciones vigentes y de disponerlo todo para la feliz celebración del compromiso.

El palacio quedó inundado de júbilo, de albórbolas, de cantos, de criados que iban y venían en todas direcciones. En la ciudad los pregoneros se pusieron a proclamar la noticia a los cuatro vientos, en cada una de las plazas y de las calles. Los

tambores redoblaban con fuerza. Y la gente, según se iba enterando, se ponía a la obra de encalar y de pintar las casas, y de hacer los preparativos para los festejos por venir.

El padre, apenas informó a su esposa y repartió aquellas órdenes, se subió a la carroza real porque quería ir él mismo a recibir a su hijo.

El encuentro fue emocionante: abrazos, besos, lágrimas incluso. El padre era incapaz de contener el júbilo y la emoción, y abrazaba más a la criada negrita que a su hijo. En ella veía encarnadas la salvación, la libertad, el auxilio, el socorro. A ella le debía el haber recuperado la vida su hijo, el regreso del unigénito, del heredero, de la vida y del ritmo habitual de las cosas.

No dejaba de abrazar y de volver a abrazar a aquella muchacha, sin que le importase en absoluto el color de su piel: para él se trataba de la mano salvadora de Dios que se había encarnado en el cuerpo de una mujer negra con el fin de salvar a su heredero.

Una semana o más duraron los preparativos de la fiesta de compromiso: hizo falta moler, cerner, amasar, enrollar, enviar al horno el pan, los dulces, matar los corderos, preparar las comidas. Hasta que estuvo todo listo para el real acontecimiento. El compromiso fue celebrado a lo grande y,

*durante siete días y siete noches,
nadie coma ni beba
si no es en casa de Mhamed,
el hijo del sultán.*

La noche del viernes el joven príncipe fue conducido con música, tambores y albórbolas a la habitación contigua a la de su prometida. Le entregó algunas joyas y un anillo con un diamante, y pasaron su primera velada como prometidos.

El padre, embargado por la alegría, dispuso que desde aquel momento quien se hacía cargo del gobierno del palacio era la mujer que estaba comprometida con su hijo. Negra o no, era ella quien asumía el poder. Todo lo que ella dijese o pidiese sería una orden para los demás, y había de ser obedecida.

¿Y qué es lo que estaba pasando, en el entretanto, con la otra infeliz? ¿Con aquella que, al cabo de tantos viajes, dolores, sufrimientos y peligros, cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo, había comprado con su propio dinero a quien le había arrebatado la esperanza?

Pues al despertar de su largo y profundo sueño, la infeliz se vio sola. Miró a derecha e izquierda, paseó su mirada en derredor, pero no vio a nadie. El príncipe durmiente de sus sueños y esperanzas había volado con la impostora.

Rompió en lágrimas para lamentar su mala suerte; lloró para purgar su falta de cautela y su exceso de confianza.

Cuando se hartó de llorar recuperó la serenidad y se dijo: “Pero, ¿de qué me sirven los lloros y los lamentos? Lo que ha sucedido es lo que Dios ha dispuesto que sucediera. Me toca ahora pensar en qué es lo que conviene hacer ahora. No voy a permitir que esa impostora maldita y desvergonzada se quede con quien me pertenece, después de todo lo que he tenido que sufrir para llegar hasta él”.

Se puso a pensar, a pensar y a pensar, hasta que tomó la decisión de salir en busca de los que habían volado. Debía recuperar lo que era suyo.

Sostenida solo por un hilo de esperanza, echó a andar y se puso a preguntar en qué dirección estaba la ciudad. Llegó al final a ella. La encontró en gran desorden, agitada, ruidosa, llena del sonido de las canciones, de adornos y actividades de toda índole.

Preguntó con asombro qué era lo que sucedía, y le dijeron que el hijo del sultán había quedado libre del hechizo, y que aquella noche se celebraba la fiesta de compromiso. La noticia tuvo el efecto de una puñalada en su afligido corazón.

“De modo que era un príncipe, y que la sinvergüenza aquella me lo ha arrebatado”, pensó para sus adentros. “Pues veremos. *Dios no permite que se le arrebaten los*

derechos a nadie, y no ama a las personas injustas”.

Aguardó a que llegara el final de los festejos y, tras preguntar dónde quedaba el palacio del sultán, allí que se presentó. Los guardias de palacio le preguntaron qué era lo que deseaba. Les pidió que rogasen al sultán o a la sultana que le diesen asilo en las dependencias del palacio.

—No tengo nada ni a nadie. Pero puedo, si me dan alojamiento, enseñar a las pupilas a coser, a bordar y a hacer otras labores.

Le dijeron que la orden del sultán era que fuese su nueva nuera quien tomase todas las decisiones.

—Pues id a preguntárselo, y que *Dios la guíe hacia lo que sea el mejor obrar.*

Transmitieron la solicitud al ama nueva, y ella dio su consentimiento.

—Dejad que esté en un pequeño almacén en el sótano, con una estera y una manta, y que se quede allí.

La infeliz se instaló en aquella mísera celda, y a los pocos días ya había empezado a instruir a las pupilas en las labores que sabía hacer.

Al cabo de las dos o tres semanas fue cuando la pobre joven se acordó de las nueces.

“¿Habrà momentos más difíciles que estos por los que estoy pasando? Seguro que no. He soportado lluvias, vientos, el calor del sol, sed, hambre, peligros, caminos

y caminos, durante días y noches, abanicos movidos por días y días, y en esto he venido a dar. No creo que pueda encontrarme en una ocasión más apurada. Así que voy a romper una de las nueces”.

Rompió la nuez y de ella salió un vestido que no tenía igual en el mundo. Un vestido hermoso, elegante, precioso. Tanto que, como se suele decir, *no lo cosió aguja ni lo cortaron tijeras*. “Qué precioso, qué precioso”, repetían las chiquillas al ver tal maravilla.

—Voy a decirle a la señora que venga a verlo.

Eso es lo que dijo una de las pupilas. Y dicho y hecho: salió corriendo a contárselo a la negrita que tenía el gobierno del palacio. Y nada más ser informada de la existencia de aquella maravilla, pidió ver aquella obra. Se la llevaron y se quedó pasmada cuando tuvo el vestido delante.

—Pues quiero que sea mío —dijo—. Ve a preguntar a tu maestra si quiere venderlo, y cuál es su precio.

La pupila se fue corriendo adonde estaba su maestra y le comunicó el deseo de quien era ya la princesa.

—Pues sí que lo vendo —respondió la maestra—, pero no a cambio de dinero. El precio es que me den permiso para pasar una noche con el príncipe.

Comunicaron a quien estaba al mando del palacio cuál era el precio, o, mejor dicho, la condición exigida a cambio del maravilloso vestido.

—¿Por qué no? —dijo—. Acepto. Será llamada cuando llegue la noche.

Las pupilas, contentas de haber servido a las dos mujeres, transmitieron a su maestra el asentimiento de la señora.

La infeliz les dio las gracias y les pidió que le hiciesen un favor más: les encargó que le llevasen veinte varas de palma. Se las llevaron. Las dejó bien limpias e hizo con ellas veinte bastoncitos, que quedaron listos para ser empleados como azotes.

Tras la cena la negrita mantuvo una conversación con el príncipe, echó un somnífero en su té y envió a llamar a la infeliz. Cuando las dos se vieron por fin cara a cara, se reconocieron la una y la otra, pero no hablaron de ello.

—Entra —le dijo—. Ahí le tienes.

La hizo entrar, cerró la puerta con llave al salir y se marchó.

Entró la pobre maestra, avanzó por la alcoba y allí encontró al hombre acostado, inmerso en el sueño profundo en que lo había visto en otras ocasiones.

Se sentó a su lado y trató de despertarlo sin éxito. Rompió en lloros y lamentos, y se puso a contarle todo lo que había sufrido por él.

—Por ti, Tayur, vendí nuestra casa. Por ti me separé de mis hermanas. Por ti conocí a la primera hija del ogro, y por mi culpa su padre le rompió la mano. Por ti estuve con la segunda hija, quien perdió su ojo por causa mía. Por ti visité a la hija

tercera, quien me dio las instrucciones de lo que debía hacer. Por ti crucé el valle de las víboras, el de las hormigas, el de los ogros, el del pus y la sangre. Por ti usé uno tras otro casi todos los abanicos. Por ti compré a esta criada, que con solo romper tres o cuatro abanicos se ha hecho tu dueña, después de traicionarme a mí.

Tayur por allí, Tayur por allá, pero nada. Estaba como muerto. Sacó entonces los bastoncitos y se puso a darle golpes, lamentándose y repitiendo todo lo que había sufrido por su culpa. Hasta que estuvieron todos los bastoncitos rotos y el cuerpo de él muy magullado.

Empezaba apenas a amanecer cuando llegó la otra, abrió la puerta y la hizo salir.

El infeliz se despertó sin ser capaz de moverse apenas. Se sentía como si hubiese recibido una paliza, que era justo lo que había ocurrido. Le dolía tanto el cuerpo que no podía salir de su alcoba.

Se enteró el visir de que su príncipe se encontraba indispuerto y acudió a verle. Él le contesto que, más que sentirse enfermo, lo que le pasaba es que le dolía el cuerpo como si hubiese recibido una paliza.

Se quedó más tranquilo el visir al ver el estado de salud de su amo y se marchó.

Rompió la maestra la segunda nuez. Y de ella salió un vestido aún mejor, más vistoso, más elegante y precioso que el primero.

Corrieron las pupilas a ver la señora y a decirle que su maestra tenía un vestido mucho más hermoso que el anterior.

—Pues traédmelo, que quiero verlo — dijo.

Se lo llevaron. Pidió comprarlo, y la maestra consintió en dárselo a cambio de lo mismo que la vez anterior.

Tras llegar a ese acuerdo, la maestra preparó, en aquella ocasión, cuarenta bastones. Y la traidora, después de cenar y de pasar una breve velada con su esposo, le echó otro somnífero en su bebida y mandó que fuese llamada la infeliz. La hizo entrar en la alcoba y cerró la puerta detrás de ella.

Igual que había sucedido en la ocasión anterior, la pobre joven se lamentó, lloró y volvió a contar al príncipe sus desventuras, sin que él se enterara de nada. Le pegó tal azotaina que acabaron rotos sobre él los cuarenta bastones, de tal modo que le dejó el cuerpo y la piel destrozados.

Al alba llegó la dueña de la casa, la sacó de allí y esperó hasta que el joven se despertó. Cuando recobró el sentido se sentía totalmente deshecho, sin fuerzas y con dolores por todo el cuerpo. No se veía capaz de levantarse para acudir a la corte.

Cuando el visir se dio cuenta de su ausencia, preguntó por él y fue informado de que no se sentía bien. Se apresuró a hacerle una visita.

Él le contó lo dolorido que se sentía, y el visir sugirió que fuesen juntos al

*hammám*¹⁰, en el que un buen baño de vapor y un masaje ayudarían seguro a su restablecimiento.

Aceptada la sugerencia, fueron los dos a los baños del palacio. Se encontraron allí con unos criados que se quejaban en voz alta y discutían entre sí.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —les preguntó el príncipe.

Le explicaron que su madre, la sultana, les había enviado a la tahona del palacio a por la harina, la sémola y toda la harina que hubiese disponible, ya que hacía falta apresurar los preparativos para la fiesta de la boda. Pero el molinero decía que él no podía hacer nada, y que quería ver a su señor.

—Bueno, pues ahora mismo voy a verle.

El príncipe y el visir bajaron y se encontraron al molinero en un estado de confusión tal que no sabía por dónde empezar a contar.

—Cuéntame. ¿Qué es eso que quieres decirme?

—Pues que siento mucho, señor, no haber podido cumplir con mi obligación. Como usted sabrá, por el día me ocupo del horno y del pan, y por la noche de moler. Pero durante las últimas noches he estado escuchando, dentro de su casa, tal alboroto que no he sido capaz de trabajar ni de concentrarme en mis tareas. Se trata de una

¹⁰ *Hammám*, baño.

voz que llora y se lamenta, y que dice cosas tristes que yo no sé comprender bien, pero que me dan mucha pena. Después se escuchan golpes, como si estuviesen golpeando a alguien. Todo esto lo he escuchado, señor, sin querer. Lo siento de veras.

—Tranquilo —le dijo el príncipe—. Tú vuelve a tu trabajo, que todo irá bien.

Dejó al molinero y en compañía del visir regresó a los baños.

Una vez dentro, sin ropa y con solo las toallas alrededor de sus cinturas, soltó el visir una exclamación que era casi un grito:

—Señor —le dijo—, la paliza de la que hablaba el molinero era usted el que la estaba recibiendo. Mire cómo tiene usted su cuerpo, con la piel llena de magulladuras. ¿Le importaría decirme qué es lo que le está sucediendo por la noche?

—Pues nada de especial —le dijo—. Ceno con mi prometida, charlamos y bromeamos mientras tomamos el té o alguna otra bebida o infusión, y luego me echo a dormir.

—Pues, ¿sabe lo que le digo, señor? Llévese esta noche una esponja escondida en su pecho. Cuando su prometida le sirva su bebida, da igual cuál sea, no la beba. Y sin que ella se dé cuenta, eche el líquido en la esponja y acuéstese como de costumbre. Trate de no dejarse vencer por el sueño, y sabremos entonces qué es lo que de verdad ocurre.

Terminado su baño, volvió el príncipe a su casa sintiéndose recuperado y como nuevo.

En el entretanto, la maestra había roto la tercera nuez. De ella salió una túnica más: una especie de dalmática que era una obra muy superior a las dos prendas anteriores. Era, como suele decirse, una obra de arte.

Se enteró la prometida del mismo modo que lo había hecho en las ocasiones anteriores, y la compró a cambio de lo mismo; es decir, con las mismas condiciones.

Pidió la maestra que le llevaran cincuenta varas aquella vez, y lo dispuso todo para la tarea de aquella noche. Tras la cena los dos novios se pusieron a jugar y a charlar como de costumbre, se tomaron lo que había de bebida y ella echó, con mucho cuidado como cada noche, una dosis de somnífero en el vaso del príncipe.

Él hizo como si bebiese, pero de manera disimulada echó todo el contenido de su vaso en la esponja, y al poco rato fingió que se dormía.

La prometida hizo entrar a la desafortunada joven y cerró la puerta con llave, igual que había hecho en las noches precedentes.

La desdichada se sentó a su lado y se puso a relatar sus desventuras diciendo como en las otras ocasiones:

—Tayur el hijo de Mayur, por ti vendí nuestra casa, dejé a mis hermanas, viajé por

tierras plagadas de peligros, aguanté las peores inclemencias del tiempo: frío, calor, lluvias, vientos. Me expuse a todos los riesgos, me encontré con las hijas del jefe de los ogros, crucé los valles de las víboras, de las hormigas, de los ogros, de la sangre, abaniqué hasta que ya no pude más, y compré a esa criada para que me ayudase, pero ella me traicionó. ¿Y tampoco en esta noche me vas a hacer caso? Pues te tengo aquí preparadas cincuenta varas de palma, para comprobar si sirven de algo.

Alzó el brazo para dar el primer golpe, pero él la detuvo y le dijo:

—¡Basta! ¿Y cómo querías que supiera yo todo eso? Cuando desperté de mi sueño, me sentí feliz al encontrar a quien yo creía que era mi libertadora. Me daba igual que fuese negra. Bastaba con que fuese de mi país y de mi religión. Ahora estate quieta y cuéntame qué es lo que pasó.

Se quedaron conversando la noche entera. Y bien temprano por la mañana llegó la otra, dio vuelta a la llave y entró. Helada se quedó al verlos sentados juntos.

—¡Entra, traidora, sinvergüenza! ¿Rompiendo aquellos tres o cuatro abanicos te creías tú que ibas a quedarte con él y a hacerte con el triunfo sin mayor esfuerzo?

—Decide tú qué es lo que hay que hacer con esta malvada traidora —dijo el príncipe a quien era la mujer que le estaba en verdad destinada.

—Si por mí fuera, yo dejaría que vagase desterrada por caminos sin fin.

—Pues así se hará —respondió el príncipe, satisfecho y feliz de haber encontrado a su verdadera prometida y de ver que era más hermosa, más educada y más inteligente que la otra.

Bajó a ver a sus padres y les explicó todo lo ocurrido.

Mucho se alegraron de que su nuera no fuera una esclava, y dieron la buena nueva a todo el mundo. Se llenó entonces el palacio de albórbolas, cantos y alegría.

Siguieron adelante los preparativos de la boda, tocaron los tambores, y a los pocos días todo estaba ya listo para la boda del príncipe con su prometida verdadera.

*Por siete días y siete noches
nadie coma ni beba
más que en casa de Mhamed,
el hijo del sultán.*

El viernes llevaron al príncipe a su cámara nupcial, junto a su prometida; él le dio a ella el regalo de joyas muy valiosas y pasaron su primera noche de casados.

*Y yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.
En su sueño cayeron
hasta que juntos **murieron**.*

EL SULTÁN QUE SE CASÓ CON UNA MUJER QUE NO DECÍA NUNCA QUE NO

Érase una vez un sultán a quien en un día de cavilaciones se le ocurrió la extraña idea de casarse con una mujer que no dijera nunca que no. Bajo la pena de que si algún día lo decía le sería cortada la cabeza.

Para hacer realidad su deseo pidió la ayuda de su madre, la cual hizo el encargo a una casamentera conocida, quien se entregó enseguida a la búsqueda.

Pero, ¿dónde iba la pobre a encontrar a una persona tan rara como aquella que se buscaba? Recorrió de aquí para allá todos los barrios de la ciudad, pero sin éxito. Tan pronto anunciaba cuál era el requisito, recibía siempre la misma contestación:

—¿Qué es eso de que no se pueda decir nunca que no? Siempre habrá alguna razón o alguna ocasión para negar alguna cosa.

La mujer acabó desesperada y regresó para informar a la madre del sultán de que sus esfuerzos no habían dado fruto. Y la madre habló con su hijo para informarle de que no había manera de encontrar a la persona que solicitaba.

Pero el monarca, que era un testarudo y estaba obcecado con aquella idea, insistió

y ordenó que la mujer siguiese adelante con la búsqueda.

La buena señora se empleó a fondo y con la mejor voluntad en su difícil tarea, y pasó un tiempo dando a conocer por todos los confines del país cuál era el deseo del soberano.

Hasta que la noticia llegó a los oídos de una muchacha pobre y que vivía en el abandono, quien interpretó aquella propuesta como si fuese una señal de la providencia y se dijo: “¿Qué es lo que tengo que perder si acepto? Podría al menos vivir unos cuantos días libre del hambre y de la necesidad, lejos de la miseria. Y si el requisito es no decir que no, pues tampoco tengo por qué decir eso: me dedicaré a decir que sí a todo y a vivir mis días como mejor pueda”.

Llegó la casamentera al barrio pobre en que vivía la joven, y allí fue informada de que la señorita Ferial había dicho que aceptaba las condiciones, y de que se sentía preparada para casarse y acatar el extraño deseo del sultán.

Corrió la casamentera a visitarla, y la muchacha le confirmó su decisión. La señora conversó un poco con la muchacha, para tener más claras las razones por las que aceptaba y para asegurarse de que su decisión era firme. Dio vueltas y más vueltas a la conversación, interrogándola de un modo y de otro para cerciorarse de si era

sincera en su sí de casarse bajo aquella condición.

En cada ocasión repitió la muchacha que su decisión era firme, y que no había tras ella sino una reflexión profunda. Hasta que la casamentera se sintió plenamente convencida de que la muchacha hablaba en serio, y regresó a toda prisa para dar la buena nueva a la madre del sultán, quien la comunicó a su vez a su hijo.

Él, contento y satisfecho, pidió a su madre que diesen inicio los preparativos, porque sentía el deseo de casarse cuanto antes.

Mientras andaban enredados con los preparativos, el sultán se hizo construir un palacete fuera de la ciudad, en pleno desierto, *donde no había ni hierbas ni piedras*.

Lo amuebló con todo lo necesario y se hizo con provisiones de todas las clases, sin olvidarse de nada: *de todo lo que puede la lengua pronunciar, incluso de la pimienta y el azafrán*, como se suele decir.

Cuando todo estuvo dispuesto se celebró la boda. Y la muchacha fue llevada al palacete, en el que la pobre se quedó encerrada y a solas. El esposo llegaba por la noche, pero por la mañana se iba tras dejar la puerta cerrada con llave.

Al cabo de unos cuantos meses, se quedó ella embarazada. La próxima maternidad le dio algo de alegría y de esperanza. “Cuando llegue la criatura”, se decía, “encontraré en ella una agradable

compañía; nos hablaremos con cariño, nos reiremos de lo que nos digamos, y los días se harán menos largos y pesados”.

Pasaron los nueve meses, dio ella a luz a un niño y empezó para la solitaria una nueva vida. Pero no por mucho tiempo. Antes de que el recién nacido cumpliera el año, su padre se lo quitó y se lo llevó a su abuela.

La pobre madre aceptó la separación en silencio, puesto que no podía decir que no. Todo lo que pudo hacer fue llorar y rumiar su tristeza.

Una tristeza que fue su compañera hasta que se quedó embarazada de nuevo. *Fueron pasando los meses hasta que llegó el noveno.* Y dio a luz a otro niño.

De nuevo volvió a sentir esperanzas, y se pasó el día y la noche rogando al Señor que ablandase el corazón del marido y que la dejase ocuparse de su hijo, que era su único consuelo y su única compañía.

Por desgracia, el testarudo marido repitió su acción, y apenas alcanzó el niño el año o un poco menos, se lo lleva adonde estaba la abuela, junto a su hermano.

La pobre mujer se quedó una vez más sola, con la única compañía de sus lágrimas y lamentos.

La soledad y la tristeza llevaron a la desdichada a tomar algo de arcilla¹¹, a

¹¹ En el pasado era tradición fregar la vajilla con una pasta de arcilla que se obtenía de los ríos y no faltaba en ninguna casa.

mojarla hasta que se convirtió en una pasta, a moldear con ella algo parecido a una forma humana y a ponerla a secar. A continuación vistió aquella figura con algo de su ropa y se sentó a hablar con ella.

—Tía arcilla, ¿ves en qué estado he caído? Yo no sabía que las cosas iban a llegar a este punto. Tía arcilla, desde mi boda no he visto a mi madre; desde mi boda no he visto a ningún ser vivo; desde mi boda vivo sin nadie al lado, sumida en esta soledad; cuando tuve mi primer hijo, él se lo llevó; con el segundo pasó lo mismo. Y aquí estoy llena de pena, llorando mi desdicha.

Con aquel triste y dolido monólogo entretenía la pobre sus días, quejándose a su tía arcilla.

Se quedó otra vez embarazada. *El primer mes, el segundo mes, el tercer mes y el noveno fueron pasando*, hasta que llegó el parto.

En aquella ocasión dio a luz a una niña. Para la madre aquello fue un signo de esperanza y una señal de que estaba cercana la felicidad. Se decía para sí misma que, al ser una niña, acaso no se la llevaría. Una niña necesita a su madre más que un niño.

De ese modo se consolaba, rezando sin descanso y pidiendo sin descanso al Señor que su marido tuviese piedad y dejara a la niña a su lado; ella sería su consuelo, su compañía y la luz que iluminaría aquellos días suyos tan oscuros.

Pero sucedió que todo aquello se quedó en deseos y esperanzas. Al cumplir la niña el año se la llevó el padre donde la abuela, igual que había hecho con los otros dos hermanos, dejando a la madre abandonada a sus quejas y lloros.

Los lamentos ya tenía a quien dirigirlos: a su tía arcilla. Desde la mañana al atardecer no hacía otra cosa sino comunicar su dolor a su estatuilla, o a su tía arcilla:

—¿Qué es lo que debo hacer, tía arcilla? A la niña también me la ha quitado. Dime qué es lo que debo hacer. Yo sola me he metido en esta trampa. A nadie veo sino a él por la noche. Nadie llama a mi puerta. Me siento como si estuviera abandonada en el desierto. Y cuando me ocurre algo no tengo a nadie a mi lado. Y no puedo decir que no a nada.

La desdichada seguía quejándose a su tía arcilla, llorando y lamentándose, y cuando ya no podía más salía del cuarto en que tenía a su muñeca.

Hasta que un día la madre del sultán llamó a su hijo y le dijo:

—¡Pero hijo mío! ¿Hasta cuándo vas a dejar que tu esposa siga en ese estado, tan sola y aislada? La pobre estará ya absolutamente consumida, flaca como un palo y sin fuerzas. ¿Es que vas a dejar que se muera de esa manera?

—¡Qué va! —dijo él—. Es cierto que la naturaleza de ella no es de ser rellena.

Pero últimamente la veo hasta ganando peso, al revés de lo que tú te piensas.

—¿Será verdad lo que me cuentas?

—Esa es la verdad pura y simple. Yo la veo con más carne que antes.

—Pues si es como dices, seguro que es porque tiene a alguien con quien descargar sus penas y sus lamentos.

—Pero, ¿quién podría tener a su lado, madre? —dijo el sultán—. Si yo la tengo encerrada allí bajo llave, y cierro al entrar y cierro al salir.

—Pues aunque digas que ella no tiene a nadie, si no lo tuviera estaría seca como un esqueleto. Seguro que tiene a quien revelar sus penas y con quien comunicarse.

Al sultán le asaltaron las dudas y sospechas tras escuchar las palabras de su madre. Y decidió averiguar si había en aquello algo de verdad.

Una noche, después de cenar y de pasar la velada junto a su esposa, se fueron a acostar como de costumbre. Pero él no se durmió. Dejó que fuese ella quien se durmiese. Y, cuando vio que el sueño la dominaba por completo, salió y se puso a inspeccionar el palacio de arriba abajo, para ver si había alguien por allí. Fue mirando de habitación en habitación, pero no encontró un alma.

Ya de regreso a la cama se le ocurrió entrar en la despensa. Cuál no sería su sorpresa cuando vio a una mujer que estaba allí sentada. La cólera corrió por todas sus

venas, y con voz amenazadora le preguntó quién era y qué hacía allí. Pero no recibió ninguna respuesta.

Al aproximarse descubrió que no era más que una figura de arcilla. Regresó adonde estaba su esposa, la despertó y le preguntó:

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido esto, y qué es lo que significa?

La mujer, asustada pero decidida a hablar, le dijo:

—¡Pues mira! Tan pronto nos casamos me trajiste aquí y me dejaste encerrada en esta soledad. Aquí yo no veo a nadie, no me comunico con nadie, no veo a mi madre, ni a la tuya, ni a nadie. Tuve mi primer hijo: me hice la ilusión de que en él encontraría una compañía amable, pero me lo quitaste. Lo mismo pasó con el segundo. Y ni a la niña siquiera me dejaste. Así que no tuve más remedio que fabricar a mi tía arcilla para poder hablar con ella y para descargar con ella todo el peso que siento en el corazón. A ella es a quien cuento mis penas, y a ella le lloro y le comunico mi duelo.

El inconsciente del marido escuchó la historia de su esposa y se echó a reír. Y por la mañana la dejó encerrada como siempre y se fue a hacer sus tareas diarias. A mediodía marchó a comer con su madre y en la mesa le dijo:

—¿Sabes, madre? Lo que me dijiste era verdad.

—¿De qué me estás hablando?

—Es de mi esposa de quien te hablo.

—¿Y qué es lo que sucede?

—Pues justo aquello que me habías dicho tú. Que ella tiene a alguien con quien hablar.

—¿Y ya has averiguado quién es?

—¡Pues sí! No te lo vas a creer, pero resulta que ella ha moldeado una figura con arcilla, y es a ella a quien se queja y a quien cuenta sus cosas llorando, según me ha dicho.

—¡Ay, hijo mío! Pues si lo que me cuentas es cierto, ve y rompe la estatua, y encontrarás en su interior un gusano.

—¿Cómo que un gusano? ¿Desde cuándo la arcilla se pudre y tiene gusanos?

—Te estoy diciendo que, si la rompes, encontrarás un gusano dentro de la figura.

Cuando regresó al palacio de su esposa, la primera cosa que hizo fue decirle que iba a romper a su tía arcilla.

—Pero, ¿por qué? ¿Es que ha hecho algo malo? Ella es mi único consuelo. A ella le lloro, a ella le entrego mis confidencias.

Nada. Cogió la muñeca y de un golpe la rompió. Y al instante se quedó como petrificado. No podía creer lo que tenía ante sus ojos. Un gusano gordo y grande salió de la muñeca. Aquello le llenó de asco, sorpresa y hasta de miedo.

Al día siguiente marchó a ver a su madre y le dijo que llevaba otra vez la la razón y que, en efecto, dentro de la estatua

de arcilla había encontrado un gran gusano verde.

—¿Te das cuenta? —le respondió la madre—. Si ella no hubiese hecho aquella muñeca sobre la que descargar sus penas y tristezas, aquel gusano hubiera crecido dentro del cuerpo de tu esposa, de la madre de tus hijos, y ella estaría, a estas alturas, muerta o a punto de morir. Así que haz el favor de reconsiderar el modo tan malvado en que estás obrando. Tu pobre esposa te ha dado pruebas de su paciencia y de su resistencia. Ve a traerla aquí y permítele que vea a su familia y a sus parientes e hijos, a los que nadie estará echando de menos tanto como ella.

Sin más discusión marchó el sultán en su carroza a por su esposa, y a los pocos días celebraron la circuncisión de sus hijos con grandes festejos.

Y, como se suele decir,

*Durante siete días y siete noches,
nadie coma o beba
más que en casa de Mbamed,
el hijo del **sultán**.*

EL MENDIGO POR LA VOLUNTAD DE DIOS

Érase una vez la hija de un sultán. Un día en que estaba en su balcón vio pasar a un mendigo. Era joven, guapo, con buena figura y con muy buen cabello. Pero iba con la mano tendida y pidiendo limosna.

Aquella visión le causó un poco de pena. Un joven como aquel no merecía andar por ahí pidiendo, se dijo.

Llamó entonces a su doncella, y le dio la orden de que llamase al mendigo y le pidiese que se esperase allí, cosa que él hizo.

La princesa encargó al panadero del palacio que preparase un pan y que se lo llevara, pero sin cocer.

Dicho y hecho. Llevaron ante ella el pan cuando era todavía una masa sin cocer. Lo abrió un poco y metió dentro una cierta cantidad de monedas de oro.

Lo volvieron a dejar tal y como estaba y se lo devolvieron al panadero para que lo cociera y para que se lo entregase al mendigo cuando estuviera listo.

El pobre mendigo cogió aquel pan, dio las gracias y se alejó de allí saboreando el aroma del pan recién salido del horno. Un pan como aquel, hecho con aceite de oliva, espolvoreado por encima con sésamo, anís y comino negro, y todavía

caliente, desprendía un aroma tan apetitoso que podía olerse a leguas de distancia.

El joven mendigo marchó a su casa para poder saborear aquel precioso manjar con tranquilidad. En su camino pasó por delante del zoco, y se le ocurrió comprar algunas aceitunas para acompañar a su precioso pan, cuando un tendero que había oído el aroma del pan le llamó y le dijo:

—¡Oye, mendigo! ¿Me vendes el pan?

—Es que es mi almuerzo —dijo el joven.

—Pues yo te lo pago tres veces al precio normal del pan.

“Tres veces el precio —se lo pensó el mendigo—. Pues yo podría con eso comprar otro pan y quedarme con la diferencia”.

Lo vendió y se marchó de allí.

Al cabo de dos o tres días al apuesto mendigo sus pasos le volvieron a hacer pasar por delante del palacio. Le vio la princesa y se sorprendió de que siguiese mendigando. Encargó a una de sus doncellas que le llamase y que le tuviese allí a la espera. Y, como la vez anterior, le hizo preparar un pan, puso en su interior otras monedas de oro, y lo devolvió para que lo cociesen y fuese entregado al mendigo.

Él pasó otra vez por delante de la misma tienda, y el tendero, atraído por el olor de aquel buen pan, y por la fortuna que pudiera llevar en su interior, le pidió que se lo vendiera.

Sin sospechar nada, el desdichado joven se lo vendió a un precio más alto de lo que hubiese costado un pan normal y siguió su camino.

Al día siguiente, en su ronda diaria de andar mendigando, pasó por delante del palacio y le vio la princesa. Se queda intrigada y se dijo:

—¿Será posible que con el oro que le estoy dando siga por ahí mendigando? Pues voy a averiguar qué es lo que ha sucedido.

Encargó a alguien que llamase al joven mendigo, le subieron adonde estaba ella y, cuando lo tuvo delante, le preguntó:

—¿Qué es lo que haces con el pan que te damos aquí?

—Le diré la verdad, mi señora: cuando me voy de aquí paso por el zoco, y hay allí un tendero que huele el aroma delicioso del pan y me lo compra por un precio mejor del que vale un pan normal.

La princesa se apiadó aún más de aquel pobre ingenuo y le dijo que se esperase porque le iban a dar, aquel día también, otro pan. Pero que no se lo vendiese a nadie: tenía que irse a su casa y comérselo.

El mendigo dijo que así haría, y se quedó allí esperando, junto a los criados del palacio, hasta que le fue entregado el delicioso y aromático pan.

Lo tomó, dio las gracias y se dirigió directamente a su chamizo para cumplir con lo que había prometido a la bondadosa

y generosa princesa y para saborear aquel pan cuyo aroma despertaba más y más el apetito.

Cuando estaba muy cerca de llegar a su casa dio un tropezón con algo, se cayó y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Con la fuerza del golpe se abrió una brecha enorme, y un chorro de su sangre salpicó la pared cercana.

Lo raro fue que aquella sangre de la pared tomó la forma de unas letras en las que se pudo leer:

*¿Yo le he hecho pobre
y tú quieres hacerlo rico?
Pues ahora lo mato;
a ver si puedes resucitarlo.*

Por eso, en la vida hay que luchar, pero dejando siempre lugar a aquello que disponga Dios.

Que así **sea**.

EL JUDÍO ASESINADO Y REIVINDICADO POR LA JUSTICIA DIVINA

Se cuenta de dos amigos comerciantes, uno musulmán y otro judío, que un día, mientras iban de viaje, atravesaban un lugar totalmente desierto, en el que no había ni alma viva ni pájaro volando.

Se sentaron para descansar y para tomar algo que ayudase a recuperar las fuerzas. Mientras charlaban de esto y de lo otro, el musulmán le dijo al judío:

—¡Escucha, compañero!

—Dime —dijo el otro— ¿qué es lo que quieres?

—Yo no quiero nada. Pero se me esta ocurriendo que si te mato aquí, en este lugar en el que no hay nadie, ¿iba alguien a sospechar de mí?

El otro, sin mostrar ni sorpresa ni temor, le respondió:

—Pues lo que sucedería es algo muy sencillo: que el gran sultán se lo diría al pequeño sultán, quien defendería mis derechos y haría justicia.

El compañero malvado y envidioso no quedó satisfecho de aquella respuesta, ni la comprendió, y le dijo:

—Lo he dicho en broma. Pero, puesto que eres como eres, voy a matarte de verdad, y de ese modo podré averiguar

quiénes son ese gran sultán y ese pequeño sultán.

Mató a su compañero, lo enterró, le robó su dinero y todo lo que tenía de valor y siguió su camino. Y al término de su viaje llegó al país de destino.

Alquiló allí una casa y una tienda, se estableció y comenzó a trabajar como uno más entre los comerciantes de la plaza. Le fue todo muy bien. Excepto que, allá por donde iba, cada noche le perseguía el alma del judío, víctima inocente de su maldad, que exigía justicia y gritaba:

—¡Que se me haga justicia! ¡Que se me haga justicia!

Entonces hablaban los ángeles y contestaban a aquel alma atormentada con estas palabras:

—Duerme, Senusi, duerme. Aunque sea al cabo de cuarenta años, se te hará justicia y tus derechos quedarán satisfechos.

Pasaron los años. El comercio de aquel malvado fue a más y a más. Se metió en negocios acertados y rentables, hasta el punto de que amasó una notable fortuna.

Un día, mientras hacía las cuentas, comprendió que ya no le podían ir mejor las cosas, y pensó que tenía suficiente para pasar el resto de su vida. Decidió entonces poner fin a su exilio y regresar a su país y adonde estaba su gente.

Vendió su comercio, recogió todo lo que era suyo y se puso en camino. Al llegar a la altura del lugar en el que había matado

y enterrado a su compañero, vio que había crecido en el lugar una gran parra, verde y florida, y que de ella colgaban, fuera de época, unos racimos de uvas grandes, limpias, casi transparentes, apetitosas.

“Esto sí que tener suerte”, se dijo para sí. “Estas uvas tan buenas y fuera de temporada harán las delicias de quien las tome. Voy a cortarlas y, cuando llegue a mi país, entregaré algunos racimos al sultán; seguro que me dará una buena recompensa”.

Pues eso fue lo que hizo. Se llevó consigo unos racimos de uvas, bien cuidados y protegidos, y siguió su camino.

Llegó a su país. Lo primero que hizo fue ir a su casa. Descansó un poco en compañía de su familia, salió luego a los baños públicos en los que gracias al vapor y al masaje se libró de toda la suciedad acumulada en el largo viaje y de todo el cansancio. Salió luego a hacer unas visitas a sus viejos amigos y regresó a casa.

Al día siguiente lo primero que hizo fue poner unos cuantos racimos de aquellas uvas en una cesta, taparlos y dirigirse al palacio del sultán. Se anunció en la puerta y pidió audiencia.

Los funcionarios de la recepción del palacio le hicieron esperar mientras uno de ellos subía a decirle al monarca que un comerciante que regresaba de un largo viaje pedía ser recibido. El sultán dijo que pasase.

Al cabo de unos minutos el comerciante fue introducido en la sala de audiencias. Se inclinó ante el sultán, cumplió las normas del protocolo y deseó al soberano buenos días y larga vida.

El sultán le hizo una seña de que se sentase y se interesó por la razón de su visita. El visitante le explicó que en el camino de regreso de su largo viaje de negocios se había encontrado, en pleno desierto, una parra llena de racimos de uvas fuera de la temporada. Y lo primero que se le había ocurrido fue cortar algunos racimos de aquellas uvas para llevarlas a su señor.

El sultán se mostró muy agradecido y contento. Pidió a uno de los secretarios que acercase la cesta y destapase el contenido.

Cuando el funcionario apartó la servilleta y quedó al descubierto el contenido soltó un grito que llamó la atención y causó la sorpresa del sultán, de su visir y de todos los presentes. Las miradas de todos se posaron sobre el funcionario que se había asustado y sobre la cesta, que no contenía uvas en absoluto.

Lo que había dentro era la cabeza de aquel pobre judío que había sido compañero del malvado comerciante. Estaba como si la hubiesen acabado de cortar.

Todos los presentes miraron al comerciante con ojos sorprendidos e interrogantes, y luego al sultán, a la espera de que se manifestase su cólera.

El sultán, pese a los grandes disgusto y enfado que sentía, intentó controlarse y pidió explicaciones al comerciante, quien balbuceaba, temblaba, juraba y perjuraba que en la cesta no podía haber más que unas uvas excelentes que él mismo había cortado para ofrecérselas al sultán.

El sultán, que era bueno pero no tonto, tranquilizó al pobre hombre y le dijo:

—Pues creo en todo lo que dices. Pero seguro que tienes algo más que decirme, y seguro que conociste a la persona a la que pertenecía esta cabeza.

El comerciante, muerto de miedo, con el rostro pálido y temblores por todo el cuerpo, confesó entre balbuceos todo lo sucedido: cómo había comenzado su viaje con su amigo y compañero, con el propósito de hacer negocios fuera y de probar fortuna; cómo se dedicaban a charlar y a bromear durante los descansos; cómo le dijo a su compañero que, si le mataba, nadie se iba a enterar, con la respuesta que el infortunado le dio en aquel momento.

—¿Qué es lo que te dijo? —le preguntó el sultán.

—Me dijo: “si me matas, el gran sultán se lo dirá al pequeño sultán, el cual defenderá mis derechos y hará justicia”.

—¿Y le mataste? —preguntó el sultán.

—Ya no sirve para nada que mienta, mi señor. Le maté porque deseaba saber quién era ese gran sultán y quién era el otro

pequeño sultán, y de qué manera iban a poder sacar a la luz aquel acto que cometí.

El sultán comprendió cuál era el significado del mensaje divino, y con tranquilidad le dijo a aquel desgraciado traidor:

—Pues el gran sultán del que aquel hombre te hablaba es el Señor, que es el gran sultán y sultán de los sultanes, el que lo sabe todo y se entera de todo, de forma que nada en este mundo, sea pequeño o grande, escapa de su mirada. En lo que se refiere al pequeño sultán, ese soy yo. Y lo que ahora voy a hacer es justicia y restitución a la pobre víctima de sus derechos. Es decir, que voy a castigar al asesino, que según reconoces eres tú. Así que disponte a ser castigado por Dios y por mí.

Con un gesto pidió a sus ayudantes que lo apartasen de su vista. Los guardias lo sacaron de allí y lo encarcelaron. A los pocos días se reunió el tribunal, que dictó pena de muerte por asesinato premeditado y sin provocación alguna.

Se ejecutó la sentencia, y con ella se cumplió la justicia terrenal. Y aquel malvado partió para encontrarse con la justicia divina.

Y así,

*yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.*

LOS HERMANOS QUE RESULTÓ QUE ERAN PRIMOS Y SE CASARON (II)¹²

Éranse una vez dos hermanos que vivían solos: sin familia ni parientes ni nadie que les diese sustento. Como suele decirse, *sin otro protector ni aliado sino tú, altísimo Señor*. Se hallaban tan solos como si *hubiesen sido cortados de un árbol*. O sea, como si no tuviesen antepasados ni raíces.

Un día dijo el uno al otro:

—Si seguimos así, hermano, nos quedaremos solteros para siempre. ¿No sería mejor salir a buscar con quienes esposar?

—Pero, ¿quién va a casarse con nosotros, si no conocemos a nadie? —respondió el otro.

—Para eso está nuestra vecina la madre Funa —dijo el primero—. Podemos decirle que venga y pedirle que nos busque novia.

Tal dijeron, tal hicieron. Llamaron a la vecina, que era una viejecita, y le expusieron su deseo.

—¿Por qué no? —dijo—. Precisamente conozco a dos muchachas

¹² Una versión diferente de este cuento de *Los hermanos que resultó que eran primos y se casaron* fue publicada en Mohamed Abdelkefi, *En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula* (Madrid: Mitáforas, 2018, pp. 124-143. Es de gran interés apreciar las variantes, muy relevantes, que hay entre cada uno de ambos textos.

que tampoco cuentan con nadie en este mundo, como no sea Dios. Voy a hablar con ellas y veremos qué es lo que pasa.

Marchó a ver sin más tardar a las muchachas y les hizo la propuesta. Ellas le dijeron:

—Tía querida: ya sabes que nosotras no conocemos a nadie ni tenemos quien pueda sernos de orientación o ayuda. Así que si tú piensas que estos muchachos pueden darnos una existencia feliz, tente por nuestra madre y nuestro padre.

Satisfecha de aquella respuesta y del consentimiento de ellas, la vieja volvió adonde estaban los hermanos y les dio la buena nueva, junto con sus felicitaciones. Ellos le hicieron entrega de todo aquello que se suele gastar en los preparativos de boda. Y, con los mejores voluntad y entusiasmo, ella se puso manos a la obra.

Al cabo de pocos días estaba todo listo y fue celebrada la boda, que salió todo lo bien que se pudiera desear.

No pasó mucho tiempo antes de que las dos esposas se quedaron embarazadas. *Uno, dos, tres meses, y así hasta que llegó el noveno.*

Se presentaron los dolores del parto, llamaron a la comadrona y la primera dio a luz a un niño. Se alegraron todos y festejaron el feliz acontecimiento. El nombre que le dieron fue Mhamed.

Enseguida se manifestaron los dolores de parto de la segunda y, tal y como habían

hecho con la primera, hicieron llamar a la comadrona. Entre invocaciones a la ayuda de Dios y de todos los santos, dio la mujer a luz del mejor modo posible, y en aquel caso fue una niña. La llamaron Leila.

Se hicieron albórbolas, hubo alegrías, se prepararon comidas y, al séptimo día, uno de los padres dijo:

—Hermano.

—¿Sí? —le preguntó el otro.

—Bien sabes tú que después de nosotros no quedará nadie sino nuestros hijos, y que la vida y la muerte llegan de la mano de Dios, que es el único que sabe cuándo será el fin. Deberíamos escribir el contrato de boda de nuestros hijos, para que así quedase todo atado y bien atado.

Así se hizo. En un ambiente de alegría, con las albórbolas que no faltan en esas ocasiones y con las risas que llenaban la casa, trajeron al cadí y, después de comer y beber, hicieron el contrato, que quedó guardado en el interior de un baúl.

Dispuso Dios que uno de aquellos hombres muriera. Poco tiempo después murió su esposa. Siguió el segundo hombre y a continuación la otra esposa.

Los niños, que habían estado yendo a la escuela en vida de los padres, se encontraron desamparados. De modo que le dijo el muchacho a su prima:

—Me parece que voy a tener que dejar la escuela. Buscaré un trabajo y acudiré a la

mezquita por las tardes, para poder seguir adelante con mis estudios.

Buscó y encontró un trabajo y vio satisfechos sus propósitos. Cada día al término de su trabajo marchaba a la mezquita para seguir recibiendo las clases que impartía el jeque imán.

Pero un día se sintió mal y no acudió al trabajo ni a la mezquita. Cuando se cumplió el tercer día de ausencia, el jeque preguntó a sus compañeros de clase si sabían algo de él, y ellos contestaron que no. Entonces les pidió que acudieran a visitarlo.

En la casa fueron recibidos por la muchacha a la que creían su hermana, y ella les ofreció café. Después de conversar un rato con él se despidieron y regresaron a la mezquita.

El jeque les preguntó cómo se encontraba su compañero. Le dijeron que seguía enfermo, y que tenía una hermana que era tan hermosa que *le decía a la luna sal o deja que salga yo*. Su hermosura, su cabello, su estatura, volvían loco a cualquiera que los contemplase.

El jeque, egoísta a más no poder y atento solo a su propio interés, se dijo para sí: “¿Qué? ¿Que tiene una hermana con tales virtudes y no es para mí?”.

Ocultó sus intenciones hasta que el muchacho recuperó la salud y volvió a las clases. El jeque le preguntó entonces si

tenía una hermana, a lo que el muchacho contestó que sí.

—¿Y no me la darías? —preguntó el jeque.

—Por mí no hay inconveniente. Pero tengo que preguntar qué es lo que desea ella. No sé si aceptará o no.

—Pues muy bien —dijo el jeque—. Pregúntaselo.

Ya en la casa, comunicó él la propuesta a la muchacha, y ella contestó:

—Hermano mío, ¿cómo podría yo saber si me conviene tal cosa? Tú eres un varón y conoces cómo son los demás varones. Hágase lo que tú estimes más oportuno.

El muchacho tomó la respuesta de su hermana como un sí, y convencido de que de ese modo obraba correctamente, marchó a ver al jeque y le dijo que de acuerdo.

Cuando regresó a la casa, le dijo:

—Hermana, ahora que vas a tener tu propia casa y tu propia familia, vamos a tener que repartir las pocas posesiones que tenemos.

Fueron repartiéndolo todo, hasta que tocó el turno del baúl, en cuyo fondo encontraron un sobre. Lo abrieron, leyó el muchacho la carta que había dentro y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó la chica.

—Toma: lee.

Leyó ella la carta y le dijo:

—¡Primo mío! ¡Pero si eres mi primo y mi esposo!

Sin perder ni un instante, y en la intimidad, celebraron su boda. Y como su contrato había quedado puesto por escrito y su unión era lícita, pasaron juntos su primera noche de casados.

A partir de aquel día dejó él de acudir a la mezquita.

Pero como los malos nunca faltan en este mundo, sucedió que alguien le dijo al jeque que el muchacho se había casado con su hermana.

Sin perder un instante acudió el jeque a ver al cadí, con el propósito de denunciar a quien había sido su alumno. El joven fue llamado a la presencia del cadí, que le preguntó:

—¿Qué es eso de que te has casado con tu hermana?

—Señor juez: en la religión no está permitido casarse con la hermana, y yo sería culpable si hubiera hecho algo así. Pero la verdad es que no me he casado con mi hermana, y aquí le entrego la prueba. No era mi hermana quien yo creía que era mi hermana. Resulta que somos primos, y que nuestro contrato de boda había quedado puesto por escrito desde el momento en que nacimos.

El joven entregó el contrato al cadí, quien lo leyó y dijo ante los presentes:

—He aquí el contrato. Este hombre se ha casado con su prima, aunque vosotros

dijerais que era con su hermana. Que vuelva cada uno a sus asuntos. Y tú, hijo, ve también, y que Dios te dé la felicidad.

Se volvieron cada uno por donde había venido. Pero el jeque se quedó rumiando su cólera y sus celos. ¿Qué era lo que podía hacer? Se le vino a la mente una idea diabólica, y escribió una carta, poniendo en ella la firma del muchacho, a una mujer a la que conocían por el nombre de Alia de Oriente.

Al cabo de unos días, por la mañana, salió el muchacho de su casa y vio a un negro que estaba sentado en una piedra, con gesto pensativo.

—¿Qué le pasará a ese? —se preguntó el muchacho.

Y se acercó a él y le dijo:

*—Chuchán, oh, Chuchán,
caro es tu precio;
Pero si tú estás en venta,
yo soy comprador.*

El negro le contestó:

*—Señor, mi señor,
yo soy su servidor,
y hago todo lo que sea
por servirle.*

*—Chuchán, oh, chuchán,
como perlas son tus palabras;
dime tu título y tu abolengo,*

o, si no, eres hombre muerto.

*—Mi credencial, señor,
es que soy el paje de Alia,
y Alia en oriente
tiene su morada;
y si no me cree,
aquí tiene su saludo y su deseo.*

Le entregó una carta de Alia en respuesta a la carta que había sido supuestamente enviada por él, aunque en realidad había sido escrita por el jeque.

Cuando terminó de leer, el joven pidió al paje que esperase a que volviera; marchó adonde estaba su prima y le dijo:

*—Leila, oh, Leila, prima mía,
cuenta las noches y suma los días,
que voy a seguir mi destino
y en penas o alegrías voy a nadar.*

Su esposa le contestó y le dijo:

*—Señor, mi señor, primo mío,
jamás se debe nada reprochar
a quien bebe del amor su néctar.*

Pronunciadas estas palabras, él se dio la vuelta y emprendió la marcha sin temor a los peligros del viaje. Marchó y marchó en compañía del paje, hasta que llegaron a un pozo.

—Hasta aquí estaba dicho que debíamos llegar —dijo el negro—. Enseguida estaremos en la casa.

Bajó Mhamed de su montura, hizo sus abluciones, rezó, dio de beber a su cabalgadura y le dijo a su acompañante que se lavara, a lo que él respondió que ya lo haría. Arregló la yegua y se quedó sentado, en gesto de espera.

Dio la casualidad de que una de las doncellas de Alia había salido a buscar agua en el pozo. Al ver a Mhamed se quedó tan pasmada que se le cayó el cubo del brocal.

Cuando lo recuperó, marchó a la carrera a informar a su ama y señora, diciéndole estas palabras:

*—Señora, mi cubo en el pozo cayó
cuando un noble jinete
en mis encantos se fijó.*

Le respondió la señora:

*—Doncella, oh doncella,
muy ingenua damisela,
aquel joven a mí vino,
de tu señora está prendado.
Corre a llamarle a toda prisa,
a mí que venga sin tardar.*

La doncella se marchó corriendo y le dijo al caballero:

—Señor, mi señora le llama y dice que todo está ya preparado.

Nuestro caballero siguió en silencio a la doncella hasta que llegaron ante la casa, y entonces dijo:

*—Mi saludo a la jaima
y a quien vive en ella:
mis saludos a aquella
que a las aves pastorea;
mis saludos a aquella
que es en todo la más bella;
temo terminar mi vida
sin gozar de su ternura.*

Le contestó ella:

*—Que la paz sea contigo,
caballero del mensaje;
dime cuál es tu linaje,
si quieres que me tranquilice.*

Dijo él:

*—De nombre me llamo Ahmed,
muy nobles son mis raíces;
nueve meses mi anhelo
hacia ti me transportó.
Otra muy noble señora
sin querer la he dejado,
y, como ella, estoy quemado
en las llamas del amor.*

Le contestó Alia:

—Sube y quítate el turbante;

*vamos a hablar de verdad;
daré mi brazo a tu cabeza
hasta la aurora y más.*

Entró, se saludaron, cenaron, velaron y se acostaron.

En medio de la noche él se dio una palmada en la cabeza y se sentó con aire pensativo.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó ella.

Respondió él:

—Pues que no me había dado cuenta hasta ahora del peligro en que he dejado a mi prima. Tengo un enemigo que ha jurado causarle un gran daño. ¿Qué es lo que puedo hacer? Ni puedo dejarte a ti ni puedo dejarla a ella.

—Pues muy sencillo —dijo ella—. Vete a buscarla.

—Pero ¿cómo podría yo traerla a este lugar, si he tardado nueve meses en venir?

—Voy a darte el don de este collar. Vete y tráela.

Le entregó su collar, y él lo tomó y se puso en camino.

Cuando llegó a la altura del pozo se detuvo para beber y descansar un poco. Como echó de menos a Alia, sacó su collar y se puso a aspirar su aroma. Pero mientras lo olía se acercó un pájaro que le quitó traidoramente el collar y voló lejos con él. El pobre Mhamed, lleno de temor y de dolor, se echó a llorar y cayó muerto.

Su prima, en cuanto fue abandonada, había llamado a su criada y le había dicho:

—Mi primo se ha marchado, y solo Dios sabe cuándo regresará. Vendamos nuestras posesiones y vayamos tras él.

Lo vendieron todo, compraron dos cabalgaduras, prepararon algunas provisiones y se pusieron en camino. Partieron al día siguiente de que él hubiera emprendido la marcha.

Cuando llegaron al pozo, su primo acababa de morir. Ella lloró, se lamentó, gritó:

—¿Vale algo mi vida sin la de mi primo? ¿Con quién contaré yo ahora? Haga Dios que no tarde en llegar mi fin.

Al cabo de no mucho tiempo Dios dio satisfacción a sus ruegos y ella murió. La criada se quedó sola, a la intemperie, a merced del sol, de los vientos, sin comer, sin nada, llorando noche y día, hasta que se consumieron sus fuerzas y ella también murió.

La otra mujer, Alia, se quedó esperando durante meses. Y como echaba de menos al joven, decidió salir en su busca.

Hizo sus preparativos, llamó a su paje, montaron en sus cabalgaduras y se pusieron en camino. Cuando llegó al pozo encontró a los tres muertos.

Sumida en el dolor, le dijo al negro:

—Toma los animales y vuelve a casa, porque yo voy a quedarme aquí hasta que me llegue la muerte.

—Usted no puede hacer eso, mi señora. Eso no es lo correcto.

—Vete —le respondió ella—, que aquí me voy a quedar hasta que llegue mi fin.

El pobre paje no pudo hacer otra cosa sino obedecer. Se marchó, y ella retiró un poco el cuerpo de la prima y se acostó entre ella y el joven.

Permaneció allí, sin comer ni beber, bajo el sol, hasta que murió.

Al poco tiempo crecieron allí un rosal y un jazmín, que cada noche cantaban de esta manera:

*—Oh, rosal, oh, jazmín,
¿quién nos ha puesto las espinas?*

Y la voz de la criada respondía:

—Así lo quiso Dios, señora.

*Y yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás **mirado**.*

POR CAUSA DE LA ESPOSA: EL SULTÁN, LA SULTANA Y EL VENDEDOR DE HABAS

Cuentan de un sultán —y no hay sultán más que Dios, y quien tenga pecados pida perdón— que estaba un día en el balcón de su palacio, contemplando en compañía de su esposa la lluvia que caía. Era uno de esos días en que es mejor no salir de la cama: viento, lluvia y un frío que llegaba a los huesos.

A pesar del mal tiempo que hacía, un pobre *fawal*¹³ ambulante vendía o trataba de vender sus habas calentitas empujando un carrito con dificultad por entre el fango. El sultán, al ver a aquel desafortunado, le dijo a su mujer:

—Mira el tonto aquel. ¿Es que no guardará por ahí nada que comer, con tal de no tener que salir en un día como este a vender habas?

Como siempre sucede, *el que va calzado no se entera de que hay quien va descalzo.*

La mujer, apiadada de aquel pobre hombre que penaba azotado por las inclemencias del tiempo, respondió a su marido y le dijo:

—Eso es *por causa de la esposa.*

—¿Cómo que *por causa de la esposa?*

—Pues así es. *Por causa de la esposa.*

¹³ *Fawal*, vendedor ambulante de habas cocidas que se sirven calientes, con comino y sal.

—¿No querrás decirme con eso que si yo soy sultán es por ti?

—No es eso lo que te estoy diciendo. Pero el caso es que aquel vendedor de habas se encuentra en esa situación *por causa de la esposa*. Todo le viene de ahí.

El sultán, intrigado y contrariado, pensó que su mujer no podía estar en lo cierto, y que de algún modo convendría aclarar todo aquello. Opinó que sería bueno que ella misma se cerciorara de si tenía razón o no.

Así que llamó a un criado y le encargó que fuese tras el vendedor y lo condujese al palacio. El criado marchó para allá a toda prisa, alcanzó al pobre vendedor y le puso ante el soberano. El sultán, sin mayores preámbulos ni discursos, le dio la orden de que se volviese a su casa, pero en la compañía de la esposa del sultán.

El desdichado hizo el intento de explicar que bastante tenía él con todas las bocas que tenía que alimentar. Pero el sultán acalló su discurso y cortó con un gesto toda discusión.

La esposa del sultán se puso su velo y siguió al vendedor hasta su casa. Allí el vendedor le presentó a su familia y le dijo a su mujer que aquella era la esposa del sultán y que iba a quedarse allí con ellos, puesto que así lo había dispuesto quien más mandaba.

La esposa y sus tres hijas dieron la bienvenida a la huésped y, avergonzadas de

su pobreza, le pidieron que tomase asiento. Fueron a ver qué era lo que le podían ofrecer. No tenían más que unos restos de té. Lo calentaron y se lo ofrecieron.

Cuando anocheció encendieron una vela y se pusieron a preparar algo de comer con lo poco que ella había llevado a la casa el padre. Después, mientras pasaban la velada charlando, la esposa del sultán preguntó a la dueña de la casa y a sus hijas en qué se ocupaban cada día, a lo largo de la jornada.

—¿Que qué es lo que hacemos? — respondieron ellas—. Pues dejamos que transcurra el día y nada más.

—¿Cómo que nada más? ¿Os quedáis ahí sentadas hasta que os traen la vela, os la encienden y os vais a dormir?

—¿Y qué otra cosa podríamos hacer?

—Muchas son las cosas que se pueden hacer cuando así se quiere —dijo ella—. ¿Podrías conseguir de los vecinos una carda y un huso?

—Sí, eso no tiene mayor dificultad.

—Pues entonces manos a la obra.

Sin perder el tiempo tomó una de las pieles de oveja que utilizaban a modo de esteras para sentarse encima. Y todas, ella incluida, se pusieron a extraer la lana de aquella piel y a lavarla para luego se secase.

Había encargado a una de las hijas que fuese, mientras, a pedir la carda y el huso. Pero si podían ser dos, mejor. Y cuando la lana estuvo seca, la cardaron e hilaron bajo

la vigilancia y las instrucciones de la nueva huésped.

No dejaron la labor hasta que la lana estuvo dispuesta en madejas listas para vender. Por la mañana temprano entregó las madejas de lana al marido, y le ordenó que fuese al zoco de la lana a venderla. Y que con lo que recibiese comprase dos pieles más, y que volviese a casa con el dinero que sobrara.

El hombre obedeció. Vendió la lana, compró otras dos pieles, las llevó a la casa y se las entregó, con el dinero que había sobrado, a quien se estaba convertido en la administradora de aquel negocio.

Las mujeres se aplicaron a su tarea con ánimo e ilusión. Arreglaban y preparaban dos pieles al día. Luego tres, después cuatro. Cuando la hacendosa mujer se dio cuenta de que no iban a poder producir más de lo que ya producían, preguntó a la madre si habría posibilidad de encontrar en el barrio a mujeres y muchachas que tuvieran la habilidad de cardar e hilar. La madre dijo que sí.

Le ordenó que llamase a unas cuantas. Allá que se presentaron. Y la mujer las contrató como esquiladoras, cardadoras, hilanderas. A medida que la mano de obra se multiplicaba, se hacía preciso salir en busca de más materia prima. Eso lo había tenido ya en cuenta la mujer, por lo que encargó al hombre que comprase más pieles.

Cada día que pasaba aumentaba la carga, y la mano de obra también. Hasta que aquello se convirtió en una pequeña y próspera industria que daba trabajo a la mujer, a sus hijas y a muchas de las vecinas.

La sultana, como buena gerente que era, no dejaba de multiplicar la producción, pero tampoco se olvidaba del ahorro. De los beneficios que se obtenían cada día dejaba una parte reservada. Y así es como fue acumulando un pequeño capital.

Llamó entonces al hombre y le sugirió que buscara un local en alguna zona que fuese muy comercial. El hombre se puso a buscar y alquiló una tienda en una de las mejores zonas del zoco.

La llenó con los mejores géneros y con artículos que era fácil despachar. Aparte de que se trataba de una mercancía de calidad, la exponía con buen gusto y con arte en la tienda que su pequeño capital le permitía tener. Y de ese modo comenzó una nueva etapa del negocio.

Aquel esfuerzo no tardó en dar más frutos, ya que la jefa velaba siempre, del modo más conveniente, por él. Todo lo que podía ser ahorrado del negocio de la lana era invertido en la tienda, junto con los beneficios de esta. Como muchos pocos hacen un mucho, no pasó demasiado tiempo antes de que ella llamase al hombre y le dijera:

—*Fawal*, vendedor de habas.

—Sí —dijo él.

—Ponte a buscar otra tienda y encuentra a algún ayudante que la pueda atender.

Así se hizo. En poco tiempo quedó abierta una segunda tienda, y a continuación una tercera.

Y así fue como la esposa del sultán y administradora de aquel comercio se las arregló para cubrir las necesidades de aquella casa y de sus moradores. Gracias a ella pudieron adquirir nuevas pieles, esteras, utensilios de cocina, vasijas y todo lo que pudiera ser preciso en una casa.

Cuando vio asegurada la prosperidad de aquel negocio del hilado y de las tiendas, la señora le dijo al antiguo vendedor de habas que se pudiese a buscar un alarife y un albañil que hiciesen reformas y arreglos de casas.

Se hizo tal como dispuso la mujer, y no pasó mucho tiempo antes de que aquella pobre y ruinoso casa se viera transformada en un palacete de dos pisos, hermoso y acogedor, amueblado y tapizado al estilo de las casas de los príncipes.

Sus ocupantes fueron cambiando, al mismo tiempo, de aspecto y de mentalidad: bien nutridos, bien vestidos y en pleno ascenso, no parecían los mismos que antes. El padre, que tanto había andado empujando su carrito, descalzo y mal vestido, se había convertido ya en un hombre de negocios grande y famoso, vestido siempre con la indumentaria mejor:

*yubba*¹⁴ de seda *sacruta*¹⁵, *chechía*¹⁶ con *cubbita*¹⁷, calzado de la mejor piel de cabra, calcetines de seda y camisas hechas a medida. En definitiva, que a los ojos de cualquiera parecería un príncipe. Y no solamente por su aspecto, sino también por la fama que se había ganado en el mundo de los negocios, gracias a su honradez y rectitud, y a los consejos de su administradora.

Pero la esposa del sultán aspiraba a más. La labor de la lana iba para arriba, las tiendas también y el rendimiento de las dos actividades dejaba bastantes beneficios, que se hacía preciso volver a invertir.

Un día la laboriosa y entendida mujer llamó al padre y le dijo:

—¿Podrías comprar una cantidad de *gmari*¹⁸?

—¿Por qué no? —dijo el buen hombre—. Puedo comprar lo que quieras. Pero, ¿para qué?

—Para guardarlo en el almacén, porque algún día nos hará falta. Quiero que la habitación del sótano quede libre. Pondremos allí el *gmari*.

—Pues así se hará —respondió él.

¹⁴ *Yubba*, jubón, camisa ancha y holgada.

¹⁵ *Sacruta*, modalidad de seda.

¹⁶ *Chechía*, gorra de lana, roja en general, muy usada en el Magreb; allí se considera que es de origen andalusí.

¹⁷ *Cubbita*, cola de hilos negros que salen del centro de la *chechía* y caen hasta los hombros.

¹⁸ *Gmari*, incienso fuertemente aromático.

Y así se hizo. A partir de entonces, todo el ahorro que hacía la mujer era entregado al padre para que comprase partidas de aquel incienso. Y así hasta que la habitación estuvo llena del todo.

La habitación fue cerrada con aquel tesoro dentro. Y la vida de aquella ya tan próspera familia siguió yendo de bien en mejor. Como la industria de la lana funcionaba a pleno rendimiento, exigía el aumento de la mano de obra. Las tiendas no se daban respiro. Y el antiguo *fawal* que vendía habas calentitas culminó su metamorfosis. Era imposible que nadie lo reconociese. Se había convertido en el famoso y considerado señor Bechir, el comerciante, cuyo nombre había que pronunciar con el debido respeto.

Su esposa y sus hijas se fueron haciendo cada vez más expertas en la labor de la lana y en su tratamiento. También ellas se vestían de lo mejor, y llevaban cada día más joyas y adornos. En el vecindario no eran ya la familia del *fawal*, sino la señora Haluma y las señoritas Dalal y Gamra. Repartían favores además entre mucha gente del el barrio y de fuera de él.

Hasta que un día el pregonero de la ciudad hizo público un bando que anunciaba que el sultán de Sormán, el país vecino, necesita *gmari*, y que había despachado mensajeros para buscar el famoso incienso aromático; si daba con él,

compraría todo lo que pudiese caber en un barco.

El sultán del país, el que había castigado a la esposa que había tenido la idea de acumular aquel género, recibió a los emisarios de su par del país vecino. Y a continuación publicó un bando para convocar a cualquiera que dispusiera de alguna cantidad de *gmari*. Fue muy escasa la cantidad conseguida de aquella manera, puesto que todas las reservas estaban almacenadas en la casa del *fawal*.

Como el sultán estaba deseoso de satisfacer a su par, llamó a su visir para que pensase en alguna solución. El visir le dijo que convendría asegurarse de que todos los comerciantes estuviesen al tanto de lo que se pedía. Habría que ir informándoles de uno en uno.

Unos cuantos funcionarios fueron despachados adonde los comerciantes, para ponerlos al tanto del deseo de su soberano. El rumor corrió más deprisa que las acontecimientos y llegó al conocimiento de la mujer. Llamó al *fawal* y le comunicó que había de presentarse ante el sultán y decirle que disponía de aquello que él buscaba.

Dicho y hecho: se vistió el hombre con sus mejores galas, se perfumó y se dirigió al palacio. Pidió audiencia. El jefe de protocolo comunicó al monarca que había un señor que pedía audiencia.

—Pues que pase —dijo el soberano.

Nuestro amigo subió, entró en la sala del trono, hizo las debidas reverencias y los saludos de rigor, y en pie esperó el permiso para hablar:

—¿Quién eres tú? —le preguntó el sultán.

—Yo soy el mercader y comerciante Bechir.

—¿Y qué es lo que precisas? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Vengo a ofrecerle algo, mi señor.

—¿Y cómo es eso?

—Es que he escuchado decir que mi señor ha pedido una gran cantidad de *gmari* para nuestro vecino el sultán de Sormán.

—¡Pues así es! ¿Me podrías ayudar tú en eso?

—Sí que puedo, mi señor. Tengo lo suficiente para llenar un barco.

—*Pues que el Señor te salve a ti igual que me ha salvado a mí.* Tenía la inquietud de no poder satisfacer el deseo de mi amigo y vecino el sultán de Sormán. Pero ahora, gracias a ti, parece que podré cumplir con mi deber de amigo, colega y vecino.

Se despidió el hombre del sultán y salió del palacio con todos los honores, acompañado por el personal que el sultán puso a su disposición para llevar a cabo la compra de la preciosa mercancía y su preparación y traslado hasta su destino final.

Desde aquel día se convirtió el famoso comerciante en amigo y contertulio del

sultán. Acudía casi a diario al palacio, y allí se reunía con otros altos dignatarios que charlaban, bebían, comían y jugaban al ajedrez, a los naipes o al dominó.

Semanas y meses pasaron conforme a aquella rutina, hasta que un día dejó de ir el comerciante a las habituales reuniones con el sultán, el cual le echó de menos, aunque no dijo nada. El segundo día pasó lo mismo, y el tercer día igual. El sultán empezó a sentirse preocupado por su amigo y preguntó al visir si sabía algo.

El visir contestó que no, y opinó que podía ser que el amigo se hubiera ido de viaje de negocios.

—Me lo hubiera dicho —respondió el sultán—. Te ruego que envíes a alguien para que averigüe cuál es la razón de su ausencia.

El visir encargó a alguien de la guardia real que se acercase hasta la casa del comerciante y le dijese que el sultán se hallaba preocupado y que preguntaba por él. Cuando llegó el enviado a la casa de nuestro hombre fue introducido a su presencia y le transmitió la preocupación de su señor.

—Dile a nuestro querido sultán que no me encuentro demasiado bien, y que por eso no salgo de casa. Transmítele mi gratitud y mi respeto.

El guardia regresó al palacio e informó al sultán de que su amigo no se encontraba bien y de que por ello guardaba cama.

El sultán tomó la decisión de ir a visitar a su contertulio y amigo enfermo, y pidió al visir que lo acompañase. Un mensajero fue despachado a la casa del comerciante para informar a la familia de que el sultán y su visir se pasarían por allí aquella noche a visitar al amigo enfermo.

En la casa se hicieron los preparativos para recibir a huéspedes tan ilustres, y la mujer del sultán le dijo al *fawal* que durante la visita del sultán ella se quedaría escondida detrás del mosquitero de la alcoba. Al hombre le pareció bien.

A la hora anunciada llegó el sultán acompañado del visir y escoltado por sus guardias, que se quedaron en la puerta. El sultán y su visir fueron recibidos con todos los honores y conducidos hasta el dormitorio del enfermo, en el que aguardaba oculta la esposa que había sido despedida y castigada por haber manifestado su opinión.

Se intercambian los saludos de rigor, se sentaron los visitantes, les fueron servidos refrescos, té y pasteles, y dio inicio la conversación. El sultán preguntó a su amigo cómo se sentía y cuál era su dolencia. Él le dijo que no sabía exactamente lo que tenía, pero que, como le dolían los costados y las piernas, pensaba que la causa podría venir de haber dormido sobre unas flores de jazmín o de *fel*¹⁹.

¹⁹ *Fel*, planta que da una flor parecida a la del azahar, pero de fragancia más intensa. En algunos

El sultán miró al visir con sorpresa y admiración, como tomándole por testigo de que pudiera haber tan extraña razón para sentir dolores, y preguntó a su amigo.

—Pero, ¿cómo es posible que unas flores de jazmín puedan causar molestia alguna?

Y desde detrás del mosquitero contestó su esposa:

—*Es por causa de la esposa.* ¿O no?

—Pero, ¿quién está hablando? — preguntó el sultán, sorprendido de escuchar una voz tan conocida.

—Pues soy... aquella a quien despediste.

Apartó las cortinas y salió de su escondite. El sultán la reconoció y le preguntó:

—¿Y qué estás haciendo tú aquí?

—Pero si fue aquí adonde tú me despachaste, castigada por decir lo que pensaba.

Incapaz de creer lo que veían sus ojos y escuchaban sus oídos, el sultán volvió la cara hacia su amigo y le preguntó:

—¿Es que eres tú el *fawal* aquel?

—Sí, el mismo. Y que el Señor bendiga a esta mujer y acoja a sus padres en su misericordia. Nos ha sacado a mí y a mi familia de la miseria, y nos ha convertido en esto que puedes ver. Que Dios le otorgue su recompensa por todo lo que ha hecho por nosotros.

lugares la flor es llamada *jazmín de noche*.

—¿Qué es lo que dices ahora? ¿*Ha sido por causa de la esposa* o no? —volvió a repetir la mujer.

—Sí, sí, sí, *ha sido por causa de la esposa*, lo admito.

El *fawal*, deseoso de alejar cualquier sospecha, le dijo al sultán que aquella mujer había sido en aquellos días como una hermana para él, y que entre ellos no había habido otra relación sino la del respeto y la consideración. Gracias a ella y a sus apreciados ayuda y consejos, a su inteligencia y saber hacer, habían salido su familia y él de la necesidad y la miseria, y por allí andaban llevando la mejor de las vidas.

—De pobre vendedor ambulante hizo de mí esto que ves: un comerciante grande y reconocido.

El sultán, satisfecho de lo que le decían y embargado por los remordimientos, rogó a su esposa su perdón y le solicitó

—*Que seas mi esposa aquí en este mundo y en el más allá.*

Cuando concluyó la velada con su amigo, tomó a su mujer y juntos regresaron al palacio.

Las dos familias mantuvieron sus lazos de amistad, siguieron intercambiando visitas y regalos y compartieron su camino hasta el final de sus vidas.

*Nuestro cuento
ha terminado;
este año
mucho hemos cosechado.*

EL SULTÁN QUE SOÑÓ QUE UN HIJO SUYO LO MATARÍA Y LE QUITARÍA EL TRONO

Empezamos proclamando nuestra creencia en un solo Dios y afirmando que Dios es único y que Mahoma es su último profeta. Que la paz sea con él y con todos los enviados del Señor.

Cuentan de un sultán que soñó en varias ocasiones que engendraría a un hijo que lo mataría y le quitaría el trono. Así que, obsesionado por el sueño aquel, cada vez que su mujer paría un niño, se lo quitaba y lo mataba.

La pobre esposa no sabía qué hacer para librarse de la locura del marido. Su dolor era indescriptible y su preocupación grande. Solo pensar en que estaba alumbrando hijos para que fuesen muertos, y por su propio padre, le hacía perder el juicio. Pero ella no podía oponerse a la voluntad del marido sin exponerse a seguir la misma suerte que sus hijos.

“Habrá que utilizar la astucia”, se dijo un día, tras larga reflexión, “y encontrar una solución que sea eficaz y de la que él no sospeche”.

Sus cavilaciones la llevaron a recurrir a la única persona que en aquel trance angustioso podía ser de ayuda: la matrona.

Después de madurar bien su idea llamó a su matrona de siempre, quien

estaba al corriente de lo que hacía el padre con los hijos que ella misma ayudaba a llegar al mundo. Cuando la tuvo ante sí, la infeliz madre rompió en quejas, lamentos y lágrimas que despertaron su ternura y compasión.

Entre mujeres es fácil entenderse, y cuando se trata de los hijos —y más si se hallan en algún peligro— su piedad y solidaridad surgen de manera inevitable. Durante su conversación la esposa del sultán estuvo tanteando hasta qué punto podía confiar en aquella mujer, y si se daban los requisitos para confiarle alguna tarea de riesgo.

Durante la charla la matrona se expresó de manera vehemente contra el cruel comportamiento del sultán, a quien se debe respeto y obediencia en todo menos en lo que no es agradable a Dios. La buena y piadosa mujer manifestó incluso la necesidad de hacer algo que pusiese fin a tanta insensatez.

La sultana cobró ánimos cuando se aseguró de la actitud y de las palabras de la matrona, y le preguntó, ya sin rodeos, si se sentía lista y dispuesta para ayudarle.

—Estoy disponible —dijo la matrona— para todo lo que sea evitar crímenes que Dios nunca perdona.

La infeliz madre se sintió esperanzada al ver que un rayo de luz iluminaba su oscuro cielo.

—Lo único que se me ocurre hacer — dijo la esposa del sultán a su ya confidente— es que te entregue el niño si resulta ser un varón, para que lo cuides tú como si fuera tu propio hijo. A fin de cuentas, tú eres la persona que lo saca al mundo y la que lo contempla antes incluso que yo. Todos los gastos correrían a mi cargo, y yo sabré compensar tu preciosa y insustituible ayuda.

La matrona aceptó con entusiasmo y no puso traba ni condición. Pero dijo:

—¿Y qué haremos si el padre se planta a mi lado durante el parto, y se queda allí para asegurarse de si el recién nacido es hembra o varón?

—Tú no te preocupes por eso — respondió la matrona—, que ya encontraré yo alguna solución.

Al cabo de algunos meses asaltaron a la sultana los dolores del parto. Llamaron apresuradamente a la matrona. Llevó consigo una caja en la que había tres perritos recién nacidos. Entró adonde estaba la sultana, ocultó la caja en un rincón y empezó a impartir órdenes y peticiones a las doncellas y sirvientas: agua caliente, toallas, tijeras, alcohol y todo lo preciso para el parto y para la asistencia a la parturienta y a su criatura.

Aumentaron los dolores, rompió aguas, y la matrona pidió que la dejaran a solas con su paciente, para poder aplicar todo su saber y experiencia.

Un fuerte grito de la sultana puso el punto final de sus dolores, porque, por la voluntad de Dios, parió un hermoso niño.

La matrona lo limpió, le cortó el cordón umbilical, lo vistió y se lo entregó a su madre para lo amamantase y él pudiese sentir su calor y ternura. Y después se lo llevó, tal y como habían convenido.

A continuación fue a lavarse las manos y a dar la noticia al padre y a la familia. Pero antes tomó algo de sangre y el cordón, y los echó por encima de los perritos aquellos. Una vez fuera y con las manos limpias, se dirigió adonde esperaba el sultán.

Entró cabizbaja, fingiendo miedo y temblor, y se quedó ante el hombre, silenciosa, incapaz de articular palabra. El sultán le preguntó, con inquietud y ansiedad:

—Dime de una vez.

—Ha sido un parto sin problemas, señor.

—Pues muy bien —dijo él. Y, sin mostrar el menor interés por cómo se encontraba su esposa, continuó—: ¿Y qué es lo que ha engendrado esta vez?

—Todo ha salido a la perfección, señor, y la sultana no ha sufrido en exceso.

—Pues entonces déjate ya de rodeos y contesta a lo que te estoy preguntando.

—Pues es que no hay nada que añadir, señor. Ha sido un parto de lo más normal.

El sultán perdió los estribos y tronó con voz amenazadora voz:

—¿Me dirás de una vez qué tipo de criatura es la que ha dado a luz, o es que prefieres que te corte la cabeza?

—Yo estaría encantada de dar satisfacción a mi señor, pero...

—¿Pero qué, maldita sea?

—Es que me resulta difícil decirlo.

—¿Qué es lo que te resulta difícil? ¿Decir que ha sido varón, o que ha sido hembra?

—Pues mire, señor, es que... No puedo.

El hombre perdió la paciencia, la razón y el dominio de sí mismo. Se levantó con el puño cerrado, se dirigió a la matrona, que en aquel momento se echó a temblar de verdad y clavó la mirada en el suelo, y le dijo:

—Enterate de que mi paciencia tiene un límite. Si quieres mantener la cabeza sobre los hombros, dime ahora mismo qué es lo que ha parido la maldita de mi mujer.

—Es que no puedo, señor, no soy capaz de hacer tal cosa.

—¿No eres capaz por qué? ¿Es que ha dado a luz un monstruo, una bestia?

—Pues... —balbuceó un poco—, pues sí.

—¿Qué significa que sí? ¿Que ha parido un animal?

—Me da apuro decírselo, señor, pero el caso es que son unos perritos.

—¿Qué? ¿Unos perritos?

—Lamento decirle que esa es la verdad, señor. Lo siento de veras.

—Pues ve y tráemelos. Quiero verlos con mis propios ojos.

Se quedó el sultán furioso, con los ojos inyectados en sangre, ciego de ira y yendo y viniendo por la habitación.

La matrona salió de allí dando un gran suspiro de alivio, aunque fue cosa de un instante. Se dirigió a la cámara de la sultana.

Tomó la caja con los perritos y regresó para mostrárselos al sultán.

Él se puso como lo haría un loco furioso. Arrancó la caja de las manos de la matrona y, con los ojos fuera de las orbitas, los miró, maldijo a su esposa y, sin asomo de piedad y sin que le temblasen las manos, sacó el puñal de su faja y degolló a aquellos animalitos. No sintió pena ni misericordia.

—Aquí tienes —le dijo a la aterrorizada mujer—. Llévase los a su madre y que los cuide bien, que para eso es su madre.

—Ahora mismo voy, señor. Quede con Dios el señor.

—Con quien me voy a quedar va a ser más bien con el diablo —respondió el hombre, fuera por completo de sí.

Y salió de allí con pasos largos y rápidos.

La pobre matrona sintió que recobraba la vida. Respiró hondo y con la manga de la blusa se secó el sudor que corría por su cara. Pálida de terror y de

angustia balbuceó unos rezos y oraciones dedicados al Señor misericordioso, y le dio las gracias por haberla sacado sana y salva de entre las manos impías de aquel enloquecido sultán.

Cuando se sintió más tranquila y serena salió de la habitación, por no decir que de aquel infierno, entregó la caja con los perritos degollados a una de las criadas para que los enterrase, y marchó a ver a la sultana.

Ella, angustiada por lo que hubiera podido dar de sí su argucia, recibió a su confidente interrogándola con los ojos, y con el corazón latiendo de tal modo que parecía que se le salía del pecho.

La matrona se dio cuenta al instante de la inquietud y el temor al fracaso que embargaban a su señora, y la tranquilizó con una gran sonrisa. Cerró la puerta a sus espaldas para poder conversar con ella con tranquilidad, lejos de oídos indiscretos.

Sentada al borde de la cama de la paciente recién parida, le contó todo lo acontecido con el loco furioso de su señor. Se felicitaron por el éxito de aquella primera y decisiva fase de su treta, y se pusieron a pensar en los pasos que deberían seguir dando para asegurar su natural, humana y tierna conspiración.

La madre le entregó el dinero para cubrir los gastos de la crianza, y la matrona comenzó a encargarse del niño conforme a las instrucciones de la madre.

Atentas a si regresaba el sultán para visitar a su esposa, aunque en el estado de enajenación en el que estaba no esperaban que lo hiciera, amamantó la madre a su hijo por última vez. La confidente le puso un buen vestido, le cubrió o más bien le enrolló como si fuera un fardo, y salió a toda prisa con él. Si bien se miraba, estaba robando un bien muy precioso: un príncipe.

Poco a poco la vida en el palacio recobró su ritmo habitual. La sultana recuperó la tranquilidad, aunque no podía reprimir los deseos de tener a su hijo consigo y en sus brazos.

Pero la vida impone muchas veces sus caprichos, y a los humanos no les queda más que seguir adelante y aguantar con la ayuda de la paciencia. De mucha paciencia se tuvo que armar la sultana para esperar el momento en que su hijo pudo empezar a hablar y a comprender algunas cosas. Llegó el momento entonces de pasar a la fase siguiente del plan.

Así que llamó a la matrona y le dijo que deseaba ver a su hijo. Ella le contestó de esta manera:

—Yo ya voy inculcando poco a poco en su cabeza quién es él y quiénes son sus padres.

—Pero eso no es suficiente —dijo la madre—. Ya es hora de que empiece a conocerme y de que vaya aprendiendo a quererme. Y yo también necesito verlo.

Acordaron entonces que los viernes, cuando el sultán marchase a la aljama para la oración semanal, ella llevaría hasta allí al niño, para que fuesen familiarizándose el uno con el otro.

De modo que, semana tras semana, pudieron la madre y el hijo pasar juntos y apartados de los ojos curiosos unas pocas horas de felicidad y alegría, que se acababan cuando llegaba la hora del regreso del padre de la mezquita.

Los años pasaron deprisa. El niño se convirtió en un mozo guapo y fuerte, con una educación que pocos de su edad tienen: estudios, esgrima, tiro con arco, dominio del caballo y todo aquello en que un príncipe debe ser ducho.

Cierta vez a la madre y al hijo se les pasó por completo la conciencia de la hora que era, y el sultán regresó de su oración antes de costumbre. Se encontró a su esposa sentada al lado de un muchacho al que no conocía.

Le preguntó a su mujer:

—¿Quién es ese?

Y ella le dijo:

—Es mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿Y se puede saber de dónde ha salido este hijo tuyo?

—Pues de donde salen todos los hijos.

—¡Vamos a ver! Si esto es una broma, resulta de mal gusto. Si no... Pero mira, ahora hay algunos asuntos urgentes que me esperan en mi despacho. En cuanto termine

quiero aclarar esto con vosotros. Entonces veréis.

Dicho y hecho. Se fue de allí como un rayo, pegando un fuerte portazo.

Apenas volvió el sultán la espalda, la mujer, pálida y temblorosa, miró a su hijo con ojos llorosos y le dijo:

—Ha llegado el momento que más temíamos. Hijo mío, solo tenemos dos alternativas: o escapar o morir.

—De morir no, madre. Estate tranquila. Ve preparándolo todo para la marcha, que en un instante volveré aquí contigo.

Salió volando hacia el establo de su padre. Eligió dos cabalgaduras. Pidió al encargado que las ensillase y las llevase a la parte de atrás del palacio, y luego regresó al lado de su madre.

Ella, con la ayuda de sus doncellas, había estado preparando a toda prisa aquello que juzgó más necesario, provisiones incluidas. Se puso un disfraz y salió por la puerta de atrás acompañada por su hijo querido.

Montaron en sus cabalgaduras y partieron con destino a lo desconocido, al encuentro de lo que Dios quisiera deparar. Sabían que el malvado padre y esposo iba a lanzar tras ellos un ejército de perseguidores en cuanto se enterase de su huida. Por eso hicieron galopar sus monturas hasta el límite de sus fuerzas y tomaron caminos no habituales ni concurridos.

Al ocaso se encontraron ya muy lejos, en un paraje desierto. Avanzaron un poco más allá en su improvisado camino y, cuando oscureció, le dijo el hijo a su madre:

—¿Qué es lo que haremos ahora, madre? Cae ya la noche. Los caballos están agotados y necesitan descansar. Nosotros también. Pero no veo ni un árbol bajo el que podamos pasar la noche.

—Entreguémonos a la voluntad del Señor, pues solo él nos puede ayudar.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Desmontamos aquí y esperamos a que amanezca?

—Sí, hijo. Creo que eso sería lo más sensato. Porque viajar de noche sin saber por dónde sería demasiado arriesgado. Bajemos aquí y que Dios haga su voluntad.

Desmontaron, desensilló el joven príncipe los caballos, les dio su forraje, estiró algo en el suelo duro, pedregoso e irregular y se sentó con su madre para beber, comer alguna cosa y dormir, si se diera el caso de que el sueño acudía a acariciarlos.

Mientras hablaban de lo que habrían de hacer y de adónde ir, el hijo se dio la vuelta para tener vigilados a los caballos. Y sorpresa: un edificio que se asemejaba a un palacete se le apareció como por encanto a lo lejos, destacándose en la oscuridad.

Se preguntó si no sería una imaginación fruto del cansancio y la

angustia, y prefirió no decir nada a su madre.

Al poco rato volvió a mirar en aquella dirección, y se le apareció de nuevo el edificio.

Decidió entonces que habría que aclarar que era aquello, y pidió a su madre que mirase hacia lo que él creía que podía ser una aparición. La buena mujer obedeció y, antes de que su hijo le hiciese ninguna pregunta, le dijo:

—Pero, ¿eso que veo allí al fondo es un edificio? ¿O es un engaño de mis ojos?

—Pues no, mamá. Yo llevo un buen rato mirándolo y, como no daba crédito, te he pedido que miraras tú en aquella dirección.

—¿Y qué puede ser eso, en un lugar tan desierto?

—Pues eso es lo que vamos a averiguar. Yo creo que deberíamos acercarnos, para ver si está habitado. Si por suerte encontramos a alguien en el interior, le pediremos hospitalidad y podremos pasar la noche bajo techo. Espérame aquí, que vuelvo enseguida.

—De eso nada. Iremos juntos.

Dicho y hecho. Sin separarse el uno del otro se acercaron al edificio, que era un palacete admirable, maravilloso, con puertas de madera noble y aldabas de oro puro.

Con el temor y la prevención de quien no desea molestar llamaron a la puerta. Se quedaron un rato a la espera, pero no hubo

respuesta. Repitieron la llamada con más fuerza, y nada. El joven empujó un poco la puerta y se dio cuenta de que estaba abierta.

—¿Qué hacemos? —preguntó a su madre—. La puerta, como ves, está abierta.

—¡Pues llama a ver! —le dijo ella.

Él adelantó algo su cabeza y con voz cautelosa llamó:

—¿Hay alguien por aquí?

No respondió nadie. Volvió a llamar con más fuerza. Pero nada. Se atrevió a avanzar unos pasos adentro, por si viera o escuchara alguna cosa. Pero nada de nada.

—Da la impresión de que este palacio está desierto —dijo a su madre—. ¿Qué te parece si entramos?

—Pues entremos. Pero con cuidado. Si encontramos a alguien del lugar, le pediremos hospitalidad por una noche. Y si no hay nadie, aquí nos quedaremos. Descansaremos y mañana a primera hora volveremos al camino por el que quiera llevarnos el Señor.

Se adelantó el hijo con cuidado y precaución, dando de vez en cuando alguna voz por si hubiera alguien por allí. Pero no hubo contestación. Fue adentrándose más y más, seguido por su madre. Vieron que estaban en un palacete de lo más elegante y lujoso, amueblado sin que faltase detalle.

Sin abandonar nunca el temor ni la precaución dieron vueltas por todas partes y no encontraron un alma. Sí encontraron,

en cambio, todo lo necesario para vivir con comodidad, al menos por un tiempo.

Así que la decisión que tomaron fue la de instalarse allí a la espera de lo que conviniera decidir o de lo que deparasen las circunstancias.

La madre comenzó a ocuparse de las tareas diarias, y el hijo empezó a explorar los alrededores y a descubrir qué había en aquellos parajes, por si aquello servía para aclarar la situación en la que estaban.

Pero nada; allí no había más que un desierto pedregoso. Y al fondo horizontes amplios y tristes, sin vida ni de pájaros siquiera.

Cuando se sintió cansado y sin esperanzas regresó al lado de su madre y se sentó a conversar con ella, a pensar e intercambiar ideas y planes.

En lo que respecta al sultán, cuando regresó a su palacio y no encontró allí ni a su mujer ni a su hijo, se puso a preguntar por ellos, pero nadie pudo darle razón de ellos.

Los buscó y los hizo buscar por todas partes, pero no había ni rastro de los dos fugitivos. Entonces, furioso y embargado por la más terrible de las cóleras, dio órdenes a todos, y en todas las direcciones, para que madre e hijo fuesen capturados y después condenados a los castigos más horrorosos y a la muerte.

Lejos de allí, el hijo y la madre permanecían en el abrigo del palacete

deshabitado, trazando planes de qué hacer, cavilando cómo librarse de los fatales designios que el sultán andaría preparando contra ellos, y preguntándose dónde, cómo y cuándo podrían vivir en paz y tranquilidad.

Hasta que un día, sentado el hijo en uno de los balcones de la residencia, vio que se acercaba por allí un hombre: algo insólito en aquella desolada región.

—Que la paz sea con vos —dijo el viajero.

—Y con vos —respondió el joven príncipe—. ¿Quién sois? ¿Y qué es lo que os trae por aquí?

—Soy un emisario del sultán Buchar. Su esposa y su hijo han huido por miedo a que él matara al hijo igual que hizo con sus hermanos anteriores. El soberano tiene miedo de lo que le ha sido anunciado en un sueño: de que un hijo suyo le matará algún día para ocupar su trono.

—¿Y cuál es el encargo que os han dado?

—Que debo encontrar a los fugitivos, particularmente al hijo, para que pueda ser conducido ante él. Si no lo encuentro, me cortará la cabeza.

—Pues sabed que aquí da fin su búsqueda. Yo soy el hijo que busca.

—¿Que es usted? ¿Que es usted el príncipe al que perseguimos?

—Yo soy quien vive bajo esa amenaza. Volved junto a mi padre y decidle

de mi parte que, aunque él nos haya abandonado, Dios no lo ha hecho ni lo hará nunca:

*Ya tenemos un palacio
vasto y ancho como el mar;
son de mármol sus paredes,
y sus techos de coral
un obsequio del Señor.*

El hombre se despidió del príncipe contento y satisfecho, pues se había salvado de la pena capital decretada por el sultán si fracasaba en la tarea de encontrar a su hijo. A la mayor velocidad que pudo regresó junto al sultán y le informó de todo lo que había visto y oído. Le transmitió, palabra por palabra, lo que había dicho su hijo, y se mantuvo en espera de su respuesta.

El sultán reflexionó durante un rato y le dijo a su emisario:

—Vuelve adonde está él y pregúntale si el palacio del que hablan esos versos cuenta con un *limonero hablador*.

El hombre, sin tomarse apenas respiro, emprendió su viaje para transmitir cuanto antes el mensaje del sultán al príncipe, su hijo.

Cumplió su tarea, y el hijo le pidió que regresara al cabo de un mes para que él le diera respuesta.

Se marchó el enviado, pero decidió no presentarse entonces ante al sultán, pues

juzgó que convendría hacerlo al cabo del plazo solicitado por el hijo.

Este, después de despedir a aquel hombre, fue a ver a su madre y le dijo:

*—Prepárame enseguida
provisiones y bebida,
para que pueda viajar
a países sin tardar.*

—Pero, ¿adónde vas a ir, hijo mío? — le preguntó la madre—. ¿Qué hay más allá de este desierto? ¿Qué es lo que quieres contemplar? Olvídate de lo que ha dicho aquel hombre. Resígnate y ten paciencia y fe en Dios. Recuerda que tu padre no busca otra cosa que no sea tu muerte.

—¡Madre! Todo eso ya me lo sé. Pero siempre hay algo que se puede hacer. No me pienso quedar vegetando aquí toda la vida. Es o él o yo. Y Dios está de mi parte.

Nada pudo hacer la pobre madre sino asentir con resignación a lo que decía su hijo. Sin más discusión, y aunque aquello fuera contra su voluntad y le causase tristeza, preparó lo que su hijo pudiera precisar durante el viaje. Y llorando se despidió de él con el corazón dolorido y rezando y rogando a Dios que auxiliase a su hijo, y que a ella le diese paciencia y consuelo.

El hijo se puso en marcha sin rumbo ni destino. Atravesó territorios más desiertos aún que aquellos de donde venía.

Y un día se encontró con un ogro que estaba tumbado boca arriba, como si buscara algo en el cielo.

Se acercó a él y le dijo:

—Buenas tardes, abuelo.

—Muy buenas, hijo.

*Si no hubieras saludado
al iniciar tus palabras,
lejos se hubiera escuchado
el estrépito de tus huesos.*

—¿Por qué, abuelo? ¿Por qué dices eso?

—Porque tengo hambre y sed.

—Pues eso tiene solución. Por lo menos de momento.

Sacó el joven sus provisiones y dio al viejo ogro de comer y beber.

El viejo ogro devoró con ansia lo que le ofreció, y cuando se vio saciado y satisfecho miró fijamente al joven y le dijo:

*—Dime, aunque sea con dolor,
¿qué es lo que te ha traído
al país de los ogros y del terror?*

¿Por qué estás aquí?

—Es una larga historia, abuelo. Te la contaré si tienes paciencia.

—Dispongo de todo el tiempo del mundo, hijo. Cuéntame.

El joven relató su historia y la de su madre con el mayor detalle, y el ogro

escuchó con gran atención. Le dijo al joven al final de su relato:

—Pues para encontrar consejo vas a tener que ir a ver a mi hermano, que es mayor que yo, y que tiene por eso mayor astucia. Yo estoy por debajo de él. Él es el indicado para ayudarte.

El joven dio las gracias al viejo ogro y se despidió de él.

Volvió a recorrer campos y desiertos, hasta que llegó adonde estaba el hermano ogro. Lo encontró sufriendo también de hambre y de sed. Le dio de comer y de beber y le contó la razón de su errar.

El viejo ogro le escuchó y, cuando acabó su triste historia, le aconsejó que fuera a ver a su hermana, que era mayor que él, y que por eso tenía más experiencia y más astucia. Él no podía ignorar que ella era siempre la primera.

—Pero ten cuidado —le advirtió— y no oses enfrentarte a ella sin más. Si la encuentres con el pelo revuelto y con su hijo llorando, no te acerques a ella. Te devorará antes de que te des cuenta. Pero si la encuentras cantando y dedicada a la molienda, con su hijo jugando al lado de ella, ármate de valor y preséntate ante ella. Toma un poco de su molienda y un trago de su leche y dile: “huésped vengo de Omar, el hijo de la ogra”. De ese modo te recibirá sin peligro para ti.

El príncipe tomó nota de todo lo que le había dicho el viejo, y marchó a lomos de su caballo adonde estaba la hermana.

La encontró en una situación y un estado espantosos: con el cabello revuelto, los ojos rojos e inyectados en sangre, y soltando rugidos como si de una leona hambrienta se tratase.

Se alejó de allí y se puso fuera del campo de visión de la espantosa criatura. Se le hizo eterna la espera hasta que se tranquilizó la fiera. Pero cuando menos se lo esperaba vio que volvía a lo que pudiera ser considerado estado normal en una criatura como aquella.

Se arregló el pelo, se lavó la cara, se sentó delante de su molino y se puso a moler y a cantar. Su hijo, que andaba no muy lejos de ella, jugaba como el hijo de cualquier mortal.

Nuestro joven viajero, tan pronto la vio tranquila y cantando, salió confiado de su escondite y se acercó a ella. Se llevó a la boca un poco de lo que la vieja estaba moliendo y se lo tragó acompañándolo con un poco de su leche. Y le dijo:

—Vengo huésped de la hospitalidad de Omar, su hijo.

La criatura empezó a dar saltos tan pronto vio al extranjero, mientras le decía a su madre:

—Por favor, por favor, quiero su ojo, quiero su oreja.

—Calla esa boca —le respondió la madre—; ni ojo ni oreja. Tus tíos se hallan en el medio del camino que llega hasta aquí, y son un impedimento para que lleguen hasta aquí mi sostén y mi pan cotidiano y los de mis hijos.

Dicho esto se volvió al visitante y le preguntó:

—¿Y qué es lo que te trae por aquí, príncipe?

—La maldad y la superstición de mi padre —contestó él.

Y relató a la mayor de la familia de los ogros toda su historia, hasta el momento en que había llegado ante ella, por indicación de sus hermanos. La mujer le escuchó con mucha atención, sin interrumpir para nada. Y cuando terminó su relato se quedó algo pensativa y a continuación le dijo:

—Bueno, pues ahora quien va a ser tu guía va a ser mi hijo.

Al desdichado se le abrieron los ojos como platos, pero se quedó callado, por más que para sus adentros se preguntase si sería posible que aquel niño de pocos años pudiera ser capaz de llevarle a algún sitio.

La mujer se dio cuenta de sus dudas, pero no hizo el menor caso y continuó diciendo:

—Llegarás a una huerta. Entra en ella y arranca los árboles de uno en uno, hasta que descubras uno que tiene entre sus raíces unas jarras. Llévate contigo las jarras y el árbol. Es el limón hablador. ¡Pero

cuidado! Si alguien te persigue y te alcanza y te dice que aquel árbol no es el que buscas, no le hagas caso. Y, sobre todo, no te des la vuelta ni mires para atrás. Mucho cuidado con eso: no vuelvas la cabeza.

El príncipe viajero dio las gracias a su benefactora, se despidió de ella y se dispuso a seguir al hijo, que en efecto le llevó hasta una huerta.

El niño desapareció entonces como por encanto. Y él, no sin aprensión, o quizás con miedo, avanzó con pasos dubitativos e inseguros hacia el interior de la huerta.

Se aseguró de que no hubiese nadie por allí y se puso a buscar con qué cavar en las raíces de los árboles.

Echo un ojo a su alrededor y vio que en un rincón de la huerta había una cabaña. Se acercó a ella y encontró toda suerte de herramientas.

Tomó un pico y una pala, se remangó y se puso a arrancar un árbol tras otro, hasta que encontró el que buscaba.

Descansó para recuperar fuerzas con las que volver sobre sus pasos, y con el árbol arrastrado por su cabalgadura se puso en marcha.

Mientras se alejaba del lugar escuchó una voz a sus espaldas que le llamaba por su nombre y le decía que aquel no era el árbol que buscaba, que lo mejor sería que regresase a por el bueno y que contaría con la ayuda precisa para eso.

Pero el joven príncipe siguió de manera estricta las consignas de la ogresa y ni se volvió a mirar ni a responder. Metió prisa a su montura espoleándola hasta que la voz se apagó en la distancia.

El joven, con la tranquilidad y la satisfacción de haberse hecho con aquello que le exigía su padre, regresó adonde estaba su benefactora para comunicarle que había salido con bien de la prueba, y para darle las gracias por su ayuda.

Ella le deseó buen regreso y le dijo que podía volver cuando deseara. Se despidió de ella, y en su camino de regreso se pasó a visitar a los otros dos ogros, para darles también a ellos las gracias y para informarles de la ayuda tan preciosa que le había prestado su hermana. Mostraron los dos su satisfacción y le desearon éxito y buen viaje.

Ya no le quedaba más que regresar cuanto antes al lado de su madre, que andaría deshecha en lágrimas, y esperar al emisario del padre, para dar contestación a su pregunta.

Llegó al palacio y su madre le recibió con albórbolas, abrazos y lágrimas de alegría, al cabo de tantas de tristeza y preocupación. Abrazó a su hijo, le besó y siguió abrazándolo sin cansarse de decir que había hasta pensado que el padre podía haber cumplido su deseo de matar a su hijo.

Pero el hijo la tranquilizó y le hizo sentir que todo iba a ir bien y que no había nada que temer.

A los pocos días volvió por allí el emisario en busca de respuesta. El joven le recibió con la debida amabilidad y le pidió que dijera estas palabras a su padre:

*Tú nos abandonaste,
pero Dios no hizo lo mismo;
Él nos dio su bendición y ayuda.
Y ahora, ya tenemos un palacio
vasto, ancho como el mar;
son de mármol sus paredes,
y sus techos de coral.
Con milagro creador,
su limón es hablador:
un obsequio del Señor.*

El emisario se aprendió de memoria las palabras que debía transmitir y regresó por donde había llegado. Tras limpiarse el polvo del viaje y darse un descanso se presentó ante el sultán y recitó palabra por palabra, frente a él, el dictado de su hijo.

El sultán se quedó muy sorprendido al escuchar tal respuesta. Pero no por eso cejó en su intención de acabar con la vida de su hijo.

Caviló durante un rato. Levantó a continuación la cabeza y le dijo a quien era ya su correo oficial:

—Pregúntale a ese maldito si en ese palacio del que habla da albergue a Sileísila, la hija del sultán de los espíritus.

Sin pérdida de tiempo retornó el emisario al camino que tan familiar le era ya. Al llegar al palacio del hijo le transmitió el mensaje del padre.

El príncipe no mostró ninguna preocupación. Se hizo repetir el mensaje, entregó al emisario una espléndida recompensa y le rogó que, igual que en la ocasión anterior, retornase al cabo de un mes.

El mensajero se despidió y emprendió el viaje de regreso, mientras el príncipe marchó a ver a su madre, a la que informó de la nueva treta del padre para quitarle de en medio.

Ella se dio cuenta de que el hijo pretendía seguir desafiando al padre, e intentó disuadirle de que afrontase aquella nueva prueba; pero sin éxito.

El hijo, tan tozudo y pertinaz como el padre, estaba decidido a llevar el desafío hasta el final, y le dijo a su madre que nada le haría retroceder, y que al final se vería quién decía la última palabra.

La madre insistió en advertirle de los peligros que le traería aquello, pero el hijo, lejos de hacerle caso, le dijo:

*Prepárame enseguida
provisiones y bebida,
para que pueda viajar*

a países sin tardar.

La madre le preparó todo lo preciso para un largo viaje, incluyendo la comida y los regalos de los tres ogros. Y con los ojos llenos de lágrimas y el corazón embargado por la tristeza se despidió de su hijo mientras le deseaba un buen viaje, sin dejar de invocar a Dios para que le diese siempre su ayuda y guardase su vida.

En cuanto tuvo ensillada su montura y preparado el forraje, emprendió el hijo su camino, que le era ya conocido, y se dirigió directamente adonde estaba el primer ogro. Le saludó, le entregó todo lo que había traído para él y siguió su camino hasta donde estaba el hermano. Le entregó igualmente lo que llevaba para él, y continuó hasta donde estaba la hermana.

Tomó las mismas precauciones que en la ocasión anterior, y en cuanto se presentó la ocasión se acercó a ella, le saludó y le entregó lo que le llevaba.

Ella le dio las gracias y le preguntó:

—Y esta vez, ¿cuál es la razón de tu viaje?

—Pues es que vengo en busca de Sileísila, la hija del sultán de los demonios.

—¡Ay, hijo mío! Ahora sí que te han metido en una prueba difícil.

—Pues no tengo más remedio que afrontarla, querida amiga. Y si tú no me ayudas, nadie más lo hará.

—Deja que piense, a ver qué es lo que se me ocurre.

Se quedó unos momentos cavilosa, hasta que le dijo:

—Te va a volver a llevar mi hijo. Estate tranquilo. Cuando llegues, la encontrarás sentada en su silla. No tengas miedo de nada. Solo acércate y habla con ella.

El joven viajero se quedó a descansar un poco en compañía de su benefactora, comió allí, y se puso a hacer los preparativos para el camino.

El hijo de la mayor de los ogros le llevó hasta la misma huerta de la vez anterior, y le dejó allí, delante de la verja.

Se armó nuestro amigo de valor, tal y como le había aconsejado la ogresa, y se metió dentro. Allí estaba sentada Sileísila, la mujer a la que buscaba, hermosa y elegante: ojos negros, grandes, de dulce mirada, cabellos negros como la noche pendientes hasta la cintura, y una boca sensual y sonriente. Era *tan hermosa como la luna llena*.

Se acercó a ella, la saludó con respeto y empezó a relatarle su historia. La princesa de los demonios le interrumpió educadamente y le dijo:

—No hace falta que sigas, príncipe. Estoy al tanto de todo lo que te ha ocurrido.

—¿Y estás dispuesta a acompañarme entonces?

—Lo estoy. Dame un poco de tiempo para prepararme, antes de emprender el viaje.

El príncipe viajero dominó con dificultad la alegría que le embargaba. Se veía ya victorioso, a menos que su padre le saliera con nuevas trampas.

Sileísila no perdió el tiempo. Repartió órdenes por aquí y por allá para disponerlo todo para el viaje, y cuando estuvo todo listo señaló a un sirviente, una criada y un perrito, y se pusieron todos en marcha.

Se pasaron a saludar a los tres ogros y después continuaron su jornada hasta el palacio del príncipe al que su padre se la tenía jurada.

Llegaron sin el menor contratiempo. La madre del joven les recibió casi loca de alegría. Abrazos y besos a la joven, a su hijo, a los criados, y lanzamiento de albórbolas al aire, porque no se le ocurría otra cosa que hacer. Su hijo había regresado sano, salvo y con quien buscaba.

Pasaron algunos días en paz y alegría, hasta que llamó a la puerta el emisario del sultán. Le recibieron con amabilidad, le obsequiaron con propinas y regalos y le dijo el hijo:

—Dile a mi padre que él nos abandonó, pero que Dios nos ha acogido en su misericordia. Ahora

*ya tenemos un palacio
vasto, ancho como el mar.*

*Son de mármol sus paredes
y sus techos de coral;
con milagro creador,
su limón es hablador.
Sileísila dentro es un honor,
un obsequio del Señor.*

El emisario llevó el mensaje al sultán. Él escuchó con mucha atención y le dijo al mensajero que regresase junto a su hijo y que le dijera que su padre iría a visitarlo en tal día de viernes.

Así que el buen mensajero se encontró una vez más recorriendo aquellos difíciles pero ya conocidos caminos, y con la mayor presteza llegó a su destino y comunicó al príncipe el mensaje paterno.

El mensaje fue recibido y todo en el palacio se puso en movimiento para preparar el regio recibimiento: alfombras, tapices, adornos y todo aquello que pudiera hacer del encuentro un éxito, y convertirlo acaso en una feliz reconciliación.

Llegó el viernes que había sido señalado por el padre. Sileísila se sentó en una silla de oro y el joven príncipe en una silla de plata. Llegaron el sultán y su séquito. Fueron recibidos con todos los honores, y comieron, bebieron, se rieron e intercambiaron historias y anécdotas, como si tal cosa.

En un cierto momento hubo de ausentarse el hijo, y el padre se inclinó hacia Sileísila y le dijo:

—Si matas a mi hijo, me caso contigo.

Ella, sin pensarlo dos veces, llamó al guardia que se ocupaba de su protección, y por señas le ordenó que matase al sultán y a su visir.

El guardia desenvainó su espada y con precisión y rapidez cortó las dos cabezas, una tras otra.

La madre del joven príncipe soltó albórbolas estridentes, dio gracias al criado y se puso, en su alegría, a besar a unos y otros.

Cuando el hijo volvió se encontró allí los dos cadáveres y preguntó qué era lo que había sucedido. La joven le explicó lo ocurrido y la decisión que por su cuenta había tomado.

Enterado y con algún dolor, pidió al séquito de su padre que regresase a su país y anunciara que él iría a ocupar el puesto de su difunto padre.

Se hicieron los preparativos y en pocos días la madre y el hijo regresaron a su país, acompañados por Sileísila y por todos los criados y sirvientes.

La entrada en el país fue una fiesta. El pueblo, informado de la llegada, salió a recibir al nuevo monarca. Él subió al trono que había dejado vacante su padre. Formó su gobierno y publicó un bando que anunciaba su boda con Sileísila y prometía reformas y mejoras en el régimen.

Todo el pueblo participó de los festejos y las alegrías, y una nueva era

comenzó, después de que se hubiera visto
cumplido el sueño que había tenido el
difunto sultán.

*Y yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás **mirado**.*

UMMI SISI Y EL RATONCITO TRAMPOSO

Ummi Sisi, la madre Sisi, era una viejecita viuda, sin hijos ni familia. No tenía a nadie en el mundo que no fueran los vecinos y los amigos, quienes la querían y la ayudaban en lo posible.

Un día, mientras barría su casita, encontró una moneda. La cogió y se puso a pensar qué era lo que podría comprar con ella. Se dijo para sí:

¿Compro un pescadito?

No, porque tiene espinas.

¿Compro un trocito de carne?

No, porque tiene hueso.

¿Compro pan?

No, porque tiene corteza.

¿Qué me compro,

qué me compro, qué me compro?

Pues me compro un poquito de leche.

Cuando terminó las faenas de la casa se puso el velo, tomó su bastón y, paso a paso, con tranquilidad y despacito, se dirigió al zoco.

Por el camino toda la gente y todos los tenderos, que la conocían y la apreciaban, la saludaban y la invitaban:

—Buenos días, Ummi Sisi.

—Mejores sean para ti, hijito —
respondía ella.

—¿Un café, Umami Sisi?

—No, gracias, hermoso —decía ella.

Pasó frente a otra tienda. El tendero la saludó:

—Muy buenos días, querida Umami Sisi.

Le devolvió el saludo diciendo:

—*Que tu día sea de dátiles y leche*, hijo.

—Siéntate un poco y toma algo.

Umami Sisi contestó:

—No, muchas gracias. Tan solo quiero un poco de leche.

—Pues enseguida. Ven aquí, muchacho.

Llamó al ayudante y le encargó que tomara la botella vacía de la viejecita y se acercase adonde estaba el lechero para que se la llenase con la leche mejor, fresca y cremosa.

Recogió Umami Sisi su botellita y se puso a bendecir a todos y a cada uno de aquellos buenos tenderos, pidiendo a Dios que les ayudase y les diese salud, prosperidad y felicidad.

Regresó nuestra anciana a su casa, se quitó el velo, lo dobló y lo metió en el armario. Tomó luego un tazón, echó la leche dentro, lo puso en la ventana para que le diese el sereno y lo cubrió con un tamiz.

En un agujero que estaba cerca de la casa de Umami Sisi vivía un ratoncito listo, astuto y más malo que bueno. Captó con su poderoso olfato el olor de la leche y se dijo: “pues voy a quitársela”.

Tras pensárselo por unos instantes, se presentó ante la solitaria y ocupada anciana y le dijo:

—Buenos días, Ummi Sisi.

—Buenos días, ratoncito. ¿Qué es lo que te trae por aquí?

—Me envía mi madre para decirte que si le puedes dejar el tamiz.

—Claro que sí. Pero me encuentro un poco cansada. Ve tú y cógelo, que está en la ventana para que no le pase nada a la leche. Y, ¡cuidado! No se te ocurra ni tocarla.

—Por supuesto que no, Ummi Sisi. Ni tocarla.

El ratoncito, malicioso y mentiroso como él solo, se fue derecho a la ventana de la habitación de la señora, levantó el tamiz y sin titubear ni perder el tiempo, se tragó toda la leche de un sorbo. Recogió el tamiz y salió de allí a todo correr.

Su mala suerte hizo que, como sucede siempre que alguien miente o lleva a cabo una mala acción, la viejecita saliera de la cocina en la que estaba preparando su comida justo en aquel instante y viera al ratoncito corriendo en dirección a la salida, con los bigotes todos blancos.

Llamó al sinvergüenza. Pero él, que se sentía bien culpable, se escapó a toda velocidad.

Ummi Sisi se incorporó y, a pesar de que la pobre no tenía ya piernas para correr como las que tenía el joven ratón, se apoyó en su bastón y echó a correr tras el ladrón.

Él corrió, y ella detrás, corre que te corre, hasta que la pobre no pudo ya más. Cuando vio que le tenía cerca, arrojó contra él su bastón y le cortó la cola.

Él pudo escapar, pero con aquella amputación. Y ella se quedó sin la leche pero con el rabo del malvado.

Pasaron los días, hasta que estuvo cerca la fiesta.

El malvado ratón se puso a pensar: “y ahora que está cerca la fiesta, ¿cómo voy a bailar yo con mis compadres y sin cola?”.

Se puso a darle vueltas y vueltas al asunto, y al final decidió ir a ver a Ummi Sisi para pedirle que le devolviera su cola. “Después de todo”, se decía para sí, “es una buena señora, con un corazón más tierno que un pastel; le voy a pedir perdón, y seguro que así tendrá piedad y me devolverá mi cola”.

Dicho y hecho. Se fue corriendo a ver a Ummi Sisi. Llamó a la puerta y, en cuanto ella abrió y le vio, se puso a llamarle de todo: ladrón, falso, malvado, traidor, mentiroso, glotón, tramposo, sinvergüenza y muchas cosas más.

El ratoncito no sabía ni qué contestar ni dónde esconderse. Con la mirada fija en el suelo no hacía más que pedir perdón, pero la señora no escuchaba o no quería escuchar.

Poco a poco fue recuperando la calma. Le dio pena ver al ratón en aquella situación

y, sin dejar de apreciar su cambio de actitud, le dijo con voz dura y seca:

—¿Y qué es lo que quieres ahora?

El otro aprovechó la ocasión y le dijo a Ummi Sisi, con las mejores palabras y la más dulce voz:

—Querida Ummi Sisi, yo sé que he cometido un error y que merezco el peor de los castigos. Pero te pido perdón desde el fondo de mi corazón, y te ruego me devuelvas mi rabo, para que así pueda bailar en las fiestas que se avecinan.

Conmovida y enternecida, la señora consintió en devolverle su cola, pero a condición de que él le devolviera la leche.

—Pero, ¿dónde y cómo voy a encontrar yo aquella leche? No sé dónde.

—Ah, pues ese es problema tuyo. Igual que sabes beber, sabrás traer.

El ratoncito se despidió de ella y se marchó de allí pensando en cómo hacer. Al final, y con una larga sonrisa de satisfacción, se dijo para sí: “ah, ya sé; he encontrado la solución. Iré a la cabra y ella me dará la leche”.

Se dirigió derecho al corral vecino y le dijo a la cabra:

—*¡Cabra!*

Dame un poco de leche

para Ummi Sisi,

porque así ella me devolverá el rabito

para bailar el día de la fiesta.

—*No te daré leche
hasta que no me traigas hierba.*

Eso le respondió la cabra.

“La hierba, la hierba; hay que ir al huerto”. Se va al huerto, entra y dice:

—*¡Huerto!
Dame hierba para la cabra.
De ese modo la cabra
me dará la leche para Ummi Sisi,
y Ummi Sisi me devolverá el rabito
con el que bailar el día de la fiesta.*

—*Pues tendrás que traerme agua
para darte la hierba.*

Eso le dijo el huerto.

“Bueno. El agua la tiene el pozo”.
Va al pozo y le dice:

—*Oye, pozo,
quiero que me des agua
para el huerto,
ya que entonces el huerto
me dará hierba para la cabra,
y ella me dará leche
para Ummi Sisi,
y Ummi Sisi me devolverá mi rabito
para bailar el día de la fiesta.*

—*Para darte el agua
tienes que traerme antes un pozal.*

El infeliz fue adonde estaba el fabricante de pozales y le dijo:

*—Dame un pozal para el pozo,
porque así el pozo
me dará agua para el huerto,
el huerto la hierba para la cabra,
la cabra la leche para Ummi Sisi
y Ummi Sisi me devolverá
el rabito que yo baile el día de la fiesta.*

*—Antes me tienes que traer
la madera para el pozal.*

“¿Y de dónde voy a poder traer yo esa madera? Tendré que ir al árbol”.

Se fue al bosque y eligió el árbol más hermoso. Se subió encima de una de sus ramas y empezó a cortar madera para un pozal.

Mientras trabajaba sopló un viento muy fuerte. Se movieron todas las ramas y el infeliz se agarró a lo que pudo para no caer.

Pero una de las ramas se rompió y le cayó encima. La rama lo aplastó y de ese modo murió el malvado ratón, sin conseguir su propósito.

Así acaba aquel que roba y **miente**.

DOÑA DIENTE Y DOÑA DIENTE Y UN COLMILLO

Nos cuentan de dos viejecitas que las pobres no tenían nada que comer, y que no eran capaces ya de trabajar. Habían perdido las dos todos sus dientes, o casi todos: a una le quedaba solo un diente, y a la otra un diente y un colmillo. Un día la que tenía un diente solo le dijo a la otra:

—¡Doña Diente y un Colmillo! ¿Tú me estás oyendo?

—Claro que te estoy oyendo. ¿Qué es lo que quieres?

—Es que se me ha ocurrido una idea y quiero compartirla contigo.

—Pues te escucho.

—He pensado en entregarte como esposa al sultán. Le diré que eres mi hija. De ese modo tú podrás vivir en el palacio, sin que te falte el pan de cada día y un techo. Y yo podré hacerme con un poco de dinero de la dote, para ir tirando. ¿Qué te parece?

—Pues si tú crees que hay alguna posibilidad de eso, yo no le veo inconveniente.

Al día siguiente Doña Diente se arregló lo mejor que pudo y marchó al palacio. En la puerta le dio el alto uno de los guardias. Ella le expuso su pretensión de ser recibida por el sultán.

Se encargó un paje de informar al monarca, y él le concedió una audiencia. Se le dio entrada. Saludó al sultán con las reverencias e inclinaciones exigidas, y esperó con respeto a que le fuese permitido hablar.

Cuando lo hizo, pronunció palabras de pesadumbre:

—¡Mi señor! Yo, como puede usted advertir, estoy ya vieja y soy *más pobre que un ratón de mezquita*. No me quedan fuerzas para trabajar. Pero tengo una hija. Y se me ha ocurrido la idea de entregársela a su Majestad. Ella, si se casa, vivirá tranquila y a salvo de necesidades. Y yo, con la dote que me pueda dar a cambio, intentaré salir adelante en los pocos días que me restan.

El sultán no puso objeción alguna. Al cabo de no mucho tiempo fueron llamados el cadí y los testigos. El contrato fue firmado, y fijado el viernes como fecha para la boda.

La vieja salió del palacio portando consigo una bolsa de dinero, que era, se suponía, para las necesidades de la novia y para los preparativos de la boda.

Pero la vieja doña Diente se dirigió directamente a la playa y se puso a recoger conchas de todos los tipos y colores. Y con ellos fabricó collares, pendientes y pulseras con los que adornar a su amiga.

El viernes acordado la maquilló, la vistió y la llevó en la carroza enviada por el sultán hasta el palacio. Cubierta de la cabeza

a los pies la hizo bajar y la condujo a la habitación nupcial, cuidando de que nadie pudiera echarle un ojo encima.

A la hora de la *dujla*²⁰ la vieja se retiró y los dejó solos.

Una vez cerrada la puerta de la habitación nupcial, el novio se acercó a la que iba a ser su mujer y levantó el velo que la cubría.

—¡Dios mío! —gritó.

Tuvo que hacer esfuerzos para no desmayarse del susto, ante el espectáculo que tenía delante. Lo primero que se le ocurrió fue matarla o molerla a golpes, pero después se limitó a lanzarle insultos y amenazas, y a insultar de paso a la otra maliciosa zorra.

—Pero, ¿se puede hacer una burla como esta del sultán y del sultanato? —clamó furioso y a voz en grito—. Pues vais a ver lo que es bueno.

Y, sin pensárselo dos veces, la agarró y la tiró por la ventana.

Enfadado como estaba, y deseoso de que nadie llegase a enterarse de la burla de que había sido víctima, se fue a la cama para buscar el consuelo del sueño.

La pobre novia, tirada en la calle, no encontró cosa mejor que hacer que ponerse a bailar y cantar. O más bien a berrear. Se puso a dar vueltas sobre sí misma y a berrear, en tanto que cantaba:

²⁰ *Dujla*, ritual de entrada del novio para saludar y conocer a su novia.

*Chikechbani, chikechbado,
el príncipe me ha esposado;
pero vieja me ha encontrado
y a la calle me ha tirado.*

Entre sus bailes, sus bramidos y el tintineo de aquellas conchas, ofrecía un espectáculo de lo más entretenido.

Entretenido resultó, desde luego, para el hijo del sultán de los genios. Aquel joven príncipe sufría de un forúnculo en la mejilla, y ningún médico era capaz de encontrarle remedio.

Era el hijo único del sultán de los genios, y su padre lo cuidaba igual que se cuida de una rosa. Lo daría todo por su hijo. Le apenaba enormemente ver a su único vastago dolerse y sufrir tanto, y ser incapaz de hablar o de abrir la boca, ni tan siquiera para comer o beber.

El padre no ahorra esfuerzos para animar a su hijo y facilitar que abriese la boca. Pero nada surtía efecto. El hijo seguía siendo incapaz de mover la mejilla, y por eso se mantenía en el silencio más absoluto.

En aquella noche de la desgracia de la vieja o del sultán, o de la de la desgracia de ambos, los criados de la morada del sultán de los genios escucharon el tintineo de las conchas y el gorjeo de la vieja.

Se asomaron y lo que vieron les hizo reír. Se acercaron adonde estaba el príncipe doliente y sumido en su desánimo, y le

animaron a salir a ver lo que hacía aquella vieja.

Él se asomó y el espectáculo, con su gorjeo y su tintineo, provocó su risa. Cuando se rió, el forúnculo se abrió y liberó su pus. Cesaron los dolores y él quedó curado de aquel mal.

Fue llamado el médico, quien se ocupó de limpiar y de curar la mejilla del príncipe, que se había deshinchado de manera bien visible.

El sultán de los genios, al ver que su hijo se reía y parecía liberado de aquel mal, hizo llamar a la vieja y le preguntó qué recompensa deseaba por haber curado a su querido hijo. Él estaba dispuesto a conceder cualquier cosa que estuviese a su alcance.

—Yo no quiero otra cosa —respondió ella— sino volver a ser una moza de veinte años, con el pelo largo y liso como la seda. Y que todo lo que llevo encima se convierta en oro. Eso es todo lo único que deseo.

En un abrir y cerrar de ojos la vieja se metamorfoseó, como por arte de magia, en criatura joven y hermosa, de cabellos que llegaban por debajo de la cintura, ojos grandes de mirada dulce y cara tan encantadora que *le decía a la luna sal o deja que salga yo*.

Las conchas que llevaba la antes desdichada vieja se convirtieron en joyas de las más bellas y preciosas.

Mientras tanto, el primer sultán, el que como novio había quedado decepcionado,

seguía tumbado en su cama, recuperando poco a poco la calma y la razón.

Se puso a pensar, y se dijo que su comportamiento para con aquella pobre mujer había sido quizás demasiado duro, y que arrojarla a la calle, por la noche y con el frío que hacía, no era razonable ni humano. Hubiera sido mejor haberla mantenido bajo techo y devolverla a su casa por la mañana. Aquello hubiera sido lo justo.

Sumido en aquellas reflexiones, se levantó y se acercó a la ventana. Se asomó para llamarla, pero le dio la impresión de que había allí otra persona. La que estaba debajo no era aquella a la que él había expulsado hacía un rato, sino una criatura joven y hermosa, bien adornada según parecía. Creyó que su enfado y la falta de sueño le estaban enturbiando la vista y le hacían ver fantasmas.

Para saber a qué atenerse, llamó a un paje y le pidió que fuera a buscar a la mujer que estaba allí fuera, debajo de su ventana. La hizo subir rápidamente, y cuando la vio el sultán se quedó prendado de ella. Hermosura nunca vista antes: ojos negros con una mirada que era *una flecha que iba directamente al corazón*, cabellos negros, lisos y largos que hacían destacar más su dulce rostro, el cual, como se suele decir, *decía a la luna sal o deja que salga yo*.

El sultán se quedó como encantado frente a tal belleza. Guardó silencio por un

largo rato, con la mirada fija en aquella visión. Luego le dijo:

—¿Y tú quién eres?

—Soy tu esposa —le dijo ella.

—¿De qué esposa hablas?

—Soy tu esposa, aquella a la que has expulsado de aquí hace poco.

—¿Qué yo te he expulsado a ti? Si yo a quien he expulsado ha sido a una vieja fea y horrorosa.

—¡Pues no, mi señor! Ha sido a mí a la que has expulsado. La vieja era mi madre y se ha marchado a casa.

Aunque aquello no despejaba todas sus dudas, decidió creer en lo que ella le decía. Se fijó mejor en ella y volvió a preguntarle:

—Pero, ¿tú estás segura de lo que dices? ¿Seguro que ha sido a ti a quien he expulsado?

—Más que segura. ¿A qué otra, si no?

La belleza y la hermosura de aquella criatura terminaron de convencerlo, y con gran contento abrazó a su novia, o, mejor dicho, a su esposa, y pasaron su primera noche de casados sumidos en la mayor de las felicidades.

Por la mañana fue celebrada una fiesta en honor de la nueva sultana, quien ocupó su trono en el gran salón de recepciones, al lado de su esposo.

Toda la corte se reunió allí, igual que los amigos que llegaron a felicitar a la pareja. Entre ellos estaba doña Diente,

quien acudió para ver en qué había dado el plan que había urdido para su amiga doña Diente y un Colmillo.

Cuando entró y vio a aquella joven sultana sentada al lado del sultán, tan hermosa y ricamente vestida y adornada, pensó que debía de tratarse de otra mujer. Se acercó como para felicitarla. Y, para saber a qué atenerse, susurró a la sultana estas palabras:

—*Doña Diente y un Colmillo,
tu juventud ¿de dónde ha salido?*

La sultana, en lugar de darle respuesta, se quitó una de sus joyas y la entregó a la que hasta el día antes había sido su amiga. Sin tener claro qué era lo que aquello significaba, la vieja guardó silencio durante un rato y volvió a la carga con su pregunta.

Y la otra le dio a modo de respuesta otra joya. Una vez fue un anillo, otra vez una pulsera, una tercera un pendiente, hasta que se dio cuenta de que ya no podía darle nada más. Le dijo entonces:

—Pues mira, hija: ha sido muy sencillo. He ido al carpintero y él me ha alisado; luego he ido al herrero y él me ha forjado; y finalmente he ido al carnicero y él me ha rellenado. Y aquí estoy, tal y como me ves.

Doña Diente, al oír aquello, se hizo sus ilusiones. Y, llena de esperanza, salió y

se dirigió derechita adonde estaba el carnicero.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días —le respondió el carnicero—. ¿Qué es lo que desea?

—Deseo que me rellene usted igual que ha relleno a doña Diente y un Colmillo.

—¿De qué diente y de qué colmillo me habla usted?

—De mi amiga, de esa que usted ha relleno, y que ha quedado hecha una moza.

—Pero eso nunca ha sucedido, señora. ¿Es que ha perdido usted la razón? Deje que trabaje en paz.

La vieja, tan ilusionada por transformarse en una joven como lo había estado su amiga, tanto insistió que el carnicero, enfadado y para liberarse de aquella que según él era una chiflada, le dijo que de acuerdo, que la iba a rellenar.

La tomó por el brazo y, a la altura de la muñeca, empezó a abrir para meter aire dentro. La vieja sintió el dolor del cuchillo y, al ver cómo le corría la sangre, se puso a gritar y se escapó de allí tan deprisa como pudo.

Pero no perdió la esperanza. De allí se dirigió adonde estaba el herrero. Lo mismo que con el carnicero, le pidió que obrara como había hecho con su amiga doña Diente y un Colmillo.

—Tienes que forjarme como has hecho con doña Diente y un Colmillo —le dijo.

—Pero si yo no conozco a nadie de ese nombre.

—¡Sí la conoces! Y tienes que hacer lo mismo conmigo.

—Váyase, por favor, y déjeme en paz.

Nada. Que tanto insitió, en su obsesión, la vieja, que enfadó al pobre herrero, quien, para quitársela de en medio, le dijo que lo haría.

Tomó su mano, la acercó al fuego y, martillazo a martillazo, empezó a forjar. La vieja dio un alarido, soltó la mano y echó a correr.

A pesar del susto y del dolor, doña Diente no perdía la esperanza, y siguió empeñada en lograr lo mismo que había logrado doña Diente y un Colmillo. De modo que, en vez de volverse a su casa, se fue adonde el carpintero. Le dijo:

—Buenos días.

—Buenos días, señora. ¿En qué le puedo ayudar?

—Quiero que me alise como ha hecho con mi amiga doña Diente y un Colmillo.

—Pues yo no conozco a nadie con ese nombre, señora.

—Sí, sí la conoce. A lo mejor es que no se acuerda usted. Pero ella me ha dicho que usted la había alisado, y yo he visto que ha quedado tan lisa como la seda.

—Señora, déjese de bromas y mire en que estado se encuentra usted. ¿Cómo voy a ser yo capaz de alisarla? Usted no es de madera.

—Ni de madera ni de hierro, pero tiene usted que hacer conmigo lo mismo que ha hecho con mi amiga.

El carpintero pensó que a la vieja aquella le faltaba, como se suele decir, un tornillo. Y para librarse de ella y volver a sus tareas le invitó a entrar.

Una vez en su taller, la colocó encima de su banco de trabajo, descubrió su espalda y, con su cepillo, se puso a cepillarla.

De gritos de dolor, de sangre y de protestas llenó la vieja todo el taller.

El ebanista no había querido más que asustarla, y lo logró.

La hizo bajar de la mesa de trabajo, y la infeliz salió corriendo en dirección a su casa. Curó sus heridas como mejor pudo y se metió en la cama, dolorida y triste, sin caer en la cuenta de que todos aquellos males eran fruto de su ambición y de su maldad.

Sola, más pobre y más necesitada aún que antes, se quedó en su casa sin que nadie supiese que estaba allí encerrada. No pasó mucho tiempo antes de la visita de la muerte y del viaje al otro mundo.

Su amiga, crédula y con buen corazón, sí que había actuado con la mejor fe, y por eso había recibido la recompensa de Dios.

Ella vive ahora tranquila y feliz con su esposo, sultana como otras, haciendo el bien sin descanso, ayudando hasta tal punto a los necesitados que le ha sido puesto el nombre de *la sultana benefactora*.

Y no solo eso: hizo de su marido el mejor de los monarcas, justo, piadoso y guardián de la prosperidad y el bienestar de su pueblo.

*Y en sus sueños cayeron
hasta que juntos murieron.*

LA TORTUGA MACHO Y LA RANA LADRONA

Se cuenta de una tortuga macho y de una rana. Un día iba la tortuga macho al mercado y compró la tripa de un cordero para dársela a la rana.

La rana la lavó, preparó unas morcillas, las guisó y, una vez listas, tomó dos y las escondió en la piel que se pone debajo del molino de piedra para que caiga en ella la sémola y la harina. Las escondió sin decir nada a la rana macho. Es decir, que las robó.

Llegó la hora de la comida y las dos se comieron las morcillas que habían sido servidas en la mesa, acompañadas de un buen cuscús. A continuación dieron las gracias y alabaron al Señor por su misericordia. Después la tortuga macho salió a dar un paseo y hacer la digestión.

Andando de acá para allá fue a dar a las cercanías del molino y de la piel. Cuando percibió el olor de las morcillas se acercó más aún. Como el olor se iba haciendo cada vez más fuerte, levantó el borde de la piel y, ¿qué es lo que se encontró allí? Pues las morcillas que habían sido escamoteadas por la rana.

Se cogió un buen enfado, volvió adonde estaba la rana y le gritó:

—¡Ladrona, tripona, lengua roja viperina, ojos azules!

—¡Pues tú jorobado, patas torcidas y cabezón! —le respondió ella.

Y se marchó la rana, toda enfadada, a casa de sus padres.

La tortuga macho se disgustó mucho. Escogió un rinconcito soleado y se puso a tomar el sol y a calentarse, para ver si se le pasaba el enfado. Al poco rato se le acercó el gallo y le dijo:

—¡Padre tortuga! ¿Por qué estás enfadado?

—Por culpa de estas muchachas de hoy en día, que no respetan al hombre ni le hacen caso.

—Pues tú no te preocupes —le respondió el gallo—, que yo te voy a traer aquí a la rana.

Apenas lo dijo marchó disparado y se subió sobre la pared de la alberca para ir de un lado a otro y cantar.

Cuando escuchó sus pasos, le dijo la rana:

—¡Por Dios!

*¿Quién viene a molestar
y a los niños espantar?*

*—Yo soy el gallo de la cresta
con mi corona carmesí;
mi plumaje, zaragielles,
y mi canto quiriquí.*

Le contestó la rana:

—*Tu pretendes tener hermosura
y presumes de cantar,
pero tu pico en las basuras
siempre busca sin parar.*

El pobre gallo, dolido por la respuesta de la rana, se echó a llorar y fue a sentarse junto al padre tortuga macho.

Al cabo de un rato llegó la gallina.

—¡Padre tortuga! ¿Por qué estás enfadado?

—Por culpa de estas muchachas de hoy en día, que no respetan al hombre ni le hacen caso.

—Pues tú no te preocupes —le respondió la gallina—, que te voy a traer aquí a la rana.

Dejó a la tortuga macho allí con su acompañante y marchó a la alberca. Cuando estuvo encima de su pared se puso a hacer ruido: *chelbak, chelbak, chelbak*.

La rana escuchó el ruido y dijo:

—¡Por Dios!

*¿Quién viene a molestar
y a los niños espantar?*

—*Yo soy la hermosa gallina,
la que pone buenos huevos
con su yema, nutritivos,
que sirven para mil comidas o más.
Mis huevitos son yema pura,*

*son la dieta preferida
por los novios y mucho más.*

—No me digas —le contestó la rana.

*Lo que dices es mentira:
tú no tienes hermosura,
pero siempre en la basura
con tu pico vas a buscar.*

Molesta y dolorida, la gallina se enfadó y se volvió al lado del padre tortuga.

Pasó por allí el águila. Con su fuerte y penetrante mirada, vio desde lo alto que la tortuga macho estaba enfadada, sentada al sol en un rincón.

Descendió y le preguntó al padre tortuga:

—¿Qué es lo que te pasa, padre tortuga? ¿Por qué estás enfadado?

—Por culpa de estas muchachas de hoy en día, que no respetan al hombre ni le hacen caso.

—La culpa tiene que tenerla la rana, seguro. Ahora mismo te la traigo.

Abrió sus alas, voló hacia lo alto y descendió con rapidez sobre la pared de la alberca. Se puso a hacer ruido: *chelbak, chelbak, chelbak.*

La rana, al escuchar el ruido aquel, preguntó:

*—¿Quién viene aquí a molestar
y a los niños espantar?*

—*De las aves soy sultán,
con mis alas vuelo alto.
Mi mirada penetrante
mata mi presa de lejos;
la mata antes de morir:
por el susto de dejar de existir.*

¡Vuelve para tu casa, rana malucha!
Ahora mismo.

—¡Puf! —le dijo ella—.

*Vaya, vaya, presumido,
que pretende ser mejor;
pero tengo entendido
que tú eres un traidor,
que no guardas el secreto:
lo divulgas sin pudor
con la rapidez del rayo.*

Se enfadó el águila igual que los otros
y se marchó.

Llegó Ummi Sisi. Vio a la tortuga
macho triste en su rincón y le preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa, padre
tortuga? Te veo triste.

—Eso es por culpa de estas
muchachas de hoy en día, que no respetan
al hombre ni le hacen caso.

—Será la rana la culpable de tu
tristeza. Yo te la traigo.

Se fue hasta la alberca. Se puso a hacer
ruido: *chelbak, chelbak, chelbak.*

La rana, al escuchar el ruido aquel, se puso a gritar:

—*¿Quién viene aquí a molestar
y a los niños espantar?*

—*Yo soy quien sabe muchas cosas;
yo no quiero, yo no amo
a las mujeres maliciosas;
las castigo y las maldigo
si se muestran caprichosas;
ahora vuelve con tu marido,
que he dejado muy dolido.*

—Es que yo también estoy muy dolida con él, mi querida Ummi Sisi. Si supieras lo que me ha dicho y las injurias que ha lanzado contra mí. Es que...

—¡A callar! No quiero oír ni una palabra más hasta saber lo que dicen ambas partes.

La vistió, le puso su velo y la llevó hasta su casa.

Se sentaron todos, y Ummi Sisi les preguntó:

—A ver, ¿qué es lo que pasa aquí?

—Pues es que me ha tratado de lengua viperina y roja, de tripona y de ojos azules.

—Y tú —respondió el macho tortuga—, ¿no me has tratado a mí de espalda jorobada, de piernas torcidas y de cabezón?

—¿Y solo por eso os enfadáis? —dijo Ummi Sisi—. Cuando ella te diga que tu

lengua está roja, que tus ojos son azules y
que eres una barrigona, tú dile:

*lengua roja pequeña
porque uso nogalina,
si azules son mis ojos,
es que de Fez es mi origen;
barrigona tú me ves:
es que siempre doy gemelos.*

De modo que no hay razón enfadarse.
¡Y tú, padre tortuga! ¿Que te ha
tratado de cabezón, de jorobado y de
piernas torcidas? Pues tú dile:

*Grande ves tú mi cabeza:
de sapiencia llena está;
así están los eruditos
por tener mucho saber.
Mi espalda está curvada
por el cinturón de seda;
pies y piernas que están curvados
mejor sujetan calcetines.*

Ya veis que pudiendo desahogaros de
este modo no hay razón para enfadarse. Así
que olvidaos de lo pasado, daos un abrazo,
y a volver a vivir igual que antes. Y tú, rana,
no seas glotona, y déjate de robar y de
esconder las cosas.

*Y yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás **mirado**.*

DOS EPÍLOGOS

LELA ULA, LA OSADA MADRE DE LOS CUENTOS

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

El arte narrativo de Lela Ula (1925-2015), según ha sido recuperado, traducido y editado por Mohamed Abdelkefi, está llamado a ser considerado una de las cumbres imperecederas de un patrimonio cultural, el de la narración oral tradicional, que ha acompañado al ser humano desde que empezó a caminar sobre la faz de la tierra y a expresarse mediante la voz, hasta este siglo XXI en que todo apunta a que será el que entierre ese legado, tal y como estuvo configurado en el pasado.

Al ritmo cada vez más acelerado e insensible al que avanza la globalización (la económica, la política, la cultural), no es posible hacerse demasiadas ilusiones acerca de las opciones de supervivencia de unos modos tradicionales de comprender y de narrar el mundo que son incompatibles con los modos globalizados de hoy. Los últimos narradores que nacieron y que ejercieron su arte en un mundo más oral que tecnologizado están desapareciendo; y con ellos se extinguen sus culturas, puesto que

sus hijos y sus nietos no heredan sus cosmovisiones ni, en consecuencia, sus estilos de narrar. No hay recambio para los que se van.

El siglo XX en que transcurrió la mayor parte de la vida de Lela Ula estuvo ya marcado por un empobrecimiento dramático de la cultura tradicional, que se vio obligada a iniciar una retirada desordenada y traumática, ante la presión de la radio, la televisión, internet, las nuevas industrias y tecnologías, y los procesos de desarraigo y emigración que trastocaron vidas personales y usos sociales.

Y el siglo XXI en que Lela Ula nos ha dejado es ya, y lo será aún más, el siglo en que todas esas culturas orales y tradicionales se extingan (no será lo único que se extinga en este siglo nuestro, por desgracia) y dejen a la humanidad desprovista de una magia, de unos símbolos, de unos modos de entretenimiento y de consuelo, que contribuyeron a hacer más llevadera la experiencia de los siglos y de los milenios anteriores.

La misma civilización que ha condenado el patrimonio oral tradicional a la caducidad y a la extinción busca ahora soluciones de urgencia para intentar no echarlo demasiado de menos, o para hacerse la falsa ilusión de que sigue aquí entre nosotros, o de que se le podría infundir vida renovada: las actuaciones y

festivales de cuentacuentos o de narradores orales, las llamadas música y cultura *folk*, las conocidas como *músicas del mundo*, los *revivals*, el *neo-folklore* de internet, los libros y los anuncios de *recetas de la abuela*, la hoy tan de moda *novela ruralista*, la fiebre de los nuevos indigenismos y druidismos místico-religiosos con toques *new age*, la proliferación de *fiestas* y *mercados medievales*, los escenarios nebulosamente arcaicos de *El señor de los anillos* o de *Juego de tronos*, los *best-sellers* ambientados en la prehistoria, por no hablar de las películas de dinosaurios, dan fe de que las masas de ahora necesitan seguir aferradas a las narrativas y a las representaciones del pasado, aunque hayan de hacerlo a partir de ecos que no pasan por lo general de ser sucedáneos o remedos.

Pero ninguna de las imitaciones que están produciendo las neo-oralidades y las industrias de este siglo XXI podrá ser, por más efectos especiales o de reanimación que se le insuflen, tan delicado, tan sensible, tan sincero y natural como un elemental cuento tradicional, como un cuento de Lela Ula.

La gran narradora tunecina fue una creadora única, una mujer con dotes aélicas sin par, una mente que albergaba el código madre de los cuentos. Su póstica personal asimilaba y enriquecía poderosamente las pósticas de quienes le habían transmitido a ella sus narraciones. Pero ella no se limitaba

ni mucho menos a repetir de manera rutinaria los cuentos que alguien o muchos le habían contado: cada palabra la hacía pasar por el tamiz de su poética inconfundible, de manera que lo que manaba de su voz tenía un estilo distinto de lo que salía de cualquier otra voz: algo que solo se da entre los narradores-creadores realmente singulares.

Es difícil abrir este libro, leer el cuento primero y no caer en el estupor. *La montaña de abanicos* es una joya que cuenta con escasos parangones en el repertorio mundial de los cuentos maravillosos. Ninguno de los relatos que forman parte del legado de Lela Ula es, conviene advertirlo, menor. Todos son frutos de un arte elevado, en el que hasta las narraciones más breves, más cómicas y de aspecto menos trascendente tienen sus justificaciones y relevancia. Pero *La montaña de abanicos* es un punto y aparte, con su desarrollo majestuoso, refinadísimo, que en nuestra edición ha precisado, a medida que iba acogiendo tipos y motivos narrativos migrantes, más de medio centenar de páginas, impregnadas por lo demás de una inconmensurable paleta de colores estilísticos.

Como bien señala Óscar Abenójar en el docto epílogo con que cierra este libro, *La montaña de abanicos* es una aglutinación abigarrada de tipos cuentísticos y de motivos folclóricos que por lo regular se

presentan, en otras voces y en otras colecciones, de manera autónoma o en combinaciones diferentes. El mismo Abenójar identifica, entre sus piezas constitutivas, el tipo cuentístico internacional ATU 425 (*El novio animal*), el tipo El-Shamy 311D§ (*Una mujer es rescatada de un ogro por un pariente*), y los motivos D1978.4 (*Héroe despertado del sueño mágico por la esposa que ha comprado un sitio en su cama*), H1236.2 (*Búsqueda por camino protegido por animales peligrosos*) y D985 (*Nueces mágicas*), antes de cerrar su análisis dejando puntos suspensivos y admitiendo que hay muchos otros motivos entretejidos en su red.

Con puntos suspensivos habrá de rematar también mi comentario, porque una dilucidación en detalle de *La montaña de abanicos* (y no digamos ya si le sumamos los demás cuentos que forman parte de este volumen) reclamaría muchas más páginas de las que tenemos asignadas, y nos obligaría a abrir demasiados frentes. Acompañar a los personajes de Lela Ula por los paisajes que la gran narradora pinta solo en este primer cuento es toparse con figuras y transitar por escenarios que no dejarán de sonarnos a muy conocidos, pero que muy pocas veces habrán sido caracterizados con tanta finura, con tal hondura psicológica, ni conforme a esta combinatoria.

Las tres hermanas huérfanas de madre, encerradas por su padre en su humilde casa,

pero deseosas de casarse y de tener hijos; la astucia de la hermana “más pequeña, que es siempre la más lista y atrevida”, urdidora de una estrategia eficaz (escribir en un papel los méritos de las tres jóvenes, y exponerlo públicamente, en una pared de la calle, aprovechando un descuido del padre) para darse a conocer al mundo; la lectura casual del papel por el sultán, que había salido a pasear de noche acompañado por un ministro; la petición del sultán de que el padre le envíe a una de sus hijas para esposarla, y el alegre asentimiento de la mayor, son tópicos que no dejarán de resultar familiares, porque están presentes de un modo o de otro en cuentos maravillosos de tradiciones diversas.

Ahora bien: salen de la voz de Lela Ula con contornos tan vivos y carnosos, con ritmos y síncopas tan marcados, con tan desusada atención a la pintura los caracteres, de las emociones, de los afectos, que salta enseguida a la vista la enorme distancia que hay entre este cuento y otros de los que nos suenan o de los que retenemos en nuestra memoria

A nadie se nos escapa cuán usuales son, en la escenografía universal de los cuentos, la mujer o las mujeres encerradas en una torre o en alguna otra clausura, y por tanto ausentes, desconectadas de la trama social y de los circuitos de parentesco e intercambio; la inteligencia excepcional de la menor de tres hermanas, que suele ser la

única hija capaz de tomar iniciativas insólitas y de salirse de las rutinas en que encallaba la peripezia convencional de las dos hermanas mayores; o el paseo de incógnito del rey o del sultán con su ministro, como los que en tantas ocasiones emprenden, en *Las mil y una noches* por ejemplo, el sultán Harún al-Rashid y su visir.

Pero el caso es que a esa introducción con encaje de tópicos relativamente comunes sigue una escena menos acostumbrada: aquella en que, en la noche de bodas, “una voz que no tenía rostro le dijo” al sultán que “esta mujer no está destinada para ti. Ella debe ser para el Perro de las Siete Cadenas”. Viene, en consecuencia, la devolución de la joven a su padre; y otro amago de compromiso con la hermana segunda, de la que la voz misteriosa avisa que “esta es la destinada a Tayur el hijo de Mayur, que está entre los Siete Mares”. Ello obliga a un último intento, con la hermana tercera: ninguna voz profética desaconseja ese matrimonio, por lo que la boda, felizmente, se celebra.

Es ese un momento crucial en este cuento en específico, y un jalón notable en la cronotopía general de los cuentos. Porque las tres hermanas o los tres hermanos de los cuentos maravillosos suelen seguir a rajatabla itinerarios opuestos a los que siguen las tres hermanas de *La montaña de abanicos*: lo usual, en todas las

tradiciones, es que la hermana mayor y la mediana se muestren incompetentes en la superación de las pruebas, y que la única que salga con bien, gracias a la asunción de iniciativas insólitas e ingeniosas, sea la tercera. *La montaña de abanicos* trastoca ese esquema, porque la hermana tercera ejecuta, sí, una habilidad que se sale de lo común (escribe y clava el papel en una pared de la calle) y se casa triunfalmente con el sultán, pero lo hace en las escenas iniciales del cuento; lo previsible hubiese sido que la boda fuese al final, tras salir airosa de pruebas no superadas por sus dos hermanas mayores.

Aturdidos por el ritmo adictivo y por los fulgores de la narración, al común de los receptores pasará por alto esa alteración en el orden convencional de los cuentos. Pero cambiar esas arquitecturas tradicionales, dejar aparcada a la hermana menor en su sultanato desde el principio, y dar vía libre para que las hermanas primera y segunda pudieran acreditar, cada una por su lado, sus méritos heroicos, no es la solución que mejor se podía prever; no diremos que equivalga a sacar el mundo de su quicio ni a dar la vuelta al ciclo de las estaciones, pero sí se trata de una anomalía escasamente documentada en el catálogo de los cuentos.

Por una razón profunda: en los cuentos maravillosos de todo el mundo, el que las hermanas primera y segunda se limiten a no salir del círculo vicioso de la

ineptitud, y el que la tercera, diestra e inconforme, sea la única capaz de salirse de ese guion y de caminar derecha hacia el triunfo, tiene un significado implícito y trascendente que se puede trasladar a la fenomenología de la historia: los individuos que no salen de las rutinas, de las repeticiones, del hacer lo de siempre, condenan a la historia a no avanzar, a volver tras cada intento al punto de arranque; mientras que los que hacen gala de espíritu y de dotes innovadoras y creativas, los que buscan soluciones diferentes y avanzadas, son los únicos capaces de salirse de ese perímetro y de meterse en el carril del progreso.

Los muchísimos cuentos que hay de hermanos mayores apeados sin más de la trama y de hermanos terceros capaces de llegar a metas lejanas son metáforas, en fin, del progreso de la historia gracias a los riesgos que asumen individuos o minorías inconformes, insumisos al dictado literal de la tradición, después de que las generaciones o las promociones anteriores no lograsen sino recaer de manera automática en las operaciones de siempre.

Tan arraigado en el imaginario y en los usos narrativos está ese esquema que lo encontramos reformulado no solo en infinidad de cuentos orales de todo el mundo, sino también en obras maestras de la literatura escrita que buscaron su inspiración en el cuento folclórico. Por

ejemplo, en el *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe:

Tuve dos hermanos mayores, uno de los cuales fue teniente coronel de un regimiento de infantería inglesa en Flandes, anteriormente a las órdenes del famoso coronel Lockhart, y murió en la batalla cerca de Dunkerque contra los españoles. Lo que fue de mi segundo hermano nunca lo supe, como tampoco mis padres supieron lo que fue de mí.

Al ser el tercer hijo de la familia y no haber sido educado en ningún oficio, muy pronto se me empezó a llenar la cabeza de ideas erráticas...²¹.

Ideas erráticas que llevarían a Robinson, al tercero de los hermanos, a superar, como es de todos sabido, las pruebas más difíciles y a convertirse, tras un accidentado camino de purificación, en uno de los triunfadores más célebres de la literatura universal.

Sorprende que en la célebre *Historia del capitán cautivo* que engastó Cervantes en los capítulos 39, 40 y 41 de la Primera Parte (1605) del *Quijote*, el aventurero protagonista fuera el hermano mayor, mientras que del segundo se pierda enseguida la pista y el hermano tercero demostrase, en cambio, que fue “el más discreto” de todos, porque tomó la

²¹ Robinson Crusoe, ed. Fernando Galván (Madrid: Cátedra, 2000) pp. 85-86.

oportuna decisión (como oportuna fue la opción de la boda con el sultán que tomó la hermana tercera de *La montaña de abanicos*) de ir estudiar en Salamanca y de quedarse al margen de aventuras:

Los [hijos] que mi padre tenía eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado [...] Y, así, llamándonos un día a todos tres a solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes a las que ahora diré: [...] “Quiero hacer una cosa con vosotros que ha muchos días que la tengo pensada y con madura consideración dispuesta. Vosotros estáis ya en edad de tomar estado, o a lo menos de elegir ejercicio, tal que cuando mayores os honre y aproveche. Y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré a vosotros, a cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los días que el cielo fuere servido de darme de vida. Pero querría que, después que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré [...] Y mandándome a mí, por ser el mayor, que respondiese, después de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine a concluir en que cumpliría su gusto, y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él a Dios y a mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos y escogió el irse a las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y a lo

que yo creo el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca [...] Prometimoselo, y, abrazándonos y echándonos su bendición, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que había una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna²².

La solución cervantina de señalar como “el más discreto” y mejor parado, desde el principio, al hijo tercero, y de poner el foco sobre las aventuras del primogénito guarda alguna analogía, por supuesto que casual, con el cuento tunecino de *La montaña de abanicos*. Pero el hecho de que Cervantes se olvidase de qué es lo que fue del hijo segundo acaba dando en una trama en cierta medida coja, desequilibrada, que no aguanta la comparación con la proporción perfecta, con el control férreo que Lula Ula mantiene en todo momento sobre su cuento: recordemos que, tras otorgar un triunfo temprano a la hermana tercera (igual que hizo Cervantes), la narradora tunecina hace seguimientos perfectamente atentos, magistralmente

²² Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico (Barcelona: Crítica, 1998) I, 39, p. 493-494.

equilibrados, de los penosos pero al final victoriosos itinerarios que siguieron las hermanas primera y segunda: con un colofón, además, genialmente añadido, según veremos, y que sin romper el equilibrio alcanzado entre las partes, dilató y realzó con dramatismo justificado la parte final del cuento.

Habría quien considere osadía la afirmación de que el relato de los tres hermanos inventados por Cervantes, con la omisión de las aventuras del segundo, no tiene la perfección ni la redondez que tiene el relato de las tres hermanas narradas por Lela Ula, en que las aventuras de la hermana segunda, lejos de quedar olvidadas, cobran realce más que singular. El caso es que los dos textos, el de Cervantes y el de Lela Ula, están ahí, a la vista de todos, para quien quiera entrar en comparaciones, de las que probablemente se deducirá que ambos relatos son admirables, pero que el de Lela Ula es más equilibrado, al menos en términos compositivos, que el de Cervantes.

Volviendo al relato tunecino, se impone ir por partes: la boda con el sultán de la hermana tercera de *La montaña de abanicos* hubiese podido cerrar el cuento del modo más confortable posible, con las hermanas primera y segunda acogiéndose a los privilegios y comodidades de ser las cuñadas e invitadas perpetuas del sultán. Pero ninguna de las dos se avino a esas

componendas, por fortuna para el cuento y para sus ansiosos receptores.

Cuando la primera decidió salir en busca del Perro de las Siete Cadenas y la segunda en busca de Tayur el hijo de Mayur, que está entre los Siete Mares, sin tener ni idea de quiénes serían aquellos dos misteriosos prometidos, de nombres poco tranquilizadores, la que antes había estado intentando cuajar como estructura trimembre del cuento derivó en trama bimembre, porque dejó paso, tras apartar a la hermana ya sultana, al minucioso pormenor de las aventuras primero de la hermana mayor y después de la hermana mediana.

Recordemos la dilatada escena en que la hermana primera y la segunda se despiden de la hermana tercera y de su cuñado el sultán, emprenden el camino y llegan al lugar crítico en que se despedirán la una de la otra y se bifurcarán sus sendas respectivas:

Y al día siguiente estaban ya listas para la despedida y para dar inicio a su marcha. La hermana y su marido intentaron una vez más retenerlas, aunque fuese por unos pocos días más. Pero no atendieron ellas a razones. Lo único que deseaban era marchar cuanto antes al encuentro de sus respectivos destinos.

Les preparó su hermana bollos, galletas y tostadas. Lloraron hasta *regar la tierra sedienta*. Dieron las gracias, pidieron

perdón por las molestias y abandonaron el palacio.

Salieron de la ciudad, sin rumbo fijo *ni otro guía que les orientase sino Dios el protector. Avanzaban, avanzaban, avanzaban y la tierra hollaban, mientras el altísimo Dueño de todo trazaba su plan y su designio.* Cuanto más se alejaban, en peores desierto y soledad se metían. En una de las etapas una de las hermanas dijo a la otra:

—Hermana, ¿te das cuenta de que no vamos a poder encontrar nuestros destinos si vamos juntas? Creo que es hora de que nos separemos y de que cada cual tome su camino.

Trataron el asunto. Y al final la razón y la voluntad de Dios se impusieron. Lloraron las dos pobres hermanas *hasta saciarse*; se abrazaron, se besaron una y otra vez y, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón triste, se separaron. Cada una tomó una dirección, sin saber adónde las conduciría, conscientes de todos los peligros que estaban al acecho.

Las escenas en que dos hermanos o amigos se internan por caminos diferentes, en busca de las aventuras que a cada cual correspondan, es otro *topos* muy bien atestiguado en un sinfín de cuentos maravillosos y novelescos. Lo que resulta más excepcional es que se sustancien en cuadros tan circunstanciados, de tanta y tan sensitiva expresividad como en *La montaña de abanicos*. La mayoría de los cuentos tradicionales que conocemos privilegian la acción y prestan escasa o ninguna atención

a la pintura de las emociones y de los caracteres; los cuentos de Lela Ula nunca dejan de traer a primer plano, sin descuidar la acción, los sentimientos y las psicologías íntimas de cada personaje, según acabamos de leer.

Tan excepcional como esa particularidad estilística es que a continuación vengan en *La montaña de abanicos*, y en proporción exquisitamente equilibrada, tasados con infalibilidad, el itinerario de la hermana primera y de la hermana segunda... más el sorprendente colofón final, que dilucidaremos y subrayaremos.

Para confirmar esto último conviene recordar, antes, que la narración tradicional suele incurrir, cuando no mana de voces lo suficientemente expertas, en asimetrías, desequilibrios, lagunas, lapsus, olvidos, contradicciones, que suelen ser tenidos por accidentes típicos y excusables de la transmisión oral.

Tampoco las literaturas escritas que buscan su inspiración en el mundo de los cuentos se hallan a salvo de tales desconciertos. En, por ejemplo, el celeberrimo drama *Don Juan Tenorio* (1844) de José de Zorrilla juega un papel crucial una bifurcación de caminos tras los que vendrán dos peripecias que no alcanzarán las proporciones ni las armonías que sí logran las dos partes de *La montaña de abanicos* de Lela Ula: tras la decisión de don

Juan Tenorio y de don Luis Mejía de marchar cada uno por un camino y de volver a reunirse en el mismo lugar al cabo de un año, para hacer alardes de villanías y de crímenes, sí sobreviene, en la primera parte del drama, una simetría rigurosa, porque cada uno cuenta un relato que cuadra muy bien, en proporciones y en estilo, con el de su competidor. Sin embargo, en las secciones que siguen del *Tenorio*, son las aventuras singulares de don Juan las que van ganando peso y desequilibrando la balanza a su favor, por más que don Luis no llegue a desaparecer, puesto que pasará a engrosar el elenco de las víctimas mortales de don Juan.

Hay pues concierto primero y perfecto entre los relatos de vida de los dos protagonistas, igual que hay después desequilibrio, a medida que un personaje va comiendo el terreno al otro. Ello no debe ser atribuido a incuria ni a ineptitud, sino a voluntad de Zorrilla, que quiso componer un drama con un protagonista, no con dos.

En *La montaña de abanicos* acontece algo admirable y casualmente parecido a lo que sucede en *Don Juan Tenorio*: Lela Ula no deja espacio a la arritmia en el relato de los itinerarios de las hermanas primera y segunda, y logra mantener un equilibrio absolutamente férreo de las estructuras y de las proporciones... pero solo mientras a la narradora le interesa. Al llegar a cierto punto álgido, en que los desenlaces de las

dos aventuras parecía que iban a resolverse en reflejos simétricos, enfrentando como en un espejo los desencantamientos y las bodas, la narradora tunecina hace un cambio de tercio radical y virtuoso y se saca de la manga un apéndice fuertemente patético, que desequilibra y demora, aunque con total justificación, incluso con genialidad, el concierto de ambas partes.

Recordemos: la primogénita descubrió un día, en el yermo, “un perro grande que iba arrastrando siete cadenas”, lo siguió (su incursión fue un perfecto *descensus ad inferos*) hasta su hermoso palacio subterráneo, y allí fue testigo de cómo el perro, cuando se quitaba la piel, se convertía en un hermoso príncipe; ella se reveló ante el joven, los dos se amaron y tuvieron, una tras otra, tres criaturas, con lo que se cumplió el requisito que había de darse para el desencantamiento del príncipe y para que toda la familia pudiese marchar al país de él, en el que fueron muy bienvenidos por el linaje paterno y se quedaron a vivir.

En paralelo, la hermana segunda encontró en otro yermo otro camino hacia abajo, con lo que no dejó de hacer su personal *descensus ad inferos*, de modo que llegó a otro palacio subterráneo en que vivía la hospitalaria hija de una divinidad terrible, que cuando se vio interrogado acerca del paradero del misterioso Tayur el hijo de Mayur se enfadó muchísimo, rompió casi la mano de su hija y guardó silencio. La

clandestina y viajera heroína continuó, pues, su peregrinar, no sin que antes su anfitriona le regalase una nuez mágica: volvió al yermo, bajó a otro lugar subterráneo en el que otra joven hospitalaria hizo la misma pregunta a su terrorífico padre, quien reaccionó sacándole un ojo. Volvió la hermana segunda a su camino, llevándose como regalo otra nuez mágica, y se repitió el mismo protocolo, solo que con un resultado algo más alentador, puesto que el ogro informó a su hija de que para liberar a Tayur el hijo de Mayur había que “atravesar el valle de las víboras, el valle de las hormigas, el valle de la sangre y el pus y el valle de los ogros”; para ello había que contar con un pan, con un bastón (equiparable a aquella vara de Aarón con la que fue abierto el Mar Rojo para que pasaran los judíos), con una túnica y con un pelo de la barba del propio ogro. Antes de despedirse de su anfitriona, la hermana segunda recibió aquellos objetos, más una tercera nuez mágica.

Tras atravesar con muchos apuros los lugares terribles anunciadas por el ogro, la peregrina logró llegar hasta donde se encontraba absorto su marido, y casi desencantarlo a fuerza de abanicarlo y de romper, uno tras otro, el montón de abanicos que estaba precrito que había que romper.

Ahí estuvo a punto de ser alcanzado el punto álgido y al mismo tiempo el punto de

equilibrio entre las narraciones de la hermana primera y segunda, que hasta entonces se habían acogido a patrones narrativos, con descensos al infierno y con pruebas extenuantes, en alguna medida paralelos.

Si no hubo ese desenlace convencional fue porque justo en aquel punto decidió Lela Ula introducir su quiebro genial, su táctica magistral de demora y suspense, que rompió el concierto entre ambas narraciones, mas no por incompetencia sino por osadía de la narradora: la desdichada joven se quedó dormida, presa del agotamiento, cuando quedaban muy pocos abanicos por utilizar y por romper; y una esclava tomó su lugar, rompió los pocos abanicos que quedaban por romper, desencantó al joven, le engañó diciendo que era ella su salvadora, y lo acompañó al reino de los padres de él, para formalizar su boda.

La intromisión de la novia impostora y el cierre en falso es una estrategia común en no pocos tipos de cuentos internacionales, pero nunca lo habíamos visto funcionar dentro de una trama como esta, ni con efectos tan dramáticos ni con el pulso tenaz con que lo maneja Lela Ula.

Al hilo de esta inopinada intrusión fue obligado construir otra compleja, cuidadísima, formidable aventura final, en que la tensión no decae ni por un instante: la hermana segunda ha de empezar de nuevo desde la nada, puesto que se ve otra

vez sola en el yermo; pero, inasequible al desaliento, consigue llegar al palacio en que viven el príncipe y su esposa impostora; entra a trabajar como criada, y gracias a las tres nueces mágicas, a sus astucias y a la estupidez de la esposa postiza, consigue revelarse como la mujer que había afrontado todas las pruebas que habían conducido a su desencantamiento; logra así desenmascarar a la esposa postiza y pasar a ocupar ella la posición de única y legítima esposa, y muy bienvenida y festejada por la familia paterna.

Se confirma así que la aventura de la hermana segunda (que no deja de ser un avatar muy original del tópico pluricultural de *La boda estorbada*) viene a ceñirse, tras ese sorprendente desbordamiento por el final, a la misma solución de desencantamiento, boda y acogida jubilosa de la familia paterna a la que había llegado la aventura de la hermana primera.

Y se confirma también que el colofón añadido es mucho más un alarde de audacia literaria, una filigrana delicadísima y concienzuda, que un error o desproporción en la medida. Podríamos equiparar, de hecho, el apéndice final del cuento tunecino, a lo que podría ser un estrambote poético (un estrambote es un conjunto de versos que a veces se añade a una combinación métrica convencional, para que destaque su final) o una coda musical (una coda es una adición en un registro

inopinado, que sirve para rematar con dramatismo o con virtuosismo singulares lo que de otro modo sería una composición normal).

Lela Ula se nos revela, en fin, tras dar estas muestras de superior magisterio compositivo y de habilidad para conducir al receptor, sin dejarle un momento de respiro, por los vericuetos que a ella le interesan, de ser una creadora literaria consumada, capaz de manejar la proporción y la también desproporción con fines sutilmente estilísticos.

¿De dónde le vino a la ilustre narradora tunecina, que jamás contó cuentos fuera de su espacio doméstico, tal pericia, que superó en atrevimiento a Defoe y en perfección a Cervantes, que no fue a la zaga en invención a Zorrilla y que aguanta la comparación, por la consistencia sin fisuras y por la materia sonora con la que construyó su arte, con las codas implacables que pusieron finales inopinados y de enorme virtuosismo a algunas de las composiciones de los más grandes compositores? De la tradición que heredó por un lado, y de su destreza narrativa personal por el otro, sin duda.

El cuento de *La montaña de abanicos* se nos revela, en fin, como un monumento literario que no puede menos que impactar y conmover, como no muchos otros cuentos serían capaces de hacer. A título personal he de admitir que no he conocido

ningún cuento maravilloso que aguante la comparación con este, entre los que he escuchado o leído a lo largo de mi vida. A otras dilucidaciones de su materia narrativa espero que podré volver en alguna ocasión.

Falta el espacio y faltan las palabras para poder seguir descubriendo y admirando los tipos, los motivos, los tópicos, los símbolos, las metáforas, los recursos, las fórmulas, las estrategias narrativas que se mezclan, como las joyas en el cofre del tesoro, en los demás cuentos de Lela Ula que nos ha sido dado conocer, trasladados a este volumen gracias al esfuerzo y la generosidad de Mohamed Abdelkefi.

Baste añadir que la memoria infalible, el afán por no dejar ningún cabo suelto, el acabado obstinado, son méritos que nunca aflojan en todos y cada uno de ellos. Lela Ula fue una artesana amable y deliciosa en la parte de fuera de sus cuentos, pero inflexible, tenaz, severa, en lo relativo a su ingeniería narrativa **interna**.

**LELA ULA, UNA VEZ MÁS:
OTRA ENCRUCIJADA EN EL UNIVERSO DE
LOS CUENTOS**

Óscar Abenójar
El Colegio de México

En esta segunda antología de cuentos de Zohra Ali Elkefia, Lela Ula, la gran narradora de cuentos de Túnez y del mundo (la primera la publicó la editorial Miraguano en 2010, y la segunda la editorial Mitáforas en 2018), mi querido amigo Mohamed Abdelkefi ha vuelto a concederme un espacio para que yo intente poner los relatos que le contó Lela Ula en un contexto literario amplio, plurilingüístico y pluricultural.

En la entrega anterior, la de *En busca del pájaro esmeralda*, del año 2018, tuve ocasión de presentar a los lectores algunos parientes cercanos de los cuentos de Lela Ula que habían sido documentados en tradiciones muy diversas del mundo. Igual que hice en el epílogo de aquel volumen, en el epílogo de este otro volumen que aparece en 2021 volveré a emplear ciertos términos, recursos, obras de referencia, más o menos técnicos, que los folcloristas utilizamos para identificar los cuentos y para manejarnos en su complejo mundo.

En concreto, recurriré a tres obras imprescindibles en los estudios sobre narrativa oral internacional: el primero será *The Types of International Folktales*²³; el segundo los *Types of the Folktale in the Arab World*²⁴; y el tercero el *Motif Index of Folk Literature*²⁵. En mi epílogo al volumen de 2018 tuve ya la oportunidad de presentar estos tres índices; a esa publicación remito, por tanto, a cualquier lector que sienta el deseo o la curiosidad de conocer el contenido de tales catálogos o que no esté del todo familiarizado con las nomenclaturas que vamos a emplear aquí.

En tan solo unas pocas páginas habremos de movilizar decenas de títulos y de traer a colación una gran cantidad de tipos narrativos y de motivos folclóricos, y no se nos escapa que tantos datos, concentrados en tan poco espacio, podrían acabar abrumando al lector. Por ello, no estará de más que sinteticemos esa información en una tabla como la que se

²³ Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales: A Classification and Bibliography, based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2004).

²⁴ Hasan M. El-Shamy, *Types of the Folktale in the Arab World: A Demographically Oriented Tale-Type Index* (Bloomington: Universidad de Indiana, 2004).

²⁵ Stith Thompson, *Motif-Index of Folk Literature: A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends* (Bloomington: Universidad de Indiana-Rosenkilde & Bagger, 1955-1958).

despliega bajo estas líneas. En la columna de la izquierda hemos colocado los títulos de los cuentos de esta antología; en la del centro, los títulos que los especialistas utilizan para designar los correspondientes relatos; y en el margen derecho las etiquetas que identifican cada relato en los catálogos internacionales:

Título en esta colección	Título en los índices de cuentos	Rúbrica
<i>LA MONTAÑA DE ABANICOS</i>	<i>El novio animal</i>	ATU 425A
	<i>Una mujer es rescatada de un ogro por un pariente</i>	El-Shamy 311D§
	<i>Héroe despertado del sueño mágico por la esposa que ha comprado un sitio en su cama</i>	Thompson D1978.4
<i>EL SULTÁN QUE SE CASÓ CON UNA MUJER QUE NO DECÍA NUNCA QUE NO</i>	No encaja en ningún tipo específico, pero comparte varios motivos con el ATU 879: <i>La muñeca de azúcar</i> y el ATU 898: <i>La novia muñeca</i>	
<i>EL MENDIGO POR LA VOLUNTAD DE DIOS</i>	<i>Un limosnero confía en Dios, el otro en el rey</i>	ATU 841
<i>EL JUDÍO ASESINADO Y REIVINDICADO POR LA JUSTICIA DIVINA</i>	<i>La cabeza del becerro cuenta un cuento</i>	ATU 780C

LOS HERMANOS QUE RESULTÓ QUE ERAN PRIMOS Y SE CASARON (II)	<i>Dos hermanos se enamoran, pero después descubren que uno de ellos es adoptado y se casan</i>	El-Shamy 885**
POR CAUSA DE LA ESPOSA: EL SULTÁN, LA SULTANA Y EL VENDEDOR DE HABAS	<i>El hierro tiene más valor que el oro</i>	ATU 677
EL SULTÁN QUE SOÑÓ QUE UN HIJO SUYO LO MATARÍA Y LE QUITARÍA EL TRONO	<i>La profecía: el hijo del rey destronará a su padre</i>	El-Shamy 930E§
UMMI SISI Y EL RATONCITO TRAMPOSO	<i>El ratón recobra la cola</i>	ATU 2034
DOÑA DIENTE Y DOÑA DIENTE Y UN COLMILLO	<i>La princesa transformada en un sapo</i>	El-Shamy 402A*
LA TORTUGA MACHO Y LA RANA LADRONA	No aparece en los índices internacionales, pero se han documentado numerosas versiones en el Magreb.	

La montaña de abanicos es el cuento primero y más extenso de esta antología y es, además, uno de los más complejos de los que se conocen del repertorio de Lela Ula. Lo primero que hemos de decir es que este relato no es un *cuento* en sentido estricto. Se trata, más bien, de una

narración que aglutina diversos tipos cuentísticos; de ahí su extraordinaria extensión y su asombrosa complejidad narrativa.

Toda la primera sección, hasta que la hermana mayor logra desencantar a su esposo, se corresponde con el tipo cuentístico internacional ATU 425 (*El novio animal*), que es uno de los de mayor difusión internacional, casi universal. Ha sido documentado en prácticamente toda Europa, en multitud de países del África septentrional, del Sahel, del África oriental, de Oriente Medio, del Asia central, de la península indostánica, del Asia oriental y del sudeste asiático, y del norte y del sur de América.

Precisamente, por ser uno de los más extendidos, es también uno de los más heterogéneos y dados a admitir variantes, mezclas, contaminaciones. Las diferencias entre los paralelos de unas regiones y otras son muy acentuadas, por lo que resulta muy difícil ofrecer un resumen aceptablemente cabal que refleje las innumerables versiones que se hallan desperdigadas por cuatro continentes. Se puede en cualquier caso afirmar —aunque de modo muy sumario— que uno de los argumentos más comunes del tipo de *El novio animal* es el siguiente: una muchacha se casa con un príncipe que ha sido víctima de un hechizo; durante el día tiene el aspecto de un animal terrible, pero, al caer la noche, cuando llega el

momento de tomar su baño, se desprende de su piel monstruosa y recobra su verdadera apariencia, que es la de un hermoso muchacho. Según muchas versiones internacionales —entre las cuales se encuentra la tunecina—, una noche la protagonista quema la piel de su marido y logra, así, romper el hechizo.

Las peripecias que siguen en *La montaña de abanicos*, en las cuales la hermana menor ingresa sucesivamente en los tres castillos de los ogros, corresponden al tipo El-Shamy 311D§ (*Una mujer es rescatada de un ogro por un pariente*), que narra cómo una joven es apresada por un ser monstruoso y consigue liberarse gracias a un ayudante (que es, por lo general, un príncipe o bien otra muchacha).

De este cuento se conocen paralelos jordanos, palestinos, libaneses, egipcios, sudaneses, libios, tunecinos, argelinos y marroquíes. En la versión de Lela Ula, la heroína parte en busca de su prometido, un tal “Tayur el hijo de Mayur”. Al llegar a un estanque, descubre una abertura en la tierra; se introduce por ella, atraviesa un pasadizo subterráneo e ingresa en un castillo. Allí se encuentra con la hija de un ogro terrorífico, que es el dueño de la fortaleza. Gracias a la ayuda de la hija del ogro, la muchacha logra escapar sana y salva del castillo y regresar a la superficie.

Al cabo de otras dos aventuras que comparten el escenario de lo subterráneo, la

hermana menor se entera de que su prometido se encuentra cautivo en un lugar muy lejano. Enseguida emprende el camino en su busca; y cuando, por fin, logra atravesar cuatro valles peligrosos, infestados, respectivamente, de víboras, hormigas, sangre y pus, encuentra a su futuro esposo dormido profundamente bajo una montaña de abanicos. No tarda en percatarse de que su prometido, en realidad, no está dormido, sino que ha sido hechizado por su propia criada, una impostora que espera que llegue el momento adecuado para despertarlo y casarse con él. Después de varios intentos fallidos, la heroína consigue romper el sortilegio; en ese instante, el príncipe se despierta, por fin, de su letargo mágico y se casa con ella. Esta última aventura no aparece en los catálogos tipológicos, pero corresponde a un motivo relativamente común en el folclore universal, el D1978.4 (*Héroe despertado del sueño mágico por la esposa que ha comprado un sitio en su cama*).

Se aprecia bien que el argumento de *La montaña de abanicos* es extremadamente complejo. La narración está compuesta, en realidad, por seis relatos diferentes que han sido engarzados prodigiosamente —como si fueran los abalorios de un collar—, gracias a las extraordinarias dotes narrativas de Lela Ula y a la fastuosa tradición narrativa oral de la que ella fue una de las últimas grandes portadoras. Quizá la mejor

manera de apreciarlo es sintetizar las *piezas* que componen el relato en un esquema como este:

$$A (B + [C1 + C2 + C3 + D])$$

Donde “A” corresponde al primer cuento, en que el padre mantiene cautivas a sus tres hijas; y “B”, a las peripecias de la primera protagonista (la hermana mayor) hasta casarse con el Perro de las Siete Cadenas (tipo ATU 425). “C1”, “C2” y “C3”, por su parte, representan las tres aventuras de la segunda hermana en los castillos de los ogros (tipo ATU 311D§); y “D”, el relato del desencantamiento del príncipe (motivo folclórico D1978.4).

En cualquier caso, quien analice con atención *La montaña de abanicos* advertirá que este sucinto y sencillo esquema no hace justicia a la extrema complejidad del relato. En la narración tunecina confluyen otros motivos que resultan relativamente comunes en la literatura oral, como la búsqueda por caminos infestados de animales peligrosos (motivo H1236.2: *Búsqueda por camino protegido por animales peligrosos*), las nueces mágicas que la protagonista utiliza para romper el hechizo de su prometido (motivo D985: *Nueces mágicas*), y muchos más, que aquí ni siquiera podremos mencionar por falta de espacio.

El segundo relato que aflora en esta antología, el que lleva por título *El sultán que*

se casó con una mujer que no decía nunca que no, arranca con la escena de un príncipe cruel que asesina sucesivamente a todas las pretendientes que no son capaces de resistir a sus perfidias y abusos. Cuando encuentra por fin una candidata que soporta estoicamente sus malos tratos, el príncipe se casa con ella; pero enseguida la deja confinada en un espacio aislado de todo contacto con el mundo exterior. Al cabo de unos años, la pareja tiene hijos, y el marido, entonces, comienza a asesinarlos, uno tras otro, para poner a prueba el temple de su esposa. Como remedio a su soledad y a su congoja, la muchacha fabrica una muñeca de arcilla y se desahoga relatándole sus desdichas. Un día, él descubre la figura de arcilla, la rompe, y en ese momento, del cuerpo de la muñeca surge una criatura monstruosa, que ha ido alimentándose durante años de la angustia de la esposa.

Este relato no se ajusta a ningún esquema específico de los que recogen los índices internacionales, pero en su argumento pueden detectarse varios elementos comunes en el folclore universal. *The Types of International Folktales* recoge, por ejemplo, dos tipos cuentísticos —el ATU 879 (*La muñeca de azúcar*) y el ATU 898 (*La novia muñeca*)— en los cuales una muñeca sirve de mediadora en un conflicto entre un príncipe y su esposa. Además, como sucede en el relato tunecino, tanto en el tipo ATU

879 como en ATU 898, la muñeca resuelve la disputa a favor de la mujer.

Otro elemento folclórico presente en esta narración es, precisamente, el de la estatua de arcilla que absorbe la tristeza de la protagonista. Aunque este motivo no está catalogado en *The Motif Index of Folk Literature*, los objetos de este tipo son relativamente frecuentes en el folclore universal. En el sur de México y en Guatemala, por ejemplo, son muy populares las llamadas “muñecas quitapenas”, de las que se dice que tienen la propiedad de *absorber* las desgracias que sus dueños les cuentan.

El siguiente relato, *La justicia divina*, corresponde al tipo narrativo ATU 780C (*La cabeza del becerro cuenta un cuento*), del cual se conocen versiones francesas, españolas, hispanoamericanas, catalanas, alemanas, húngaras, búlgaras, griegas, ucranianas, sirias, egipcias, libias, argelinas, marroquíes, tunecinas y sudanesas. El argumento del testimonio tunecino es muy semejante a los de otros paralelos del norte de África²⁶: un hombre decapita a su amigo y oculta el

²⁶ Para una versión de los cabillos de Argelia, véase Óscar Abenójar, Ouahiba Immoune y Zola Menas, *La princesa cautiva y el pájaro del viento: mitos y cuentos del norte de Argelia* (Madrid: Miraguano, 2015) núm. 31. En Óscar Abenójar y Messaouda Khirennas, *Las granadas de oro y otros cuentos tradicionales del oasis del Mzab (Argelia)* (Cádiz: Q-book, 2015) pp. 137-138, puede leerse una versión de los bereberes mozabitas del norte del Sahara.

cadáver. Al cabo de unas semanas, brota una parra en el lugar del crimen, y de ella surgen unas uvas del tamaño de una cabeza humana. El homicida recoge uno de los frutos, lo introduce en un saco y después se dirige al palacio para ofrecérselo al rey. Una vez en presencia del monarca, introduce la mano en el saco con la intención de mostrarle el contenido, pero, en lugar de una uva, lo que extrae del saco no es sino la cabeza cercenada de su amigo, con lo cual queda revelado el asesinato.

De la cuarta narración de este volumen —*Los hermanos que resultó que eran primos y se casaron* (II) — ya fue publicada otra versión en el volumen de cuentos de Lela Ula que vio la luz en 2018²⁷, por lo que no será necesario que nos extendamos ahora en comentar sus paralelos en otros territorios. Bastará con recordar aquí que se trata de una versión del tipo narrativo El-Shamy 885** (*Dos hermanos se enamoran, pero después descubren que uno de ellos es adoptado y se casan*), del cual se conocen otros testimonios sirios, egipcios, libios, tunecinos y argelinos.

El relato titulado *El sultán que soñó que un hijo suyo lo mataría y le quitaría el trono*, es, en realidad, un paralelo del tipo El-Shamy 930E§ (*La profecía: el hijo del rey destronará a su*

²⁷ Véase *Los hermanos que resultó que eran primos y se casaron* en *En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula* (Madrid: Mitáforas, 2018) pp. 124-143.

padre). El catálogo *Types of the Folktale in the Arab World* menciona únicamente otro testimonio más de este cuento, que se remonta, nada más y nada menos, que al Egipto faraónico. El papiro en el que ha sido documentada aquella otra antiquísima versión de *La profecía* está fechado entre el 1550 y el 1292 a. de n. e., y fue traducido al francés por el egiptólogo Gaston Maspéro con el título *Le roi Khoufoui et les magiciens*²⁸.

La sexta narración de este volumen, *El mendigo por la voluntad de Dios*, es un paralelo del tipo ATU 841 (*Un mendigo confía en Dios; el otro en el rey*), del que se conocen numerosos testimonios distribuidos por buena parte del mundo. En África, por ejemplo, han sido registradas versiones en Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto y Nigeria²⁹. También se conocen paralelos de casi toda Europa (en finlandés, estonio, livonio, letonio, lituano, sueco, faroés, islandés, español, portugués, holandés, frisón, alemán, suizo, italiano, húngaro, macedonio, búlgaro, griego, polaco, bielorruso, ucraniano y georgiano). El cuento ha sido documentado, asimismo, en Oriente Medio (en turco, hebreo, kurdo, sirio, palestino, iraquí e iraní), en la India y

²⁸ El texto fue publicado por Gaston Maspéro en sus *Les contes populaires de l'Égypte ancienne* (París: E. Guilmoto, 1882) pp. 21-43.

²⁹ Una versión argelina, fue incluida, por ejemplo, en Óscar Abenójar y Ouahiba Immoune, *Cuentos populares de la Cabília* (Madrid: Miraguano, 2014) núm. 45.

en el Extremo Oriente (concretamente, en Mongolia, China, Corea, Birmania, Camboya e Indonesia).

Las versiones internacionales tienen un argumento coincidente a grandes rasgos con este: un monarca se propone hacer rico a un hombre al que Dios hizo pobre. Para ello, el rey introduce unas monedas de oro en una hogaza de pan, que después entrega al mendigo. Pero a este último la hogaza le parece demasiado pesada, y lo que deduce es que no está bien cocida; así que se dirige al zoco y allí la cambia por otra más ligera, que tiene mejor aspecto. Cuando el rey se entera de lo sucedido, se ve obligado a reconocer que la voluntad de Dios es más fuerte que su poder regio.

La octava narración de este volumen (la que lleva por título *Por causa de la esposa*: el sultán, la sultana y el vendedor de habas) se corresponde con el tipo narrativo ATU 677 (*El hierro tiene más valor que el oro*), que en *The Types of International Folktales* aparece resumido en los siguientes términos:

Un hombre que no tiene suerte va a ver al rey para pedirle un consejo. La princesa le recomienda que se case, porque la buena suerte de la esposa o de los hijos podría contrarrestar de alguna manera su mala fortuna. El rey accede a que el hombre se case con la princesa.

Al cabo de un tiempo, ella confecciona un bordado y envía a su

marido al mercado para que lo venda, pero él cambia la mercancía por un consejo. Como no se atreve a regresar a casa con las manos vacías, pide trabajo y le ofrecen uno en un barco.

Poco después el barco encalla, y le ordenan que se sumerja para repararlo. El protagonista se zambulle y cuando llega al fondo, interviene en una discusión entre dos espíritus sobre qué es lo que tiene más valor, si el oro (los diamantes, la plata, el cobre) o el hierro (el acero o el cobre). Él les da una respuesta diplomática (siguiendo el consejo que había canjeado en el mercado). Como recompensa, recibe una bolsa de piedras preciosas, y a continuación regresa al barco.

Al cabo de un tiempo arriba a una extraña isla, en la cual el rey le entrega una cantidad de dinero a cambio de sus joyas. Los mercaderes del barco en el que viajaba se ponen celosos y le proponen una apuesta: el más rico de todos se quedará los sirvientes y el barco. Él sigue el segundo consejo que le dieron en el mercado y gana la apuesta. Se lleva a todos los sirvientes y el barco, y luego continúa viajando y comerciando durante siete años más.

Al final regresa a su hogar, donde se encuentra a su mujer durmiendo entre dos hombres extraños. Cuando está a punto de matar a los tres, recuerda el tercer consejo, que era que pensara antes de

actuar. Entonces observa bien a los dos hombres y se da cuenta de que eran, en realidad, sus dos hijos, que ya se habían hecho mayores.

La versión que aparece en este volumen resulta especialmente significativa, porque constituye la única huella conocida de este tipo ATU 677 en todo el territorio tunecino. De hecho, hasta hoy en día, el tipo de *El hierro tiene más valor que el oro* apenas había sido documentado en otros lugares del mundo: es escaso en Europa oriental y nororiental (Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Rusia, Bielorrusia, Ucrania y Azerbaiyán), en Oriente Medio (en el antiguo idioma lidio, en Líbano e Irak), y en tres países del norte de África (Argelia, Egipto y Sudán).

El cuento de *Ummi Sisi y el ratoncito tramposo*, por su parte, es una versión del tipo ATU 2034 (*El ratón recobra su cola*), del cual se conocen otros paralelos letones, irlandeses, ingleses, estadounidenses, españoles, hispanoamericanos, catalanes, portugueses, brasileños, belgas, suizos, austriacos, italianos, húngaros, albaneses, turcos, judíos, kurdos, tayikos, calmucos, palestinos, jordanos, iraníes, indios, indonesios, egipcios, tunecinos, argelinos, marroquíes, sudafricanos y del África oriental (y en este último caso no se especifica el lugar donde fue recogido).

El argumento de las versiones internacionales puede ser resumido así: un

ratón se bebe a hurtadillas el vaso de leche de una anciana. El gato sale corriendo detrás de él, pero tan solo consigue arrancarle la cola. Poco después el ratón sale de su escondite y le ruega al felino que le devuelva el rabo, pero este le pide a cambio que le lleve un poco de leche de vaca. El ratón va a buscar a la vaca, la cual accede a darle leche a cambio de un poco de hierba del prado; el prado le exige agua, el pozo, huevos, etc., hasta que, por fin, uno de los personajes consiente y le entrega lo que le pide. En ese momento el ratón logra darle a cada uno lo que le había pedido y acaba recuperando su cola.

El décimo relato de esta antología, *Doña Diente y doña Diente y un Colmillo*, constituye un testimonio muy interesante del tipo ATU 402 (*La princesa transformada en un sapo*), que, en esta versión tunecina, aparece combinado con el motivo folclórico N641.0.1 (*Al presenciar una escena cómica, un paciente se ríe tan fuerte que se abre un absceso de su mandíbula y queda curado*). Los índices internacionales remiten a paralelos sefardíes, escoceses, ingleses, franceses, alemanes, búlgaros, polacos, ucranianos, qataríes, yemeníes, saudíes, iraquíes, palestinos, sirios, egipcios, sudaneses, marroquíes y argelinos.

Y a este listado habrá que añadir, al menos, dos testimonios medievales. Uno de ellos fue incluido en un fragmento del *Ciclo feniano* irlandés —que, probablemente, se

remonta al siglo XII—, en el cual se narra cómo una noche un paladín, de nombre Diarmuid Ua Duibhne, accede a compartir su lecho con una anciana repulsiva, que a la mañana siguiente aparece convertida en una muchacha muy hermosa. Al final, tal y como sucede en la versión tunecina, el héroe irlandés contrae matrimonio con la mujer. El segundo paralelo medieval de esta narración es el *Cuento de la doncella de Bath*, que fue incluido en los *Cuentos de Canterbury*, compuestos por el inglés Geoffrey Chaucer a finales del siglo XIV. Su argumento es muy similar al anterior: una noche un caballero de la corte del rey Arturo yace en la misma cama que una vieja repugnante. Al alba se rompe el hechizo, y la anciana aparece transformada en una bellísima joven, que, al final del relato, termina casándose con el caballero.

El último cuento de esta colección, *La tortuga macho y la rana*, no aparece catalogado en los índices internacionales, si bien se trata de una de las narraciones orales más conocidas en Túnez, Argelia y Marruecos, países en los que han sido documentadas decenas de versiones. En él se narra cómo unos animales se dirigen, uno tras otro, a una charca, para intentar persuadir a la rana de que regrese con su marido, la tortuga macho. La tozuda esposa, cada vez que uno de los animales se aproxima a ella, lo despacha con insultos, burlas y humillaciones. Sin embargo, cuando llega el

turno del gato, ella, amedrentada, obedece al instante y regresa a su casa con su marido.

Fuera del Magreb, ha sido anotado un paralelo en el lejano desierto de Yibuti. La trama de aquel paralelo del cuerno de África puede quedar resumida así: una pitón rapta a la cría de un antílope. Uno por uno, varios animales se acercan a la guarida de la serpiente para tratar de convencerla de que regrese y devuelva la cría a su madre. Todos ellos fracasan, hasta que llega la ardilla, amenaza a la pitón, y esta, igual que hace la rana del cuento tunecino, obedece de inmediato³⁰.

Lamentablemente, no queda espacio para profundizar más en los paralelos internacionales de los relatos de esta colección. Antes de poner punto final a mi epílogo, es de justicia decir que algunos cuentos del repertorio de Lela Ula, como *Por causa de la esposa: el sultán, la sultana y el vendedor de habas* o como *El sultán que soñó que un hijo suyo lo mataría y le quitaría el trono*, tienen un extraordinario valor documental, porque constituyen los únicos testimonios conocidos de ciertos tipos narrativos en todo el territorio tunecino.

Por lo demás, otros de los relatos que aquí se publican —entre los cuales el inaugural, *La montaña de abanicos*, ocupa una

³⁰ Para un estudio más detallado de las versiones de este tipo, véase Abenójar, Immoune y Menas, *La princesa cautiva*, pp. 33-43.

posición muy destacada— aportan claves muy valiosas para que podamos conocer y admirar mejor algunos de los complejísimos recursos narrativos de los que fue dueña la inmensa narradora **Lela Ula**.

Gracias a José Luis Garrosa,
por su minuciosa revisión
de estas páginas

MITÁFORAS

1

José Manuel Pedrosa

Heródoto y la soprano que cruzó el mar
con el hombro tatuado
(2016)

2

José Manuel Pedrosa

Dante y Boccaccio entre brujas y caníbales:
el cuento de El corazón devorado
en África y Europa
(2016)

3

Alberto del Campo Tejedor

Elogio de la locura sevillana.
Necios, inocentes y bufones
en la ciudad de la Gracia
(2017)

4

Óscar Abenójar

Primer tesoro de cuentos
del Atlas telliano
(2017)

5

Óscar Abenójar
Segundo tesoro de cuentos
del Atlas telliano
(2017)

6

Juan José Prat Ferrer
Y la diosa cantó:
anotaciones sobre el pensamiento mítico
(2017)

7

Óscar Abenójar
Tras las huellas de Don Juan
por el norte de África
y por la Grecia clásica
(2018)

8

Agustín Clemente Pliego
Cancionero popular
de Castellar de Santiago
(2018)

9

Xaverio Ballester
Gemelos, ciclôpes y chamanes:
tres exêgesis míticas
(2018)

10

Mohamed Abdelkefi

En busca del pájaro esmeralda
y otros cuentos tunecinos de Lela Ula
(2018)

11

José Manuel Pedrosa

El convite en el palacio de Eros:
metáfora, ironía, fórmula y posesión
(2018)

12

Agustín Clemente Pliego

Tesoros encontrados en Castellar de
Santiago y aledaños:
de la leyenda a la realidad
(2018)

13

Alberto del Campo Tejedor

El Rito y la Risa.
Ensayos sobre la burla en la religión
cristiana
(2020)

14

Mariana Romero-Nieva

Aquel agujero.
Mis años entre una enredadera
(2021)

15

Francisco Molina Moreno

Scriabin, por el misterio hacia el éxtasis
(2021)

16

Mohamed Abdelkefi

La montaña de abanicos
y otros cuentos tunecinos de Lela Ula
(2021)

MITÁFORAS EDITORIAL

DIRECTORES

Óscar Abenójar · José Luis Garrosa ·
José Manuel Pedrosa

CONSEJO EDITORIAL

José Luis Agúndez · Sergio Callau · Alberto
del Campo Tejedor · Eva Belén Carro
Carbajal · Alexandra Chereches ·
Xochilquetzali Cruz Martínez · Desirée
López Bernal · Josemi Lorenzo Arribas ·
David Mañero Lozano · Francisco Molina
Moreno · Laura Puerto Moro

CONSEJO ASESOR

Martín Almagro Gorbea · Conrado J.
Arranz · Xaverio Ballester · Luis Beltrán
Almería · Pedro M. Cátedra · Santiago
Cortés · Margit Frenk · Berenice Granados
· Gustav Henningsen · Carolina Ibor
Monesma · María Jesús Lacarra · María
Antonia Martín Zorraquino · Mariana
Masera · Gabriel Medrano de Luna · Pedro
R. Moya Maleno · José Manuel de Prada
Samper · Juan José Prat · Salvador Rebés ·
Joaquín Rubio Tovar · Marina Sanfilippo ·
Jesús Suárez López · María Tausiet ·
Daniela Zizi